TEAUBRIA

ATALA

RENÉ

R2
35389

BIBLIOTHÈQUE
UNIVERSITAIRE
DE TOULOUSE

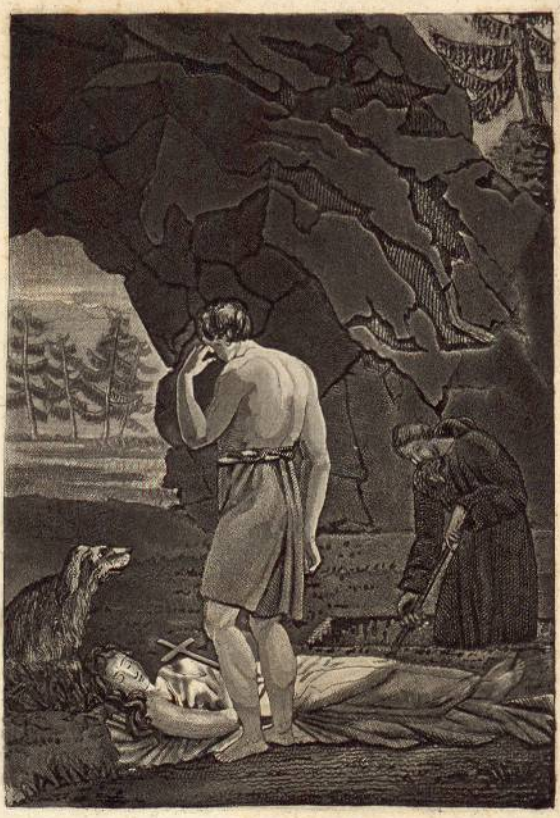
35389
EXCLU

35.389

Atala.

René.

BIBLIOTHÈQUE UNIVERSITAIRE
DROIT
TOULOUSE



Fijé por última vez mis ojos sobre la cara de Atala.

Rés 35389

Atala.

EXCLU du PRÊT

René.

Por F.-A. de Chateaubriand.

Burdeos,
Imprenta de D. Pedro Beaume,
Alameda de Tourny, n° 5.

1825.

BIBLIOTHÈQUE UNIVERSITAIRE DE LYON

B.U. ARSENAL
D 108 452419 1

ADVERTENCIA

DEL EDITOR.

No es mi ánimo recomendar á los lectores esta obrita. La historia de Atala *es bastantemente conocida, como su ilustre autor, para que su mérito haya adquirido la aceptacion universal, sin que necesite mis débiles elogios. Empero la mejora que he hecho de la traduccion española que publico, por la correccion y rectificacion del sentido del original en diferentes pasages, y de algunas líneas omitidas en la traduccion anterior, que incluyo, son circunstancias que, unidas al esmero tipográfico de esta, merecen la grata acogida del público, quien hallará por este medio mas agradable su lectura, y yo por lo mismo encontraré un nuevo título á su aprecio.*

PREFACIO.

Yo habia escrito la anécdota de Atala bajo las mismas chozas de los Salvages de América, la cual es un acontecimiento ocurrido en mis viages; pero, por haberse traspapelado algunos ensayos de esta pequeña historia, me he visto obligado á imprimirla separadamente, ántes de la obra principal, *Genio del Cristianismo, ó Bellezas de la Religion cristiana,* de que hace parte, á fin de precaver un accidente que me podria perjudicar infinito. Solo me falta decir de que modo se ha compuesto esta historia.

Era todavía muy jóven, cuando

concebí la idea de hacer *la epopeya del hombre de la naturaleza*, ó de pintar las costumbres de los Salvages, contrayendolas á algun acontecimiento conocido; y no encontré pasage mas interesante, despues del descubrimiento de la América, especialmente para los Franceses, que el destrozo de la colonia de los Natches en la Luisiana, año 1727. Todas las tribus indianas conspirando á reponer el Nuevo-Mundo en su libertad, al cabo de dos siglos de opresion, presentaban al pincel, en concepto mio, un asunto casi tan feliz como la conquista de Méjico. Esparcí, pues, en mi papel algunos fragmentos de esta obra; pero conocí al instante que me faltaban los verdaderos colores, y que era necesario, si queria formar una imágen

parecida, visitar, á ejemplo de Homero, los pueblos que intentaba pintar.

En 1789, comuniqué á Mr de Malsherbes el designio que tenia de pasar á América. Pero deseando al mismo tiempo dirigir mi viage á un fin útil, me propuse descubrir por tierra el pasage tan buscado, y sobre el cual aun el mismo Cook habia dejado dudas. Partí, ví las soledades americanas, y volví con planes para otro viage que debia durar nueve años. Pensaba atravesar todo el continente de la América septentrional, seguir luego remontando las costas al norte de la California, y volverme por la bahía de Hudson, girando bajo el polo. Mr de Malsherbes se encargó de presentar mis planes al gobierno, y entónces

fué cuando oyó los primeros fragmentos de la obrita que ahora doy al público. Sabido es el estado en que se ha visto la Francia, hasta el momento en que la Providencia ha hecho parecer uno de estos hombres que envia en señal de reconciliacion, cuando ya se ha cansado de castigar. Cubierto de la sangre de mi hermano único, de mi cuñada, y del ilustre anciano padre suyo: despues de haber visto morir á mi madre y á otra hermana mia muy instruida, de resultas del mal trato que habian padecido en los calabozos, anduve errante por tierras estrañas donde se dió de puñaladas entre mis brazos el único amigo que me quedaba (1).

(1) Cinco dias nos habíamos pasado los dos sin alimento.

De todos mis manuscritos sobre la América, no he salvado sino algunos fragmentos, particularmente la Atala; y aun esta no era mas que un episodio sobre los Natches. Atala se ha escrito en el desierto y bajo las chozas mismas de los Salvages. No sé si el público gustará de una his-

« Miéntras que toda mi familia sufria, ya el asesinato, ya las cárceles, ya el destierro, una de mis hermanas, que debia su libertad á la muerte de su marido, se hallaba en Fougeres, pequeña ciudad de la Bretaña. El ejército realista llega, apresa 800 hombres del republicano, y los manda pasar por las armas. Mi hermana se echa á los piés de *Laroche-Jacquelein*, y alcanza el perdon de los prisioneros. Vuela al punto á Rennes, se presenta al tribunal revolucionario con los certificados de haber salvado la vida á 800 hombres, y pide por única recompensa que se pongan en libertad sus hermanas. El presidente del tribunal le responde : « Es preciso que tú seas una pícara realista, que yo mandaré guillotinar, puesto que esos malvados hacen tanto honor á tus súplicas. Por otra parte, la república no te agradece lo que has hecho, porque tiene demasiados defensores, y le falta pan. »

toria que sigue unos trámites diferentes de todos los conocidos, y que presenta una naturaleza y unas costumbres del todo estrañas para la Europa. En Atala no hay aventuras. Es una especie de poema (1), mitad descriptivo, mitad dramático. Todo consiste en la pintura de dos amantes, que andan y conversan en la soledad. Todo se encierra en la descripcion de las turbaciones del amor, en medio de la quietud de los desiertos y de la calma de la religion. La distribucion de esta obra es la

(1) En un tiempo en que todo está trastornado en la literatura, me veo precisado á advertir que, si me sirvo aquí de la voz *poema*, es porque no sé como darme á entender de otra manera. Yo no soy uno de estos bárbaros que confunden la prosa con los versos. Digase lo que se quiera, el poeta es siempre el hombre por escelencia, y volúmenes enteros de prosa descriptiva no valen lo que cincuenta versos de Homero, Virgilio, ó Racine.

mas antigua. Dividese en prólogo, narracion y epílogo. Cada una de las partes principales de la narracion toma su respectiva denominacion, como los *cazadores*, los *labradores*, etc. y asi era como, en los primeros siglos de la Grecia, cantaban los *Rapsodas*, bajo diversos títulos, retazos de la Iliada y de la Odisea. No disimulo que, esceptuando la parte descriptiva, he buscado en el plan y en el estilo una estremada sencillez; sin embargo, siempre es cierto que, aun en la descripcion, hay un modo de ser pomposo y sencillo al mismo tiempo. Ni diré por eso que haya correspondido la ejecucion á mi intento. Hace mucho tiempo que no leo sino á Homero y la Biblia, y me alegraria se trasluciera, habiendo logrado in-

corporar en los matices del desierto, y en los sentimientos peculiares de mi corazon, los coloridos de aquellos dos grandes y eternos modelos de lo bello y de lo verdadero.

Diré tambien que no ha sido mi designio arrancar muchas lágrimas; y me parece que es un error peligroso, como otros muchos sentados por Mr de Voltaire, el decir que *las mejores obras son aquellas que hacen llorar mas*. Hay dramas de que nadie querria ser autor, y que hieren el corazon de muy diversa manera que la Eneida. No es uno gran escritor porque atormente las almas. Las verdaderas lágrimas son las que hace derramar una bella poesía. Es necesario que se mezcle en ella tanta parte de admiracion como de dolor.

Por ejemplo, Priamo diciendo á Aquiles:

Α'δρὸς παιδοφόνοιο πο ῖσό μα χεῖρ ορέγεσθαι.

Juzga del esceso de mi desgracia, pues que beso la mano que ha muerto á mis hijos.

Josef esclamando:

Ego sum Joseph, frater vester, quem vendidistis in Egyptum.

Yo soy Josef, vuestro hermano, que vendísteis para Egipto.

He aquí las únicas lágrimas que deben humedecer las cuerdas de la lira, y enternecer sus sonidos. Las musas son mugeres celestiales que no desfiguran sus facciones con gestos. Cuando lloran, es con un designio secreto de parecer mas hermosas.

En fin, yo no soy entusiasta de los Salvages como Rousseau; y aun-

que tenga quizá tanta razon para quejarme de la sociedad, como este filósofo para alabarse, no creo que la *pura naturaleza* sea lo mas bello del mundo. Siempre la he hallado muy fea, donde quiera que he tenido ocasion de verla: y bien lejos de opinar que el hombre que piensa es un *animal depravado*, juzgo que el pensamiento constituye al hombre. Todo se ha perdido por esta palabra *naturaleza*. Pintemos la naturaleza, pero la bella naturaleza: el arte no se debe ocupar en imitar monstruos.

No hablaré de las moralidades que he querido deducir de Atala, porque son fáciles de descubrir, y se hallan resumidas en el epílogo: solo diré una palabra de mis personages.

Atala, como el Filoctetes, no tiene mas que tres personages. Pa-

recerá quizá que he dado á esta muger un *carácter nuevo*; *pero las* contradicciones del corazon humano aun no se han espuesto bastante, y sin duda merecen serlo, como pertenecientes á la antigua tradicion de una degradacion original, y que por consiguiente abren campo á consideraciones profundas sobre lo grande y misterioso del hombre y de su historia.

Chactas, el amante de Atala, es un salvage que se supone nacido con ingenio, y casi del todo civilizado; pues no solamente sabe las lenguas vivas, sino aun las muertas de Europa. Debe, pues, esplicarse en un estilo misto, conforme á la línea sobre que gira entre la sociedad y la naturaleza. Esto me ha servido de mucha ventaja, haciendole hablar

como salvage en la pintura de las costumbres, y como europeo en el drama y la narracion. Sin esto, hubiera sido necesario abandonar la obra; porque, si yo hubiese usado siempre del estilo indiano, Atala estaria en hebreo para el lector.

En cuanto al misionero, creo se debe notar que los que hasta ahora han introducido un sacerdote en la escena, han formado de él un malvado fanático, ó una especie de filósofo. Nada de esto es el padre Aubry, sino un simple cristiano, que habla, sin avergonzarse, de la cruz, de la sangre de su divino maestro, de la carne corrompida, etc. en una palabra, el sacerdote tal cual es en realidad. Bien sé que es difícil pintar un carácter semejante á los ojos de ciertas gentes, sin parecerles ridículo.

Si yo no enternezco, haré reir: ello dirá.

Despues de todo, si se examina lo que he comprendido en un cuadro tan pequeño; si se considera que no hay una circunstancia interesante en las costumbres de los Salvages, que no haya tocado, ningun bello efecto de la naturaleza, ningun sitio de la Nueva Francia, que no haya descrito: si se observa que he puesto junto al lienzo del pueblo cazador otro completo de un pueblo agricultor, para mostrar las prerogativas de la vida social sobre las del salvage: si se atiende á las dificultades que he debido hallar para sostener el interes dramático entre dos solas personas, durante una larga pintura de costumbres y numerosas descripciones de paisages: si se nota, en fin,

que me he privado de todo socorro en la catástrofe misma, y que, como los antiguos, me he mantenido solamente por la fuerza del diálogo; estas reflexiones quizá merecerán un poco de indulgencia. Aun lo repito otra vez, no me lisonjeo del desempeño; mas se deben siempre agradecer los esfuerzos de un escritor, por volver la literatura al gusto antiguo, demasiado olvidado en nuestros dias.

Finalmente, esta obra no es toda de mi invencion; porque es cierto que hubo un Salvage en galeras y en la corte de Luis XIV: es cierto que un misionero francés ha hecho las cosas que he referido: es cierto que he encontrado Salvages cargando los huesos de sus abuelos, y una madre jóven esponiendo el cuerpo de su

hijo sobre las ramas de un árbol: tambien son verdaderas algunas otras circunstancias que omito, por no ser de un interes general. Lo será mi *Atala* algun dia, si el Gobierno francés, por un rasgo de fina política, pide á los Estados-Unidos la restitucion del Canadá.

ATALA

Y

RENÉ.

ATALA,

ó

LOS AMORES

DE DOS SALVAGES

EN EL DESIERTO.

PROLOGO.

POSEIA antiguamente la Francia en la América septentrional un vasto imperio que se estendia desde el Labrador hasta las Floridas, y desde las orillas del Atlántico hasta los mas distantes lagos del alto Canadá.

Dividen estas inmensas regiones cuatro caudalosos ríos que tienen su orígen en las mismas montañas, y son el de San Lorenzo, que se pierde al este en el golfo de su nombre; el de Oeste, que lleva sus aguas á mares desconocidos; el Borbon, que se precipita de mediodia á norte en la bahía de Hudson;

y el Meschacebé (1), que desagua de norte á mediodia en el golfo de Méjico.

Este último rio, en un espacio de mas de mil leguas, riega un delicioso pais llamado el nuevo Eden por los habitantes de los Estados Unidos, y á quien los Franceses diéron el dulce nombre de Luisiana. Otros muchos ríos, tributarios del Meschacebé, como el Misouri, el Illinés, el Akanza, el Ohio, el Wabache y el Tenaso, lo engruesan con su cieno, y lo fertilizan con sus aguas. Cuando llegan á hincharse estos ríos con las lluvias del invierno, y arrastran las tempestades pedazos enteros de bosques, se amontonan en los manantiales los árboles arrancados; luego los consolida el lodo, los juncos los enlazan, y las plantas que arraigan entre ellos acaban de cimentarlos. Arrastradas de las espumosas ondas estas balsas, bajan al Meschacebé. Se apodera de ellas el rio, las arroja al golfo Mejicano, las encalla sobre bancos de arena, aumentando de este modo el número de sus embocaduras. A intervalos levanta su ronca voz cuando baña las faldas de los montes, y

(1) Verdadero nombre del Misisipi ó Meschasipi.

esparce sus aguas por las colunatas de los bosques, y por las sepulcrales pirámides de los Indios : este es el Nilo de los desiertos. Pero la gracia anda siempre unida á la magnificencia en las escenas de la naturaleza ; y miéntras que la corriente del medio conduce al mar los cadáveres de los pinos y encinas, se ven á lo largo de las orillas de las dos corrientes laterales unas islas flotantes de alfónsigos y de nenufares, cuyas amarillas flores se levantan como unos pequeños pabellones. Serpientes verdes, garzas reales azules, flamencos color de rosa y cocodrilos pequeños se embarcan en estos navíos de flores; y desplegando al viento esta colonia sus doradas velas, llega durmiendo á una ensenada retirada del río.

Las dos orillas del Meschacebé presentan el cuadro mas estraordinario. Sobre el borde occidental se pierden de vista las llanuras ; y cuando se alejan sus verdes ondas, parece suben al azulado cielo donde desaparecen. Por estas inmensas praderías se ven pasar rebaños de tres ó cuatro mil búfalos salvages. Algunas veces un bisonte cargado de años, atravesando á nado las ondas, se viene á echar

en medio de las altas yerbas, en una isla del Meschacebé. Al ver su frente adornada de dos medias lunas, y su larga barba llena de cieno, lo tendríais por el dios bramador del río, que echa con satisfaccion una ojeada sobre la grandeza de sus ondas, y la salvage abundancia de sus orillas.

Tal es la escena que presenta el borde occidental; pero se muda de repente en la orilla opuesta, que forma con la primera un admirable contraste. Detenidos sobre la corriente de las ondas, amontonados sobre las peñas y montañas, esparcidos por los valles, varios árboles de todas figuras, colores y perfumes, se mezclan, crecen juntos, y suben por los aires hasta perderse de vista. Las cepas silvestres, las bignonias y las coloquíntidas se enlazan al pié de estos árboles, escalan sus ramas, trepan hasta la estremidad de ellas, se enlazan desde el arce al tulipero, y desde el tulipero á la alcea, formando mil grutas, mil bóvedas y mil pórticos. Sucede con frecuencia que, pasando de un árbol á otro, estas enredaderas atraviesan brazos de ríos sobre los cuales forman puentes de flores. Desde el seno de estos balsámicos macizos le-

vanta su cono inmóvil la soberbia magnolia, que sobrepujando con sus anchas rosas blancas, domina todo el bosque, sin tener mas rival que la palma que mueve ligeramente junto á ella sus verdes abanicos.

Una multitud de animales, colocados por la mano del Criador en estos hermosos retiros, distribuyen en ellos el encanto y la vida. Al último de la arboleda se perciben osos embriagados con uvas, que se bambolean en las ramas de los olmos; castores bañandose en un lago; ardillas negras jugueteando en la espesura de las hojas; pájaros burlones; palomas de Virginia, del tamaño de un gorrion, bajando sobre las yerbas sembradas de fresas; papagayos verdes con la cabeza amarilla, cotorras purpúreas, y cardenales de color de fuego, encaramandose y circulando por lo alto de los cipreses; resplandecientes colibris sobre el jazmin de las Floridas, y culebras pajareras silbando, colgadas de las cimas de los árboles, y meciendose en ellas como enredaderas.

Si en las llanuras de la otra parte del río se nota un gran silencio y reposo, aquí, por el contrario, todo es movimiento y murmullo:

ya se oyen picotazos de aves en los troncos de las encinas; ya el ruido de los animales que van paciendo y rompiendo entre sus dientes los huesos de las frutas; y ya el zumbido de las ondas, débiles gemidos, bramidos sordos, y dulces arrullos que llenan los desiertos de una armonía tierna y salvage. Pero cuando una brisa anima todas estas soledades; cuando pone en movimiento todos estos cuerpos flotantes, mezcla en todas estas masas los colores blancos, azules, verdes y rosados, y reune todos los murmullos; entónces salen tales ruidos del fondo de los bosques, y se presentan á la vista tales objetos, que en vano intentaríamos esplicarlos á los que no han pisado aquellos primitivos campos de la naturaleza.

Despues del descubrimiento del Meschacebé por el Padre Marquette y por el desgraciado La Salle, los primeros Franceses que se estableciéron en el Biloxi y en la Nueva Orleans, hiciéron alianza con los Natches, nacion india, cuyo poder era formidable en aquellos paises. Rivalidades y contiendas ensangrentáron en lo sucesivo la tierra de la hospitalidad. Habia entre aquellos Salvages

un anciano llamado Chactas (1), que por su edad, sabiduría y prudencia en las cosas de la vida, era el amor y el patriarca de los desiertos. Habia adquirido la virtud á costa de desgracias, como los demas hombres. No solo llenó los bosques del Nuevo Mundo con sus infortunios, sino que le siguiéron hasta las costas de Francia. Detenido en las galeras de Marsella por una cruel injusticia, restituido á su libertad, y presentado á Luis XIV, habia tratado á los hombres grandes de aquel siglo, asistido á las fiestas de Versalles, á las tragedias de Racine, á las oraciones fúnebres de Bossuet : en una palabra, este Salvage habia contemplado allí la sociedad en su mas alto grado de esplendor.

Despues de muchos años, restituido Chactas al seno de su patria, disfrutaba en ella una completa tranquilidad. Sin embargo, el cielo le vendió caro este favor, porque el pobre viejo perdió la vista. Una muchacha era la que le acompañaba por los cerros del Meschacebé, al modo que Antigone guiaba los pasos de Edipo por el Citeron, ó como

(1) Voz armoniosa.

Malvina conducia á Ossian por las rocas de Morven.

No obstante las muchas injusticias que Chactas habia esperimentado de los Franceses, los amaba. Se acordaba siempre de Fenelon, en cuya casa habia estado hospedado; deseaba servir en algo á los compatriotas de este hombre virtuoso, y se le presentó para ello una ocasion favorable. En 1725, un Francés llamado René, combatido de pasiones y desgracias, llegó á la Luisiana; subió el Meschacebé hasta los Natches, donde solicitó ser guerrero de esta nacion. Despues de haberle examinado Chactas y visto su firme resolucion, le adoptó por hijo, y le casó con una India llamada Celuta. A poco tiempo de este matrimonio se dispusiéron los Salvages para la caza del Castor.

Chactas, aunque ciego, es nombrado por el consejo de los *Sachems* (1) para mandar esta espedicion, á causa del respeto que profesaban á su persona las tribus del desierto. Comienzan las oraciones y ayunos: los Truhanes interpretan los sueños; se consultan

(1) Ancianos ó consejeros.

los Manitús; se hacen sacrificios de tabaco; se queman tiras de lengua de danta; se examina si chispean en la llama, para descubrir la voluntad de los Genios; y salen finalmente despues de haber comido el perro sagrado. René es uno de la comitiva: con el auxilio de las contramareas suben las piraguas el Meschacebé, y entran en la madre del Ohio. Era el tiempo de otoño. Se descubren á los asombrados ojos del jóven Francés los magníficos desiertos del Kentucki. Una noche, á la claridad de la luna, miéntras que todos los Natches estaban dormidos en el fondo de sus piraguas, y bogaba su flota con velas de pieles de animales á impulsos de una ligera brisa, estando René solo con Chactas, le suplicó que le contase sus aventuras. Consiente en ello el viejo, y sentandose sobre la popa de la piragua, le habla de este modo.

RELACION.

Los Cazadores.

« Por un destino particular, mi querido hijo, nos vemos reunidos en el desierto. Yo veo en tí un hombre civilizado que se ha

hecho salvage; y tú ves en mí un hombre salvage, á quien el grande Espíritu, sin que yo sepa sus designios, ha querido civilizar. Puestos ámbos en la carrera de la vida por dos estremos opuestos, has venido tú á ocupar mi lugar, y yo á sentarme en el tuyo. Por lo mismo parece que tuvimos objetos y miras totalmente diferentes. ¿Quien de los dos ha ganado ó perdido mas en esta mudanza de posicion? Eso está solamente reservado á los Espíritus, de los cuales el menos sabio escede á todos los hombres juntos.

» Para la inmediata luna de las flores (1) se cumplirán siete veces diez nieves y tres nieves mas (2) que me echó al mundo mi madre á las orillas del Meschacebé. Poco tiempo hacia que los Españoles se habian establecido en la bahía de Penzacola, pero aun no habia blanco alguno en la Luisiana. Apénas contaba yo diez y siete caidas de hoja, cuando con mi padre el guerrero Outalissi marché contra los Muscogulgos, nacion poderosa de las Floridas. Nos juntámos con los Españoles

(1) El mes de Mayo.

(2) Una nieve por año, ó 73 años.

nuestros aliados, y se dió el combate en una de las puntas de la Maubila. Areskoui (1) y los Manitús no nos fuéron favorables. Triunfáron los enemigos, y perdió mi padre la vida en la batalla, siendo yo dos veces herido defendiendole. ¡Ah! ¡que no hubiera yo bajado entónces al pais de las almas (2)! á lo menos hubiera evitado las desgracias que me aguardaban sobre la tierra. Pero los Espíritus lo dispusiéron de otro modo, y los fugitivos me lleváron á San Agustin.

» En esta ciudad edificada nuevamente por los Españoles, estuve á punto de ser llevado á las minas de Méjico, á no ser por un castellano viejo llamado Lopez, que, prendado de mi juventud y sencillez, me ofreció un asilo, presentandome á una hermana suya con la que vivia sin esposa.

» Ambos á dos manifestáron conmigo los mas tiernos sentimientos : me educáron con todo cuidado, y me pusiéron toda clase de maestros. Pero, despues de haber pasado treinta lunas en San Agustin, empecé á dis-

(1) Dios de la guerra.

(2) Los infiernos.

gustarme de la vida social. Me iba estenuando visiblemente : horas enteras me quedaba á veces inmóvil, contemplando la cima de los lejanos bosques : en otras ocasiones me hallaban sentado á la orilla de un río, que con tristeza veia correr, figurandome las selvas que habria bañado; y mi alma estaba entregada á la soledad enteramente.

» No pudiendo ya resistir mas al vehemente deseo que tenia de volver al desierto, me presenté una mañana á Lopez con mi vestido de Salvage, teniendo en una mano el arco con mis flechas, y en la otra mis vestidos europeos : los entregué á mi generoso protector, á cuyos piés me postré llorando. Pronunciaba contra mí mismo nombres odiosos, y le confesé mi ingratitud; por fin le dije : « ¡O padre mio! tú mismo conoces que muero, » si no vuelvo á la vida errante del Indio. »

» Admirado Lopez de la determinacion, quiso apartarme de ella, representandome los peligros á que me esponia, cayendo de nuevo en manos de los Muscogulgos. Pero viendome resuelto á todo, deshaciendose en lágrimas, y estrechandome entre sus brazos, me dijo : « ¡Vete enhorabuena, hijo de la naturaleza!

» toma de nuevo la independencia del hom-
» bre, que Lopez no quiere quitarte. Yo mis-
» mo, si fuese mas jóven, te acompañaria al
» desierto (del que yo tambien conservo dulces
» recuerdos), y te restituiria á los brazos de
» tu madre. Cuando te halles en tus bosques,
» acuerdate alguna vez de este viejo Español
» que te franqueó la hospitalidad, y ten pre-
» sente, para encaminarte al amor de tus se-
» mejantes, que la primera esperiencia que
» hiciste del corazon humano ha sido toda
» en su favor. » Dió Lopez fin á sus consejos con una oracion al Dios de los cristianos, cuyo culto no habia yo querido abrazar, y nos despedímos con sollozos.

» No tardé en esperimentar el castigo de mi ingratitud. Mi poca esperiencia me estravió en los bosques, donde me sorprendió una partida de Muscogulgos y Siminolos, como Lopez me lo habia pronosticado. Por el vestido y plumas de mi cabeza conociéron que era Natche. Me echáron una cadena, aunque ligera, á causa de mi juventud. Simaghan, gefe de la partida, quiso saber mi nombre, y le respondí: « Yo me llamo Chactas, hijo de
» Outalissi, hijo de Miscou, que han quitado

» mas de cien cabelleras á los héroes musco-» gulgos. » A lo cual me contestó Simaghan: « Chactas, hijo de Outalissi, hijo de Miscou, » alegrate, pues serás quemado en una grande » poblacion. » « Está muy bien, » le dije, y entoné mi cancion de difunto.

» Sin embargo de hallarme prisionero, no dejaba de admirar á mis enemigos en los primeros dias. El Muscogulgo, y sobre todo el Siminolo su aliado, respira alegría, amor y contento. Su paso es ligero, su trato franco y sereno: habla mucho y con velocidad, y su lenguage es armonioso y fácil: ni aun la edad puede quitar á los Ancianos esta placentera sencillez; y á imitacion de las aves *viejas del desierto*, mezclan sus canciones antiguas con los nuevos tonos de su jóven posteridad.

» Las mugeres que acompañaban á la tropa manifestaban una amable curiosidad, y una tierna compasion de mi juventud. Me hacian varias preguntas acerca de mi madre y de los primeros dias de mi vida: querian saber si colgaba mi cuna de musgo en las floridas ramas de los arces, y si me mecian en ella las brisas junto á los nidos de los pajaritos. En seguida

me hacian otras varias preguntas sobre el estado de mi corazon, y me decian si habia visto en mis sueños alguna cierva blanca, si los árboles del valle secreto me habian aconsejado amar. Respondia yo con sinceridad á las madres, á las jóvenes y á las casadas, diciendolas: « Vosotras sois las gracias del dia, y os estima » la noche como el rocío. Sale el hombre de » vuestro seno para colgarse de vuestro pecho » y de vuestra boca, y sabeis palabras mágicas » que adormecen todos los dolores. Esto es » lo que me dijo la que me parió, y no me » volverá á ver jamas. Tambien me dijo que » las vírgenes eran unas flores misteriosas » que se hallan en los parages solitarios. »

» Estas alabanzas daban mucho gusto á las mugeres que me colmaban de toda especie de regalos, me traian crema de nuez, azúcar de arce, sagamita (1), perniles de oso, pieles de castor, conchas para adornarme, y musgo para la cama. Cantaban y reian conmigo, y en seguida se echaban á llorar al acordarse que habia de ser quemado.

» Una noche que los Muscogulgos habian

(1) Una especie de pasta de maiz.

colocado su campamento en la orilla de un bosque, estaba yo sentado junto á la *hoguera de la guerra,* con el cazador encargado de mi custodia, cuando oigo de repente sobre la yerba el ruido del vestido de una muger medio tapada, que vino á sentarse á mi lado. Lloraba esta, y se le veia en su pecho un pequeño crucifijo de oro, que brillaba á la luz del fuego: era bastantemente hermosa, y se notaba en su semblante un no sé que virtuoso y apasionado, *á cuyo atractivo* no se podia resistir. Añadia á esto las mas tiernas gracias: manifestaba en sus miradas una estrema sensibilidad unida á una profunda melancolía, y su sonrisa era celestial.

» Creí era *la vírgen de los últimos amores*, esto es, aquella vírgen que se envia á los prisioneros de guerra para encantar su tumba. En esta inteligencia la dije tartamudeando, y con una turbacion que sin embargo no provenia del miedo de la hoguera: « Vírgen, vos » sois digna de los primeros amores, y no » habeis nacido para los últimos. Las palpi- » taciones de un corazon que va á morir » pronto, corresponderán mal á las agita- » ciones del vuestro. ¿Como es posible mez-

» clar la muerte con la vida? En verdad que » me la haríais demasiadamente sensible. » ¡Sea otro el que disfrute esta dicha, y el » que con dilatados abrazos una la encina con » la enredadera! »

» A esto me contestó la jóven, diciendo: » *No soy la vírgen de los últimos amores.* » ¿Eres tú cristiano? » Respondíla que jamas habia hecho traicion á los Genios de mi cabaña. A estas palabras hizo la vírgen un movimiento involuntario, y me dijo: « Te tengo lástima, » porque no eres sino un mal idólatra. Mi » madre me hizo cristiana: me llamo Atala, » hija de Simaghan, el de los brazaletes de » oro, y gefe de los guerreros de esta tropa. » Nos vamos á Apalachucla donde serás que- » mado; » y al decir esto, se levantó y marchó.

Aquí se vió precisado Chactas á interrumpir su relacion. Se presentáron á su alma una multitud de memorias: salian de sus amortiguados ojos dos manantiales de lágrimas que regaban sus ajadas mejillas; al modo de dos fuentes que, sepultadas en la profunda noche de la tierra, se descubren por las aguas que dejan filtrar entre las peñas.

« ¡Oh hijo mio! prosiguió diciendo, bien

» ves la poca sabiduría que acompaña á Chac-
» tas, sin embargo de la fama que tiene de
» sabio. ¡Ah! hijo mio querido, los hombres
» ya no ven, y aun tienen lágrimas que
» derramar. Por espacio de muchas noches
» no dejó de venir á hablarme la hija del Sa-
» chem junto á la hoguera. Habia huido el
» sueño de mis ojos, y Atala estaba en mi co-
» razon, como la memoria de la casa de mis
» padres. »

» El dia diez y siete de la jornada, ácia el tiempo en que sale de las aguas la mosca pasagera, entrámos en la grande sábana ó llanura Alachua, cercada de laderas, que huyendo las unas tras las otras, presentan, levantandose hasta las nubes, unos bosques llenos de copaibas, limones, magnolias, y encinas. Dió el gefe el grito del arribo, y se acampó la tropa á la falda de las colinas. Me separáron á cierta distancia, al borde de uno de aquellos *Pozos naturales*, tan famosos en las Floridas. Me tenian atado al pié de un árbol, y me hacia la guardia con disgusto un guerrero. A poco rato de hallarme allí, se presentó Atala bajo el ámbar líquido de la fuente: « Cazador, dijo ella al héroe muscogulgo, si

» quieres perseguir los corzos, yo guardaré el » prisionero. » Saltó de alegría el guerrero al oir estas palabras de la hija del gefe, y bajando de la cumbre de la colina, alargó sus pasos ácia la llanura.

¡Estraña contradiccion del corazon del hombre! Yo mismo que tanto habia deseado decir cosas misteriosas á la que ya amaba como al sol, sorprendido entónces y confuso, creo hubiera preferido me arrojasen á los cocodrilos de la fuente, mejor que verme solo con Atala. Esta hija del desierto estaba tan turbada como su prisionero: guardábamos ámbos un profundo silencio: los Espíritus del amor habian robado nuestras palabras. Por fin, esforzandose Atala me habló asi: « Guer- » rero, estais débilmente guardado, podeis » huir con facilidad. » A estas palabras, cobrando fuerza mi lengua, la respondí: « ¡Oh » muger! ¿estoy débilmente guardado?..... » Yo no sabia como acabar. Quedó Atala suspensa por algunos momentos, y dijo despues: « Poneos en salvo, » y me desató del tronco del árbol. Cogí el cordel, lo puse en las manos de la jóven estrangera, y obligando á sus hermosos dedos á que apretasen mi cadena, la

dije: « Tomadla, tomadla de nuevo. » « Sois » un insensato, me replicó ella con una voz » lánguida. ¡Infeliz! ¿no sabes que te quieren » quemar? ¿Que intentas hacer? ¿Ignoras » que soy la hija de un formidable Sachem? » « Algun dia, la respondí llorando, me llevaba » mi madre á sus espaldas envuelto en una » piel de castor. Mi padre tenia tambien una » hermosa choza, y sus corzos bebian las » aguas de muchos arroyos; pero al presente » ando errante y sin patria. Cuando deje » de existir, no habrá quien eche sobre mi » cuerpo una puñada de yerba, para liber- » tarlo de las moscas: á nadie interesa el » cuerpo de un desgraciado estrangero..... »

» Al oir estas palabras se enterneció Atala, y caian sus lágrimas en la fuente. « ¡Ah! la » dije con viveza, ¡si vuestro corazon hablara » como el mio! ¿No es acaso libre el desierto? » ¿No tienen por ventura los bosques rin- » cones donde ocultarnos? ¿Necesitan tantas » cosas los hijos de las cabañas para ser fe- » lices? ¡Ah jóven mas hermosa que el primer » sueño del esposo! ¡Oh querida mia! resuel- » vete á seguir mis pasos. » Hablando á Atala en semejantes términos, me respondió ella

con una voz tierna : « Jóven amigo, bien se » conoce habeis aprendido el lenguage de los » blancos : es muy fácil engañar á una India. » « ¿ Pues que, la dije, me llamais vuestro jóven » amigo? ¡ Ah! si un pobre esclavo..... » « ¡ Y » bien, me replicó ella inclinandose sobre mí, » un pobre esclavo!.... » Yo la interrumpí con ardor : « Asegurele de tu fé un solo ósculo. » Oyó Atala mi súplica, y á la manera que un cervatillo parece que cuelga en las flores de las enredaderas las rosas que coge con su delicada lengua en el declive de la montaña, asi quedé yo pendiente de los labios de mi querida.

» ¡ Ay! hijo, el dolor está muy cerca del contento. ¿ Quien hubiera creido que el momento en que Atala me daba la primera prenda de su amor, habia de ser el mismo que ella escogia para destruir todas mis esperanzas? ¡ Venerables canas del viejo Chactas! ¡ cual fué vuestro espanto al oir pronunciar estas palabras á la hija del Sachem! « Hermoso prisionero, ya condescendí locamente á tus deseos ; pero ¿ donde nos arrastrará esta pasion naciente? Mi religion me separa de tí para siempre..... ¡ Oh madre mia! ¿ que has hecho?.... » Calló de repente Atala, deteniendo

un no sé que fatal secreto que iba á escaparsela de sus labios. Sus palabras me anegáron en la desesperacion. « ¡Ah! la dije, seré tan » cruel como tú: no huiré; me verás en medio » de la hoguera, oirás los gemidos de mi » carne, y quedarás llena de alegría. » Entónces cogió Atala mi mano entre las suyas, y dijo: « ¡O pobre jóven idólatra! mucha lástima me das. ¿Quieres pues que llore todo » mi corazon? ¡Que lástima que no pueda » huir contigo! Desgraciado ha sido el vientre » de tu madre, ¡oh Atala! ¿por que no te » arrojas al cocodrilo de la fuente? »

» En este momento, que era el de ponerse el sol, comenzaban á dar sus rugidos los cocodrilos, y me dijo Atala: « Dejemos este » triste sitio. » Llevé á la hija de Simaghan á las faldas de los cerrillos que formaban unos golfos verdes, y avanzaban sus promontorios á la llanura. El desierto respiraba tranquilidad, magnificencia, y soledad. Cantaba la cigüeña sobre su nido, resonaban los bosques con el canto monótono de las codornices, el silbido de los papagayos, el bramido de los bisontes, y el relincho de las yeguas siminolas.

» Nuestro paseo fué casi mudo : yo iba al lado de Atala, que llevaba la punta del cordel que la habia precisado á tomar. Llorábamos algunas veces, y otras procurábamos sonreirnos : ya mirábamos al cielo, ya á la tierra : nuestro oido iba atento al canto de las aves; una señal ácia el sol que se ponia; una delicada mano apretada; un seno ya palpitante, ya tranquilo; los nombres de Chactas y Atala dulcemente repetidos á intervalos..... ¡Oh primer paseo del amor, preciso es que sea muy poderoso vuestro recuerdo, cuando despues de tantos años de desdichas enterneces todavia el corazon del viejo Chactas!

» ¡Que incomprensibles son los mortales, cuando se hallan agitados de las pasiones! Acababa de abandonar al generoso Lopez, y esponerme á todos los peligros por ser libre : la vista de una muger habia mudado en un instante mis gustos, mis resoluciones y mis pensamientos. Olvidado de mi pais, de mi madre, de mi cabaña, y de la espantosa muerte que me aguardaba, habia quedado indiferente á todo lo que no era Atala. Sin fuerzas para elevarme á la razon del hombre, habia caido de repente en una especie de infancia; y lejos

de poder hacer nada por mí mismo para sustraerme á los males que me esperaban, me hallaba casi en la necesidad de que otro cuidase de mi sueño y alimento.

» En vano intentó Atala, despues de haber recorrido la llanura y echadose á mis piés, persuadirme de nuevo que la dejase. La aseguré que en este caso me volveria solo al campamento, si rehusaba volver á atarme al pié de mi árbol; y asi se vió precisada á satisfacerme, esperando convencerme en otra *ocasion*.

» Al dia siguiente que decidió el destino de mi vida, hizo alto nuestra tropa en un valle cerca de Cuscowila, capital de los Siminolos. Estos Indios, unidos con los Muscogulgos, forman con ellos la confederacion de los Creeks. La hija del pais de las palmas volvió á media noche: me llevó á un grande bosque de pinos, donde renovó sus instancias para reducirme á que huyese; pero, sin responderla una palabra, cogí su mano con *la mia*, y obligué á aquella turbada cierva á que vaguease conmigo por todo el bosque. La noche estaba deliciosa. El Genio de los aires sacudia su azul cabellera, perfumada

con la fragancia de los pinos, y se respiraba el suave olor del ámbar que exhalaban los cocodrilos echados bajo los tamarindos de los ríos. Brillaba la luna en medio de un azul claro, y flotaba sobre las cimas de los bosques su luz de perla. No se percibia mas ruido que una especie de armonía á lo lejos, que reinaba en la profundidad de la selva; de modo que se podia decir que suspiraba el alma de la soledad en toda la estension del desierto.

» Percibímos por medio de los árboles un hombre jóven, que, llevando en la mano una luz, se parecia al Genio de la primavera, cuando corre los bosques para reanimar la naturaleza. Era este un amante que iba á la cabaña de su querida para instruirse de su destino.

» Si la vírgen apagaba la luz, era señal de que aceptaba un esposo; pero si se cubria sin apagarla, lo era de que desechaba las ofertas.

» El guerrero, metiendose entre las *sombras*, iba cantando en voz baja estas palabras:

« Adelantaré los pasos del dia sobre la » cumbre de las montañas, para buscar á mi

» paloma solitaria entre las encinas del bos-
» que.

» Puse en su garganta un collar de por-
» celana (1), en el cual habia tres granos co-
» lorados en señal de mi amor, tres morados
» en señal de mis temores, y tres azules en
» señal de mis esperanzas.

» Mila tiene los ojos de armiño, su cabe-
» llera suave como un campo de arroz : es su
» boca una concha rosada, guarnecida de
» perlas : sus dos pechos se parecen á dos
» cabritillos blancos que parió á un tiempo
» su madre.

» ¡Ojalá apague Mila esta luz! ¡Ojalá que
» su boca derrame sobre ella una sombra
» voluptuosa! Fertilizaré yo su seno, estará
» pendiente de su fecundo pecho la esperanza
» de la patria, y fumaré mi pipa de paz sobre
» la cuna de mi hijo.

» ¡Ah! dejadme adelantar los pasos del dia
» sobre la cumbre de las montañas, para bus-
» car á mi paloma solitaria entre las encinas
» del bosque. »

» Asi iba cantando este jóven, cuyos acen-

(1) Especie de conchitas.

tos introdujéron la turbacion hasta el fondo de mi alma, é hiciéron mudar de color á Atala. Se estremeciéron nuestras unidas manos; pero nos distrajo de esta escena otra que no nos era menos peligrosa.

» Pasámos junto al sepulcro de un niño, que servia de límite á dos naciones. Estaba puesto á la orilla del camino público, segun su costumbre, con el fin de que las jóvenes, cuando iban por agua á la fuente, pudiesen atraer á su seno el alma de la inocente criatura, y volverla á la patria. Se veian allí á la sazon unas recien casadas, que deseando las dulzuras de la maternidad, intentaban, entreabriendo sus labios, recoger el alma del niño que creian ver errante sobre las flores. La madre del niño vino despues á poner sobre la tumba un manojo de maiz y de azucenas: regó la tierra con su leche, y sentandose despues sobre la húmeda yerba, empezó á hablar á su hijo con voz tierna en estos términos:

« ¿Por que te he de llorar yo en tu cuna
» de tierra, ó mi recien nacido? Cuando el
» pajarito llega á ser grande, se vé en la pre-
» cision de buscar su alimento, y halla en el

» desierto muchos granos amargos. A lo me-
» nos no supiste lo que son lágrimas, ni es-
» tuvo espuesto tu corazon al soplo devora-
» dor de los hombres. El boton que se seca
» en su capullo pasa con todas sus aromas,
» *como pasaste tú*, hijo mio, con toda tu
» inocencia. ¡ Dichosos los que mueren en la
» cuna, pues no han conocido sino los besos
» y sonrisas de su madre. »

» Subyugados ya por nuestro propio corazon, quedámos consternados con estas imágenes de amor y maternidad, que parecia nos perseguian en estas soledades encantadoras. Llevé en mis brazos á Atala hasta lo profundo de los bosques, diciendola cosas que en vano intentarian espresar hoy mis labios. El viento de mediodia, mi querido hijo, pierde su calor cuando pasa sobre montañas heladas; y los recuerdos del amor en el corazon de un viejo son como los fuegos del astro del dia reflejados por el globo apacible de la luna, cuando está puesto el sol, y el silencio reina sobre las chozas de los Salvages.

» ¿ Quien podia allí salvar á Atala, ni quien podia impedirla que se rindiese á la naturaleza? Nadie absolutamente sino un mi-

lagro, que en efecto se verificó. La hija de Simaghan recurrió al Dios de los Cristianos; se postró en tierra, y pronunció una fervorosa oracion á su madre y á la Reina de las vírgenes. Desde este momento, ó René, concebí una maravillosa idea de esta religion, que en los bosques, y en medio de todas las privaciones de la vida, puede llenar de favores á los desgraciados : esta religion, que oponiendo su poder al impetuoso torrente de las pasiones, basta para vencer la mas fogosa inclinacion, aun cuando esté de su parte el secreto de los bosques, la ausencia de los hombres, y la fidelidad de las sombras. ¡Ah! ¡que divina me parecia la sencilla Salvage, la ignorante Atala, que puesta de rodillas delante de un viejo y derribado pino, como si fuese al pié de un altar, ofrecia á su Dios los votos en favor de un amante idólatra! Sus ojos dirigidos ácia el astro de la noche; sus mejillas brillantes con las lágrimas de la religion y del amor, presentaban una hermosura inmortal. A veces me parecia que iba á tomar su vuelo ácia los cielos, y otras creí ver bajar sobre los rayos de la luna, y oir en las ramas de los árboles, aquellos Espíritus

que envia el Dios de los Cristianos á los ermitaños de las peñas, cuando quiere llamarlos para sí. Quedé entónces afligido, presintiendo que restaba á Atala muy poco tiempo de vida.

» En esta disposicion vertió tantas lágrimas y se mostró tan desgraciada, que me hallaba casi resuelto á dejarla, cuando resonó en el bosque el grito de muerte, y se echan sobre mí cuatro hombres armados. Habíamos sido descubiertos, y el gefe de la guerra habia dado órden que nos siguiesen.

» Atala, que parecia á una reina en su aire magestuoso, no se dignó hablar á estos guerreros: solamente les echó una ojeada soberbia, y se fué junto á su padre.

» Nada pudo conseguir: me dobláron las guardias, me multiplicáron las cadenas, y se lleváron á mi amante. Cinco noches se pasáron, cuando divisámos á Apalachucla situada á las orillas del río Chata-Uche. Al instante me coronáron de flores, me pintáron la cara de azul y bermellon, me adornáron de perlas las narices y orejas, y me pusiéron en la mano una chichikoue (1).

(1) Instrumento músico de los Salvages.

» Adornado asi para el sacrificio, entré en Apalachucla entre repetidos gritos del pueblo. Ya me contaba sin vida, cuando se dejó oir el sonido de un caracol, y el Mico, ó gefe de la nacion, ordenó que se reuniesen.

» No ignoras, hijo mio, los tormentos que los Salvages hacen sufrir á los prisioneros de guerra. Los misioneros cristianos, con peligro de sus vidas y con una infatigable caridad, consiguiéron en muchas naciones se sustituyese á los horrores de la hoguera una esclavitud bastante dulce. Los Muscogulgos no habian adoptado aun esta costumbre, aunque se habia declarado en su favor un partido bastante considerable. Para decidir sobre este importante asunto, convocó el Mico á los Sachems, y me lleváron á la audiencia.

» No lejos de Apalachucla, sobre un cerro aislado, estaba el pabellon del Consejo. Tres círculos de colunas formaban la elegante arquitectura de esta rotunda. Las colunas eran de cipres bruñido y esculpido, y asimismo mas altas, gruesas, y en menor número á proporcion que se acercaban al centro señalado por un solo pilar, de cuya cima sa-

lian fajas de corteza que, pasando sobre las otras colunas, cubrian el pabellon en forma de abanico calado.

Juntóse el consejo compuesto de cincuenta ancianos con capas de castor, los cuales se colocáron sobre una especie de gradería que miraba á la puerta del pabellon : se sienta en medio de ellos el gefe supremo, teniendo en la mano la pipa de paz, medio pintada para la guerra. A la derecha de los viejos se ponen cincuenta mugeres con vestidos largos guarnecidos de plumas de cisne, y á la izquierda de estos padres de la patria se colocan los gefes de guerra con su tomahawk (1) en la mano, penacho en la cabeza, y teñidos de sangre sus brazos y pechos.

» Al pié de la coluna central está ardiendo el fuego del consejo. El primer juglar rodeado de ocho guardas del templo, con vestido talar, y llevando un buho disecado sobre la cabeza, echa en el fuego bálsamo de copaiba, y ofrece al sol un sacrificio. Estas tres filas de ancianos, matronas y guerreros, y ademas los sacerdotes, las nubes de

(1) La hacha.

incienso y el sacrificio, contribuyen para dar á este consejo un magestuoso aparato.

» Yo estaba de pié y encadenado en medio de la asamblea. Concluido el sacrificio, toma la palabra el Mico, esponiendo con sencillez el objeto á que se reune el consejo; y en testimonio de lo que acaba de decir, echa un collar azul en la sala.

» Entónces se levanta un Sachem de la tribu del Aguila, y habla asi:

« Padre mio el Mico, Sachems, matronas » y guerreros de las cuatro tribus del Aguila, » del Castor, de la Serpiente y de la Tortuga, » no alteremos en nada las costumbres de » nuestros abuelos: quememos al prisionero, » y no afeminemos nuestro valor. La cos- » tumbre que os proponen es propia de los » blancos, y ella nos ha de ser perniciosa. » Dad un collar rojo que contenga mis pala- » bras. He concluido. »

» Entónces echa un collar rojo en la asamblea.

» Se levanta despues una matrona, y dice:

« Mi padre el Aguila, vos teneis el espíritu » de una raposa, y la prudente lentitud de » una tortuga. Quiero pulimentar con vos la

» cadena de la amistad, y plantarémos juntos » el árbol de la paz. Pero mudemos las cos- » tumbres de nuestros abuelos en lo que ten- » gan de funesto. Tengamos esclavos que » cultiven nuestros campos, y no volvamos á » oir mas los gritos de los prisioneros, que » conmueven las entrañas de las madres. He » acabado. »

» Al modo que se rompen las olas de la mar en una tempestad; asi como en tiempo de otoño arrebata un torbellino las hojas secas; como en una repentina inundacion se bajan y levantan las cañas del Meschacebé; y como una gran manada de ciervos brama en lo profundo de un bosque; del mismo modo se agitaba y murmullaba el consejo. Los Sachems, los guerreros y las matronas hablan sucesivamente ó á un mismo tiempo. Hay partidos y diversidad de opiniones, va á deshacerse el consejo; prevalece al fin el uso antiguo, y me condenan al fuego.

» Retardóse mi suplicio por la circunstancia de estar próxima la *Fiesta de los muertos*, ó el *Festin de las almas*. Es costumbre introducida que no se mate á ningun cautivo en los dias consagrados á esta ceremonia. Me entre-

gáron á una guardia rigurosa, y sin duda los Sachems alejáron á la hija de Simaghan, porque no la volví á ver.

» Sin embargo, las naciones de mas de trecientas leguas al rededor llegaban en tropas para celebrar el *Festin de las almas*. Se habia construido una choza larga en un sitio apartado. Al dia señalado, desenterró cada cabaña de sus respectivos sepulcros los residuos de sus padres, colgando por órden y por familias todos estos esqueletos en las paredes de la *Sala comun de los abuelos*. Con motivo de esperimentarse á la sazon una grande tempestad, los vientos, los bosques y las cataratas bramaban por fuera, miéntras que los ancianos de diversas naciones concluian entre sí tratados de paz y de alianza sobre los huesos de sus padres.

» Se celebran los juegos fúnebres, la carrera, la pelota y las tabas. Dos vírgenes procuran quitarse una varilla de sauce. Se juntan los botones de sus pechos, y mueven con ligereza sus manos sobre la varilla que levantan por cima de sus cabezas; se enlazan sus hermosos y desnudos piés, sus bocas se encuentran, se confunden sus dulces alientos; se la-

dean, y mezclan sus cabellos; miran á sus madres, se avergüenzan, y se las aplaude (1). El juglar invoca á Michapous, genio de las aguas. Cuenta las guerras de la grande Liebre contra Matchi-Manitú, dios del mal. Invoca tambien al primer hombre, y á la bella Atahensic, primera muger, precipitados ámbos del cielo por haber perdido la inocencia; á la tierra teñida con la sangre fraternal; á Jouskeka el impío, sacrificando al justo Tahouistsaron; al diluvio bajando á la voz del grande Espíritu; á Massou libertado solo en su canoa de corteza; al cuervo enviado para descubrir la tierra; y á la hermosa Endae, sacada del pais de las almas por las dulces canciones de su esposo.

» Acabados estos juegos y cánticos, se disponen para dar á sus abuelos una eterna sepultura.

» Se veia á la orilla del río Chata-Uche una higuera silvestre consagrada al culto por los pueblos. Acostumbraban las vírgenes lavar en este sitio sus vestidos de corteza, y esponerlos al aire del desierto, sobre las ramas del

(1) El rubor es muy conocido entre las jóvenes Salvages.

árbol antiguo, donde caváron un inmenso sepulcro. Salen de la sala fúnebre cantando el himno á la muerte: cada familia lleva algun pedazo sagrado. Llegan á la tumba, y colocan allí las reliquias, estendiendolas á trechos, y separandolas con pieles de oso y de castor. Se eleva el monte del sepulcro, y se planta en él *el Arbol de los llantos y del sueño.*

» ¡Compadezcamonos de los hombres, mi querido hijo! Estos mismos Indios cuyas costumbres son tan apreciables, y estas mismas mugeres que me habian manifestado un interes tan tierno, pedian sin embargo mi muerte á grandes gritos; y naciones enteras dilataban su marcha, por tener el gusto de ver sufrir terribles tormentos á un jóven desgraciado.

» En un valle que está al norte, y á corta distancia de la gran poblacion, se elevaba un bosque de cipreses y de abetos, llamado el *Bosque de la sangre.* Se subia á él por las ruinas de uno de aquellos antiguos monumentos, cuyo orígen se ignora, y que son obra de un pueblo ya desconocido. Habia en el centro de este bosque un sitio espacioso donde se sacrificaban los prisioneros de guerra. Me condujéron á él en triunfo,

y estaba ya todo preparado para mi muerte. Plantáron el poste de Areskoui; caen al golpe del hacha los pinos, los olmos y los cipreses antiguos; se enciende la hoguera; forman los espectadores sus anfiteatros con ramas y troncos de árboles. Inventa cada uno su suplicio: se propone uno arrancarme la piel del cráneo, otro quemarme los ojos con hachas hechas ascua; y empezando yo mi cancion de muerte, les digo:

« No temo vuestros tormentos: soy va-
» liente, ó Muscogulgos, os desafío; os des-
» precio mas que á unas débiles mugeres. Mi
» padre Outalissi, hijo de Miscou, ha bebido
» en el cráneo de vuestros mas famosos guer-
» reros; no arrancaréis de mi corazon ni un
» solo suspiro. »

» Irritado con mi cancion, un guerrero me pasó un brazo con una flecha, y le dije: « Te
» doy gracias, hermano. »

» A pesar de la actividad de los verdugos, no pudiéron acabarse los preparativos del suplicio ántes de ponerse el sol. Consultáron al juglar, el que prohibió se turbasen los Genios de las sombras, y se suspendió mi muerte hasta el dia siguiente. Pero por la im-

paciencia de disfrutar del espectáculo, y para tenerlo todo prevenido al salir el sol, no dejáron los Indios *el Bosque de la sangre*: encendiéron grandes hogueras, y diéron principio á sus festines y danzas.

» Me tenian echado de espaldas. Los cordeles que colgando de mi cuello sujetaban mis piés y brazos, estaban atados á unas estacas fijadas en la tierra, y ademas estaban echados algunos guerreros sobre los cordeles, de modo que no podia hacer movimiento alguno sin que lo advirtiesen. Adelantandose la noche, se disminuyen por grados las canciones y danzas, y las hogueras no despiden ya sino unas luces rojas, delante de las cuales se veian pasar aun las sombras de algunos Salvages: todo está dormido, y á proporcion que se debilita el ruido de los hombres, se aumenta el del desierto, sucediendo al tumulto de las voces las quejas del viento en el bosque.

» Esta era la hora en que una jóven India que acaba de parir, despierta sobresaltada en medio de la noche, porque la parece oir los gritos de su hijo que la pide su dulce alimento. Estaba yo reflexionando mi destino, fijos los ojos en el cielo, donde giraba la luna

por entre nubes. Atala me parecia un monstruo de ingratitud. ¡Yo que me habia ofrecido á las llamas ántes que dejarla!..... ¡Y abandonarme ella en el momento mismo de mi suplicio! Sin embargo, conocia que la amaba, y que moriria con gusto por ella.

» En los escesivos placeres se siente un aguijon que nos despierta, como para advertirnos que debemos aprovechar este momento rápido; asi como, por el contrario, en los *grandes dolores* se advierte una especie de pesadez que nos entorpece: cansados los ojos de llorar, procuran naturalmente cerrarse, y la bondad de la Providencia se deja conocer hasta en nuestras desgracias. Por fin, me rendí á aquel pesado sueño que gusta algunas veces á los miserables. Soñaba que me quitaban las cadenas, y me parecia sentir el alivio que se esperimenta cuando despues de haber estado fuertemente apretado, afloja nuestros hierros una compasiva mano.

» Fué tan viva en mí esta sensacion, que me hizo levantar los párpados. A la pálida luz de la luna, que dejaba apénas verse por entre dos nubes, divisé una figura blanca, que inclinada sobre mí se ocupaba en des-

atar silenciosamente mis cordeles. Iba yo á gritar, cuando siento que me tapa la boca una mano que reconocí al instante. Solo faltaba una cuerda, que parecia imposible romper sin tocar á un guerrero que la tenia toda debajo de su cuerpo. Echa á ella su mano Atala; medio despierta el guerrero, y se incorpora: queda inmóvil Atala mirandole. Creyendo el Indio fuese el Espíritu de las ruinas, se vuelve á echar cerrando los ojos, é invocando á su Manitú. Se rompe el cordel, me levanto, y sigo á mi libertadora, que me presenta la punta de un arco, teniendo ella el otro estremo. Pero ¡de cuantos peligros nos vimos cercados! Unas veces estuvimos á pique de tropezar con los Salvages dormidos, otras nos pregunta una guardia á la que Atala respondia mudando su voz. Gritan los niños, y ladran los perros por donde pasamos. Apénas salimos de este funesto recinto, cuando se conmovió el bosque á fuerza de aullidos. Despertáron los soldados, se encendiéron las hogueras, vimos correr por todas partes con luces á los Salvages, y apresurámos el paso.

» Cuando la aurora salia por los Apalaches, ya estábamos lejos. ¡Grande Espíritu!

¡bien sabeis cual fué mi felicidad cuando me ví de nuevo en la soledad con Atala, con Atala mi libertadora, con Atala que se me entregaba para siempre! Faltáron palabras á mi lengua, me arrodillé, y dije á la hija de Simaghan: « Muy poco valen los hombres; pero cuando » los visitan los Genios, entónces no son nada. » Sois un Genio, me habeis visitado, y no » puedo hablar delante de vos. » Atala entónces me alargó su mano con una sonrisa, y me dijo: « Es preciso que os siga, pues no » quereis huir sin mí. Soborné esta noche al » juglar, embriagué á vuestros verdugos con » esencia de fuego (1), y debí esponer mi vida » por vos, porque habeis dado la vuestra por » mí. Sí, jóven idólatra, añadió con un tono » terrible, el sacrificio será recíproco. »

» Me entregó Atala las armas que tuvo cuidado de traer; me curó despues la herida que enjugaba con una hoja de papaya, al mismo tiempo que la regaba con sus lágrimas. « Es un bálsamo, la dije, el que viertes » sobre mi llaga; » pero ella me respondió: « Mas bien me temo que sea un veneno. » En

(1) Aguardiente.

fin, rompió uno de los encajes de su seno, de que hizo un cabezal que sujetó con un rizo de sus cabellos.

» La embriaguez que dura mucho tiempo á los Salvages, y es para ellos una especie de enfermedad, les impidió sin duda perseguirnos en las primeras jornadas; y en el caso de buscarnos, es probable fuese ácia el occidente, en la persuasion de que bajaríamos al Meschacebé; pero habíamos tomado nuestra ruta ácia la estrella inmóvil (1), dirigiendonos por el musgo de los troncos de los árboles.

» No tardámos en conocer cuan poco habíamos ganado con mi libertad. Presentaba el desierto á nuestros ojos sus inmensas soledades: sin esperiencia de la vida de los bosques, estraviados de nuestro verdadero camino, y marchando á la aventura, ¿que iba á ser de nosotros? Acordabame con frecuencia, mirando á Atala, de la antigua historia de Agar que me hacia leer Lopez, y sucedió mucho tiempo ha en el desierto de Bersabé, cuando los hombres vivian tres edades de encinas.

(1) El norte.

» Atala me hizo una capa de la segunda corteza de fresno, porque estaba casi desnudo. Me bordó mocasines (1) de piel de raton perfumado, con pelos de erizo. Por mi parte tuve tambien cuidado de adornarla: unas veces la ponia sobre la cabeza una corona de malvas azules que hallábamos al paso en los abandonados cementerios de los Indios; otras la hacia collares con granos rojos de azalea, y despues me sonreia contemplando su maravillosa hermosura.

» Cuando llegábamos á un río, lo pasábamos á nado ó sobre una balsa. Apoyaba Atala una de sus manos sobre mi espalda, y como dos cisnes viageros atravesábamos las ondas solitarias.

» En tiempo de los calores rigurosos buscábamos con frecuencia un abrigo bajo los musgos de los cedros. Casi todos los árboles de la Florida, especialmente el cedro y la encina, estan cubiertos de un musgo blanco que baja de sus ramas hasta la tierra. Asi es que por la noche, á la claridad de la luna, cuando percibis sobre una rasa llanura una

(1) Calzado de los Indios.

encina aislada cubierta con esta vestidura, pensais ver un fantasma que arrastra tras sí su largo ropage; asi tambien al mediodia no es menos pintoresca la escena, porque un crecido número de mariposas, moscas brillantes, colibrís, papagayos verdes, y grajos azules, vienen á colgarse de estos musgos, y presentan el efecto de una tapicería de lana blanca, sembrada de insectos y aves resplandecientes, bordada por un artífice europeo.

» En estas risueñas posadas, preparadas por el grande Espíritu en medio de las soledades, descansábamos á la sombra. Cuando los vientos bajaban del cielo para mover este enorme cedro; cuando el castillo aéreo formado sobre sus ramas iba fluctuando con las aves y los viageros dormidos debajo de ellas; y cuando salian mil suspiros de las galerías y bóvedas del móvil edificio, jamas podian competir las maravillas del antiguo mundo con este monumento del desierto.

» Cada noche encendíamos una grande hoguera, y formábamos la barraca de camino con una corteza apoyada sobre cuatro estacas. Si yo habia muerto un pavo salvage, una paloma torcaz ó un faisan de los bosques, lo

colgábamos á la punta de una vara larga fijada en tierra, delante de la encina encendida, abandonando á los vientos el cuidado de restituir su presa al cazador. Nos manteníamos de musgos llamados *tripas de peñas*, con azucaradas cortezas de álamo blanco, y manzanas de Mayo, que tienen el gusto del albérchigo y de la sangüesa. El nogal negro, el arce y el zumaque proveian de vino á nuestra mesa. Algunas veces iba yo á buscar entre las cañas una planta cuya flor ensanchada en forma de trompetilla contenia un vaso del mas puro rocío. Bendecíamos á la Providencia que sobre el tierno vástago de una flor habia colocado este limpio manantial en medio de las lagunas corrompidas; del mismo modo que puso la esperanza en lo interior de los corazones ulcerados por la tristeza, y como hace salir la virtud del seno de las miserias de la vida.

» Pero ¡ay de mí! pronto descubrí que me habia engañado la aparente calma de Atala. *Cuanto* mas avanzábamos en el desierto, tanto mas se apoderaba de ella la tristeza. Se estremecia con mucha frecuencia, y sin causa, volviendo precipitadamente la cabeza. La sorprendia echando sobre mí una mirada apa-

sionada, que dirigia despues ácia el cielo con una profunda melancolía. Lo que mas me asustaba, era una especie de secreto ó pensamiento que ocultaba en el fondo de su alma, aunque lo revelaban sus ojos. Fomentando siempre y desechando, animando y destruyendo mis esperanzas, cuando me parecia haber dado algun paso en su corazon, me hallaba al principio del camino. Cuantas veces me dijo: « ¡Oh jóven amante mio! te amo como á la » sombra de los bosques en medio del dia. » Eres hermoso como el desierto con todas » sus flores y brisas. Si me inclino sobre tí, me » estremezco; si mi mano toca á la tuya, me » parece que voy á morir. El otro dia echó » el viento tus cabellos sobre mi cara, miéntras descansabas en mi regazo; me pareció » sentir el suave tacto de los Espíritus invisibles. Sí, he visto los cabritillos de la montaña de Occon, he oido las conversaciones » de los hombres cansados de vivir; pero la » dulzura de los cabritillos y la sabiduría de » los ancianos son menos agradables y menos » fuertes que tus palabras. ¡Ah! pobre Chactas, no seré jamas tu esposa. »

» Las perpetuas contradicciones del amor

y de la religion de Atala; el abandono de su ternura, y la castidad de sus costumbres; la fortaleza de su carácter, y su profunda sensibilidad; la elevacion de su alma en las cosas grandes, y su docilidad en las pequeñas, me hacian mirarla como á un ser incomprensible. No podia Atala ejercer sobre un hombre un imperio débil: al mismo tiempo que estaba llena de pasiones, lo estaba tambien de poder; era preciso ó adorarla, ó aborrecerla.

» Despues de quince noches de una marcha precipitada, entrámos en la cordillera de los montes Alleganis, y llegámos á uno de los brazos del rio Tenaso que desagua en el Ohio. Ayudado de los consejos de Atala, hice una canoa que carené con goma de ciruelo, despues de haber cosido las cortezas con raices de abeto, y nos embarcámos en ella abandonandonos á la corriente del rio.

» Se veia á nuestra izquierda, tras de un promontorio, la poblacion de Sticoë con sus tumbas piramidales y sus barracas arruinadas: dejámos á la derecha el valle de Keow, que termina con la perspectiva de las cabañas de Jore, suspendidas al frente de la montaña del mismo nombre. El rio que nos lle-

vaba, corria entre altas montañas, á cuyo estremo se veia ponerse el sol. Aquellas profundas soledades no estaban embarazadas con la presencia del hombre. Solo vimos un cazador Indio que, apoyado sobre su arco, é inmóvil sobre la punta de una peña, parecia una estatua erigida en la montaña al Genio de aquellos desiertos.

» Uníamos Atala y yo nuestro silencio al de la escena de este mundo primitivo, cuando de repente la hija del desierto hizo resonar en los aires una voz llena de emocion y de melancolía, cantando su patria ausente.

« ¡Felices los que no han visto el humo
» de las fiestas del estrangero, y solo han
» asistido á los festines de sus padres!

» Si el grajo azul del Meschacebé dijera á la
» nomparela de las Floridas: « ¿Por que os
» lamentais tan tristemente? ¿Acaso no te-
» neis aquí aguas cristalinas, sombras deli-
» ciosas, y toda especie de pastos como en
» vuestros bosques? » « Sí, responderia la
» nomparela fugitiva; pero mi nido está en
» un jazmin: ¿quien me lo traerá? Y el sol
» de mi llanura, ¿lo teneis vos acaso? »

» ¡Felices los que no han visto el humo

» de las fiestas del estrangero, y solo han » asistido á los festines de sus padres!

» Despues de una penosa marcha se sienta » el viagero con tristeza: registra al rededor » de sí los techos de los hombres, y no halla » donde reclinar su cabeza. Llama á la » puerta de la cabaña, arrima á un lado su » arco, y pide le hospeden en ella: hace el » dueño una señal con la mano, y el viagero » toma otra vez su arco, y se vuelve al de- » sierto.

» ¡Felices los que no han visto el humo » de las fiestas del estrangero, y solo han » asistido á los festines de sus padres!

» ¡Vosotras, maravillosas historias, con- » tadas al rededor del hogar, tiernas efusio- » nes del corazon, y larga costumbre de » amar, tan necesarias á la vida; vosotras » sois las que habeis llenado los dias de los » que no han dejado su pais nativo! Sus » sepulcros estan en su patria, con el sol » puesto, con los llantos de sus amigos, y » con los encantos de la religion.

» ¡Felices los que no han visto el humo » de las fiestas del estrangero, y solo han » asistido á los festines de sus padres! »

» De este modo cantaba Atala, sin que nadie interrumpiese sus quejas, sino el sordo ruido que hacia nuestra canoa sobre las ondas. Solamente en dos ó tres parages las recogió un débil eco, que las volvió mas débiles la segunda vez, y mucho mas la tercera : se hubiera creido que las almas de dos amantes tan desgraciados en otro tiempo como nosotros, atraidas de esta dulce melodía, se complacian suspirando en la montaña sus últimos sonidos.

» No obstante, la soledad, la presencia continua del objeto amado y nuestras mismas desgracias aumentaban continuamente nuestro amor. Las fuerzas de Atala comenzaban ya á abandonarla; y abatiendo su cuerpo, las pasiones iban ya á triunfar de su virtud. Invocaba continuamente á su madre, cuya sombra irritada parecia querer apaciguar. Me preguntaba algunas veces si oia alguna voz lastimosa, ó si veia salir llamas de la tierra. Por lo que á mí toca, lleno de fatiga, abrasado de deseo, y contemplandome perdido sin remedio en estos bosques, estuve tentado mil veces á coger entre mis brazos á mi esposa, y otras tantas la propuse hiciésemos

una barraca en aquellos desiertos, y nos enterrásemos juntos en ella. Pero siempre se me opuso diciendo: « Reflexiona, mi jóven » amigo, que un guerrero debe servir á su » patria. ¿Que vale una muger en compara- » cion de las obligaciones que debes llenar? » Animo, hijo de Outalissi, no murmures » contra tu destino: el corazon del hombre » es como la esponja del río, que unas veces » bebe agua pura en tiempo de serenidad, » y otras se hinche de turbia en tiempo de » tormenta. ¿ Por ventura tiene la esponja » derecho para decir: « Creia que no hu- » biese jamas tempestades, ni que abrasase » el sol? »

» ¡Oh René! si temes las turbaciones del corazon, no te fies de los retiros salvages: las pasiones grandes son solitarias, y transportarlas al desierto, no seria mas que volverlas á su imperio. Oprimidos de cuidados y de miedos, espuestos á caer en manos de Indios enemigos, á ser sumergidos en las aguas, mordidos de las serpientes, devorados de las bestias, hallando con dificultad un escaso alimento, y no sabiendo adonde dirigir nuestros pasos, parecia haber llegado á su mayor

altura nuestros males, cuando sobrevino un accidente que puso el colmo á todos.

» Ya se cumplian veinte y siete soles desde que salímos de las cabañas; ya la *luna de fuego* (1) habia comenzado su carrera, y todo anunciaba una tempestad. Se acercaba la hora en que las matronas indias colgaban su cayada de labor en las ramas del sabinero, y en que los papagayos se retiraban á los huecos de los cipreses, cuando comenzó á cubrirse el cielo. Calláron todas las voces de la soledad, guardó silencio el desierto, y quedáron enmudecidas las selvas en calma universal. No tardó en oirse á lo lejos el estallido de un trueno, que estendiendose por aquellos bosques tan antiguos como el mundo, hizo salir de ellos un ruido terrible. Temiendo sumergirnos en medio del río, nos dimos priesa para ganar la orilla, y retirarnos á una selva.

» Era aquel un terreno pantanoso : caminábamos con fatiga bajo una bóveda de zarzaparrilla, y entre cepas de viñas, añil, judías, y arrastradas enredaderas que trababan nuestros piés como redes. Temblaba al

(1) Mes de Julio.

rededor de nosotros el húmedo suelo, y á cada instante nos mirábamos espuestos á hundirnos en los barrancos. Nos cegaba un enjambre de insectos, y nos hallábamos rodeados de disformes murciélagos : sonaban por todas partes las culebras de cascabel; y los lobos, osos, carcajos y tigres pequeños, que iban á abrigarse á aquellos retiros, los estremecian con sus rugidos.

» Ademas se aumentaba la oscuridad, y rateras las nubes se metian bajo las sombras de los árboles : abrióse una de ellas despidiendo un grande relámpago. Un viento impetuoso, que venia del poniente, mezclaba en un vasto caos unas nubes con otras; inclináronse las selvas, y el cielo se abrió por varias partes, descubriendo por medio de sus grietas nuevos cielos y campos encendidos. ¡Que espantoso y magnífico espectáculo! Encendió el rayo los árboles : se estendió el fuego como una madeja de llamas, y unas colunas de centellas y humo cubrieron las nubes, que descargáron sus rayos sobre el vasto incendio. Entónces el grande Espíritu cubre de espesas tinieblas las montañas; del medio de este ancho caos se levanta

el ruido confuso de los vientos, el sacudimiento de los árboles, los aullidos de las bestias feroces, el zumbido del incendio, y los repetidos estruendos del rayo que silbaba apagandose en las aguas.

» ¡Bien lo sabe el grande Espíritu! En este momento no ví sino á Atala, ni pensé en otra cosa que en ella. Bajo el inclinado tronco de un álamo blanco conseguí libertarla del agua; y sentado yo tambien bajo este mismo árbol hospitalario, teniendo á mi querida sobre mis rodillas, y calentando con mis manos sus desnudos piés, me contemplaba mas feliz que una recien casada cuando por primera vez siente que salta en su seno el fruto de sus entrañas.

» Estábamos muy atentos al ruido de la tempestad, cuando siento caer sobre mi pecho una lágrima de Atala. « ¡Tempestad » del corazon! esclamé: ¿es esta una gota » de tu lluvia? » Y abrazando despues estrechamente á mi amante, la dije: « Atala, sin » duda me ocultas alguna cosa. Abreme tu » corazon, hermosa mia: las penas se alivian mucho, cuando se comunican á un » amigo. Cuentame tu dolor secreto, que

» tanto te obstinas en ocultar. ¡Ah! ya lo » penetro, lloras tu patria. » « Hijo de los » hombres, me respondió ella, ¿por que he » de llorar mi patria, cuando mi padre no » era de la tierra de las palmas? » « ¿Pues » que? la dije con asombro, ¿no era vuestro » padre del pais de las palmas? ¿Pues quien » es el que os echó á esta tierra? Respon- » dedme. » Atala me dijo entónces lo siguiente:

« Antes que mi madre hubiese llevado al » matrimonio con el guerrero Simaghan » treinta yeguas, veinte búfalos, cien medi- » das de aceite de bellota, cincuenta pieles » de castor, y otras muchas riquezas, habia » conocido á un hombre blanco. La madre de » mi madre la echó agua en la cara, y la obligó » á casarse con el magnánimo Simaghan, muy » parecido á un rey, y honrado de los pue- » blos como un Genio. A este nuevo esposo, » pues, le habló mi madre en estos térmi- » nos: « Mi vientre ha concebido, matadme. » » Pero Simaghan la respondió: « ¡El grande » Espíritu me libre de cometer una accion » tan ruin! No os mutilaré, ni os cortaré la » nariz ni las orejas, porque sois tan sincera,

» y no habeis sido infiel á mi tálamo. El fruto
» de vuestras entrañas lo será tambien mio,
» y no os visitaré hasta que se vaya el pájaro
» del arroz, cuando brille la luna décimater-
» cia. » En este intermedio rompí el seno de
» mi madre, y comencé á crecer, siendo tan
» orgullosa como una Española y como una
» Salvage. Mi madre me hizo cristiana, para
» que su Dios y el de mi padre fuese tam-
» bien el mio. Despues se apoderó de ella
» la tristeza del amor, y bajó á su cuevecita
» guarnecida de pieles, de la que no se sale
» jamas. »

» Tal fué la historia de Atala. « Mas ¿quien
» era tu padre, la dije yo, pobre huérfana?
» ¿Como le llamaban los hombres en la tierra,
» y que nombre tenia entre los Genios? »
« Yo no lavé jamas los piés de mi padre,
» me respondió Atala; solo sé que vivia con
» una hermana suya en San Agustin, y que
» fué siempre fiel á mi madre: Felipe era su
» nombre entre los ángeles, y los hombres le
» llamaban Lopez. »

» A estas palabras dí un grito que resonó en toda la soledad: el ruido de mi enagenamiento se mezcló con el de la tempestad, y

estrechando á Atala sobre mi corazon, la dije estas palabras interrumpidas con sollozos: « ¡ Oh mi querida hermana ! ¡ oh hija de » Lopez ! ¡ oh hija de mi bienhechor ! » Asustada Atala me preguntó la causa de mi turbacion; pero cuando la respondí que Lopez era aquel generoso huésped que me habia adoptado en S. Agustin, y á quien yo habia dejado por vivir libre, quedó tambien llena de confusion y de alegría.

» Era demasiado golpe para nuestros corazones esta fraternal amistad que venia á visitarnos y unir su amor con el nuestro. Los combates de Atala eran inútiles; en vano ponia su mano en el seno, haciendo movimientos estraordinarios: ya la tenia yo agarrada, ya estaba enagenado con su aliento, y ya habia gustado en sus labios todo el encanto del amor. Con los ojos fijos en el cielo, y al resplandor de los relámpagos, tenia en brazos á mi esposa, en presencia del Eterno. ¡Pompa nupcial, digna de nuestras desgracias y de la grandeza de nuestros amores; soberbias selvas, que agitábais vuestras yerbas y bóvedas como las cortinas y el cielo de nuestra cama; abrasados pinos, que formábais las

antorchas de nuestro himeneo; río fuera de madre, montañas bramadoras, espantosa y sublime naturaleza; ¡vosotros no érais mas que un vano aparato preparado para engañarnos, y no pudísteis ocultar por un momento en vuestros misteriosos horrores la felicidad de un hombre!

» Ya no ofrecia Atala mas que una débil resistencia; yo tocaba el momento de mi felicidad, cuando siento de repente un impetuoso relámpago seguido del estallido de un rayo, que surcando la espesura de las sombras, y llenando el bosque de azufre y claridad, destrozó un árbol á nuestros piés. Huímos. ¡Terrible sorpresa!..... en el silencio que sucedió al estruendo, oimos el sonido de una campanilla. Suspensos ámbos aplicamos el oido á este ruido tan estraño en el desierto. Al instante oimos á lo lejos el ladrido de un perro; se acerca, redobla sus ladridos, llega, y aulla de alegría á nuestros piés: tras él vimos un viejo Solitario, que con una linterna en la mano venia atravesando las tinieblas del bosque. « ¡Bendita sea para siempre la divina » Providencia! dijo luego que nos percibió. » ¡Ya hace tiempo que os voy buscando!

» Nuestro perro os ha sentido desde que co-
» menzó la tempestad, y me ha conducido
» aquí. ¡Oh buen Dios! ¡que jóvenes son!
» ¡Pobrecitos hijos! ¡cuanto habréis su-
» frido! Venid conmigo: aquí tengo una piel
» de oso, que servirá para esta jóven, y un
» poco de vino en nuestra calabaza. ¡Sea
» Dios alabado para siempre en todas sus
» obras! ¡cuan grande es su misericordia, y
» cuan infinita su bondad! »

» Atala estaba postrada á los piés del Religioso, y le dijo: « Gefe de la oracion, » yo soy cristiana, el cielo os envia aquí » para salvarme. » « Hija mia, dijo el ermi-» tañio alzandola del suelo, ordinariamente » tocamos por la noche, en tiempo de tem-» pestad, la campana de la Mision, para » llamar á los viageros; y á imitacion de » nuestros hermanos de los Alpes y del Lí-» bano, enseñamos á nuestro perro á des-» cubrir los estrangeros estraviados. » Por lo tocante á mí, apénas entendia al ermi-tañio: esta caridad me parecia tan superior al hombre, que la juzgaba un sueño. A la luz de la linterna que tenia el Religioso, divisé su barba y cabellos empapados en agua, y en-

sangrentados con las zarzas sus piés, manos y cara. « ¡Venerable viejo! le dije: ¿que co- » razon es el tuyo cuando no has temido que » te mate el rayo? » « ¡Temor, me respondió » con una especie de enardecimiento; temor, » cuando hay hombres en peligro, y puedo » serles útil! En tal caso seria un indigno » siervo de Jesucristo. » « Pero ¿sabes, le » contesté, que no soy cristiano? » « ¡Y que! » me replicó, ¿te he preguntado acaso cuál » es tu religion? ¿Ha dicho por ventura » Jesucristo: « Mi sangre lavará á este, y no » á aquel? » Murió igualmente por el Judío » que por el Gentil, y no reconoce en todos » los hombres sino hermanos y desgraciados. » Bien poco es lo que hago aquí por vos- » otros, y acaso hallaríais en otra parte mayo- » res socorros; pero no debe atribuirse esta » gloria á los sacerdotes. ¿Que somos nos- » otros, débiles Solitarios, sino viles ins- » trumentos de una obra celestial? Mas no » obstante, ¿que soldado habria tan cobarde » que volviese piés atras, viendo á su gefe » que, con la cruz en la mano y coronada de » espinas la cabeza, camina delante de él al » socorro de los hombres? »

» Estas palabras penetráron todo mi corazon, y derramé lágrimas de admiracion y de ternura. « Mis queridos hijos, prosiguió el » misionero, yo gobierno en estas selvas un » corto número de Salvages, hermanos vues- » tros. Mi gruta está cerca de aquí en la » montaña: venid á calentaros á ella, y aun- » que no hallaréis las comodidades de la » vida, os servirá á lo menos de abrigo; aun » de esto deben darse gracias á la bondad di- » vina, porque hay muchos hombres que no » le tienen. »

LOS LABRADORES.

» HAY justos cuya conciencia se halla tan tranquila, que no se puede tratar con ellos sin participar de la paz que exhalan, por decirlo asi, de sus corazones y de sus pensamientos. Segun iba hablando el Solitario, sentia yo calmarse en mi pecho las pasiones, y hasta la misma tempestad del cielo parecia que se alejaba á su voz. Se esparciéron tanto las nubes, que nos permitiéron dejar nuestro asilo. Salímos del bosque, y comenzámos á trepar la espalda de una alta montaña. Iba

delante de nosotros el perro, que llevaba en la punta de un palo la *linterna apagada*. Conducia yo de la mano á Atala, y seguíamos al misionero que volvia con frecuencia la cara para mirarnos, contemplando con lástima nuestras desgracias y nuestra juventud. Traia un libro colgado del cuello, y se apoyaba en un baston blanco: su talle era alto, su figura pálida y flaca, su fisonomía apacible y sincera. No tenia aquellas facciones amortiguadas y pacatas que se advierten en el hombre que ha nacido sin pasiones: se conocia que habian sido penosos sus dias; y las arrugas de su frente manifestaban las hermosas cicatrices de las pasiones ahogadas por la virtud, y por el amor de Dios y de los hombres. Cuando nos hablaba en pié é inmóvil, su barba larga, sus ojos bajos y modestos, y su voz afable, publicaban su serenidad y grandeza de alma. El que haya visto como yo al P. Aubry, caminando solo por el desierto con su baston y breviario, tendrá una perfecta idea del viagero cristiano sobre la tierra.

» Despues de haber andado una media hora por los peligrosos senderos de la montaña, llegámos á la gruta del misionero,

donde entrámos por medio de las hiedras y otras malezas que la lluvia habia arrancado de las peñas. No habia en este albergue sino una estera de hojas de papaya, una calabaza para sacar agua, algunos vasos de madera, una pala, una culebra doméstica, un crucifijo, y el libro de los Cristianos, que estaba *sobre una piedra* que servia de mesa.

» Se dió priesa este buen viejo á encender lumbre con yerbas secas: molió entre dos piedras un poco de maiz, y haciendo de él *una torta*, la puso á cocer sobre la ceniza: apénas se puso dorada con el fuego, nos la *presentó caliente*, *con leche* de nuez, en un vaso de acebuche.

» Habiendo venido con la noche la serenidad, nos propuso el siervo del grande Espíritu fuésemos á sentarnos á la entrada de su cueva. Le seguímos á este sitio que dominaba una inmensa vista. Las reliquias de la tempestad se habian dirigido desordenadamente ácia el oriente; los fuegos del incendio que en los bosques habia ocasionado el rayo, brillaban aun á lo lejos; al pié de la montaña se habia desprendido un pinar entero, y el agua del rio corria mezclada con la arcilla, con los

troncos de los árboles derribados, y con los animales y peces muertos, cuyo *plateado* vientre flotaba sobre la superficie de las ondas.

» Miéntras mirábamos esta triste escena, contó Atala nuestra historia al viejo Genio de la montaña, cuyo corazon quedó tan conmovido, que vertia lágrimas sobre su barba. « Hija mia, dijo á Atala, es preciso ofrecer á » Dios vuestros trabajos, por cuya gloria » habeis hecho ya tantas cosas: *él os dará la* » tranquilidad. Bien veis como *humean estos* » bosques, se secan estos torrentes, y se di- » sipan las nubes: ¿creeis por ventura que » el que puede calmar una tempestad como » esta, no podrá tambien aquietar las turba- » ciones del corazon humano? En el caso de » que no tengais otro albergue, yo os ofrezco, » querida hija mia, una cabaña entre el re- » baño que tengo el honor de conducir á Je- » sucristo: instruiré á Chactas, y os lo daré » por esposo cuando sea digno de serlo. »

» A estas palabras me eché á los piés del Solitario, vertiendo lágrimas de alegría; pero Atala quedó pálida como la muerte. Me levantó el viejo con benignidad, y entónces ví que tenia mutiladas ámbas manos. Compren-

dió de repente Atala sus desgracias, y dijo: « ¡Los bárbaros, los bárbaros han sido! »

« Hija mia, la contestó el Padre con una » dulce sonrisa, ¿que comparacion tiene esto » con lo que ha sufrido mi divino Maestro? Si » los Indios idólatras me han maltratado, es » *porque son unos pobres ciegos á quienes* » Dios alumbrará algun dia. Los amo otro » tanto mas cuanto mas es el daño que me han » hecho; y es digno de admiracion el ver que » habiendo vuelto á mi patria, no he podido » quedarme en ella, sin embargo de que una » ilustre reina se ha dignado contemplar estas » pocas señales de mi apostolado. Pero ¿que » recompensa mas gloriosa podia yo recibir » de mis trabajos, que haber conseguido de la » cabeza de nuestra religion el permiso de ce- » lebrar el divino sacrificio con estas manos » mutiladas? Despues de un honor tan grande, » nada mas me faltaba que hacerme digno de » él: he vuelto al Nuevo Mundo con ánimo de » acabar en él el resto de mi vida en servicio de » *mi Dios*. Van á cumplirse treinta años que » habito esta soledad, y cumplirán mañana » veinte y dos que estoy en esta peña. Cuando » llegué á estos parages, no encontré en ellos

» sino familias vagamundas, de costumbres
» feroces, y de una vida muy miserable. Les
» hice oir la palabra de paz, y sus costumbres
» se fuéron suavizando poco á poco. Viven al
» presente juntos en una corta sociedad cris-
» tiana á la falda de esta montaña. Al mismo
» tiempo que les instruia en el camino de la
» salvacion, procuré enseñarles las primeras
» artes de la vida, sin llevarlos muy lejos, y
» reteniendo á esta gente honrada en aquella
» sencillez que constituye la felicidad. Por lo
» que á mí toca, temiendo incomodarlos con
» mi presencia, me retiré á esta gruta, donde
» vienen á consultarme. En este sitio retirado
» de los hombres, admiro á Dios en la gran-
» deza de las soledades, y me dispongo para
» la muerte que me anuncian mis largos dias. »

» Al acabar estas palabras, se puso de rodillas el Solitario, y nosotros imitámos su ejemplo. Comenzó en alta voz una oracion á la cual respondia Atala. Unos relámpagos mudos abrian todavía los cielos ácia el oriente, y brillaban á un mismo tiempo tres soles sobre las nubes del poniente. Algunos zorros dispersos por la tempestad sacaban sus negros hocicos por el borde de los precipicios,

y se oia el ruido de las plantas, que enjugandose con la brisa de la tarde, levantaban por todas partes sus abatidos tallos.

» Entrámos otra vez en la cueva, donde el ermitaño dispuso para Atala una cama de musgo de cipres. Se notaba en sus ojos una profunda languidez, y en medio de sus repetidos movimientos miraba al Padre Aubry, como si tuviese que comunicarle algun secreto; bien que parecia detenerla alguna cosa, ya fuese mi presencia, ya una especie de vergüenza, ó ya tal vez la inutilidad de confesarlo. A media noche sentí que se levantó en busca del Solitario; pero como este la habia cedido su cama, se habia ido á contemplar la hermosura del cielo, y á orar sobre la cumbre de la montaña. Me dijo al dia siguiente, que acostumbraba hacer esto aun en tiempo de invierno, porque se complacia mirando el balanceo de las despojadas cumbres de los árboles, el vuelo de las nubes por los cielos, y oir el zumbido de los vientos, y el ruido de los torrentes en la soledad. Tuvo que volverse á su cama mi hermana, y se quedó dormida. Pero ¡ay de mí! lleno de esperanza, no percibia en la debilidad de

Atala sino unas señales pasageras de cansancio.

» A la mañana siguiente me despertó el canto de los cardenales y de los pájaros burlones, que anidaban en las acacias y laureles plantados al rededor de la gruta. Fuí á coger una rosa magnolia mojada con las lágrimas de la mañana, y la puse en la cabeza de Atala que estaba dormida: esperando yo, segun la religion de *mi pais*, *que bajase el* alma de algun niño de *pecho á esta flor en* una gota de rocío, y entrase *por un dichoso* sueño en el seno de mi *futura esposa. Des*pues busqué á mi huésped, á quien hallé con su ropa recogida hasta la cintura, con el rosario en la mano, y aguardandome sentado en el tronco de un pino que se habia caido de viejo. Me propuso fuese con él á la Mision, miéntras que descansaba Atala; acepté su oferta, y nos pusimos en camino.

» Al bajar la montaña, ví unas encinas donde pensé que los Genios habian grabado caracteres estraños. El ermitaño me dijo que los habia hecho él mismo, y que eran los versos de un antiguo poeta llamado Homero, y asimismo algunas sentencias de otro poeta

mucho mas antiguo, llamado Salomon. Parecia que se notaba en todo una misteriosa armonía entre la sabiduría de los tiempos, los versos gastados con el musgo, el Solitario que los habia grabado, y las encinas viejas que le servian de libros.

» *Su nombre*, su edad, y la fecha de su mision estaban tambien señalados sobre una caña de la sábana, que estaba al pié de estos árboles. Estrañé los hubiese grabado en un monumento tan frágil. « Durará mas que yo, » me respondió el Padre, y tendrá siempre » mas estimacion que el poco bien que yo » hice. »

» Fuimos desde allí á la entrada de un valle, donde ví una obra maravillosa: era un puente natural, como el de la Virginia, del que acaso habréis oido hablar. Los hombres, hijo mio, dijo el Solitario, y sobre todo los de tu pais, imitan con frecuencia á la naturaleza; pero sus copias son siempre defectuosas. No la sucede á ella lo mismo cuando *quiere imitar* las obras de los hombres, ofreciendoles modelos. Entónces sabe echar puentes desde la cima de una montaña á la cumbre de otra, colgar caminos en las nubes, vaciar

ríos en canales, esculpir montes por columnas, y por estanques la cavidad de los mares.

» Pasámos por bajo del único arco de este puente, y nos hallámos metidos dentro de otra obra maravillosa. Esta era el cementerio de los Indios de la Mision, ó los *Bosquecillos de la muerte*. Habia permitido el ermitaño que los Indios enterrasen sus muertos segun su estilo, y que el sitio de su sepultura conservase su nombre salvage; solamente habia santificado este lugar con una cruz (1). Estaba dividido aquel terreno, como el campo comun de las cosechas, en tantas porciones como familias habia. Se componia cada porcion de un bosque pequeño, que variaba segun el gusto é ideas de los que lo habian plantado. Serpenteaba por medio de ellos un apacible arroyuelo á quien llamaban el *Arroyo de la paz*. Este risueño asilo de las almas llegaba por el oriente hasta el puente bajo el cual habíamos pasado; por el septentrion y mediodia á unos cerrillos; y solamente tenia entrada

(1) Sin duda el Padre Aubry habia imitado á los Jesuitas de la China, que *permitian á los Chinos enterrar* á sus parientes en sus jardines, segun su antigua costumbre.

por el occidente, donde habia un bosque grande de abetos, cuyos troncos matizados de rojo y verde, y desnudos de ramas hasta sus cimas, parecian unas altas colunas, y formaban el perístilo de aquel hermoso templo de la muerte. En él reinaba un ruido religioso y sordo, parecido al que forma el órgano en las bóvedas de una iglesia; pero, cuando se llegaba al fondo del santuario, no se oian mas que los himnos de las aves que al parecer celebraban una fiesta eterna en memoria de los *difuntos*.

» Al salir de este bosque, descubrímos el pueblo de la Mision, situado á la orilla de un lago, y en medio de una llanura sembrada de flores. Se llegaba á ella por una calle de magnolias y encinas que guarnecian uno de los antiguos caminos que se encuentran ácia las montañas que dividen el Kentucki de las Floridas. Luego que los Indios viéron en la llanura á su pastor, dejáron sus trabajos, y corriéron á él. Besaban los unos respetuosa*mente su ropa*, ayudaban otros sus trémulos pasos; y levantaban las madres en sus brazos á sus tiernos hijos, para que viesen al *hombre de Jesucristo*, que derramaba sobre

ellos lágrimas paternales. Se informaba al paso de lo que ocurria en el pueblo, aconsejando á unos, y reprendiendo con dulzura á otros; hablaba de la recoleccion de las cosechas, de la instruccion de los niños, del alivio de las penas, mezclando á Dios en todos sus discursos.

» Escoltados de este modo llegámos al pié de una gran cruz que estaba en el camino. Aquí era donde el siervo de Dios acostumbraba celebrar los misterios de su religion. « Mis queridos neófitos, dijo volviendose al » pueblo, os ha llegado un hermano y una » hermana, y para colmo de felicidad veo que » la divina Providencia libertó ayer vuestros » sembrados : ved aquí dos motivos muy » poderosos para darla las gracias. Ofrezca- » mosla el divino sacrificio, asistiendo todos » á él con un recogimiento profundo, una fé » viva, un reconocimiento sin límites, y un » corazon humilde. »

» Al instante se revistió este divino sacerdote de una túnica blanca de corteza de moral; sacó los vasos sagrados de un tabernáculo que estaba al pié de la cruz; preparó el altar sobre un pedazo de peña; trajéron agua de

un arroyo inmediato, y un racimo de uva silvestre suministró vino para el sacrificio. Todos nos pusimos de rodillas en la alta yerba, y comenzó el misterio.

» La aurora, que se descubria detras de las montañas, inflamaba el oriente. Todo parecia color de oro ó de rosa en la soledad. Salió en fin del abismo de la luz el astro anunciado con tanto esplendor, hallando su primer rayo la hostia consagrada que en aquel mismo momento elevaba en los aires el sacerdote. ¡Oh encanto de la religion! ¡oh magnificencia del culto cristiano! ¡Un viejo ermitaño por sacrificador, una peña por altar, un desierto por iglesia, y unos inocentes Salvages por asistentes! No, no dudo que se cumpliese el grande misterio en el momento en que inclinámos nuestro rostro sobre la tierra, y que descendiese Dios, porque yo le sentí bajar á mi corazon.

» Despues del sacrificio, en el que nada eché de menos sino á la hija de Lopez, nos volvimos á la poblacion. Reinaba allí la mas preciosa mezcla de la vida social y de la naturaleza; junto á un bosquecillo de cipreses del antiguo desierto, se veia una nueva la-

branza cuyas doradas espigas ondeaban sobre los troncos de encinas caidas, reemplazando los manojos de mieses de un verano á los árboles de tres siglos. Por todas partes se veian humear los bosques entregados á las llamas, y correr lentamente el arado entre los escombros de sus raices. Unos agrimensores iban midiendo el terreno con largos cordeles, y jueces árbitros señalaban las primeras propiedades. El ave cedia su nido, y la guarida de la bestia feroz se convertia en cabaña. Oianse retumbar las fraguas, y los golpes del hacha hacian por la última vez resonar los ecos que iban á espirar con los árboles que les servian de asilo.

» Vagaba yo embelesado por medio de estos cuadros, que se me hacian mas dulces con la memoria de Atala, y con los sueños de felicidad en que mecia todo mi corazon. Admiraba el triunfo del cristianismo sobre la vida salvage; veia civilizarse el Indio á la voz de la religion, y asistia á las primitivas bodas del Hombre con la Tierra. Aquel, por este grande contrato, cedia á la tierra la herencia de sus sudores; y esta, en recompensa, se obligaba á darle fielmente las

cosechas, alimentar sus hijos, y recoger sus cenizas.

» Entónces llegáron con un niño al misionero, que lo bautizó entre unos jazmines floridos que estaban á la orilla de un manantial, al mismo tiempo que en medio de los juegos y trabajos se presentaba un féretro en los Bosquecillos de la muerte. Dos esposos recibiéron bajo una encina la bendicion nupcial, y fuímos á colocarlos en un rincon de la soledad. Iba delante de todos el pastor, echando bendiciones por todas partes sobre las peñas, árboles y fuentes, al modo que en otros tiempos, segun el libro de los Cristianos, bendijo Dios la tierra inculta, dandola en herencia á Adan. Esta procesion, que mezclada con sus rebaños seguia de peña en peña á su venerable gefe, representaba á mi enternecido corazon aquellas emigraciones de las primitivas familias, cuando Sem atravesaba con sus hijos el mundo desierto, siguiendo al sol que caminaba delante de él.

» Pregunté al santo ermitaño ¿como gobernaba sus hijos? y me respondió con suma complacencia: « Yo no les he dado ley al- » guna, solo les enseño á amarse recípro-

» camente, orar á Dios, y esperar una vida
» mejor; pues en esto solo se encierran todas
» las leyes del mundo. Allí veis una cabaña
» mas grande que las otras en medio de la
» poblacion, y sirve de capilla cuando llueve.
» En ella se junta el pueblo por mañana y
» tarde para alabar al Señor; y cuando estoy
» ausente, me sustituye un anciano, porque
» la vejez es, como la maternidad, una es-
» pecie de sacerdocio. Se van despues á tra-
» bajar al campo, en el cual, aunque esten
» divididas las propiedades, con el fin de
» aprender la economía social, se depositan
» las cosechas en graneros comunes, para
» mantener la caridad fraternal. Cuatro an-
» cianos son los que distribuyen con igualdad
» el producto del trabajo. Añadid á esto las
» ceremonias religiosas, los cánticos, la cruz
» donde he celebrado los misterios, el olmo
» bajo el cual predico cuando hace buen
» tiempo, nuestros sepulcros inmediatos á
» las tierras de labor, nuestros ríos donde
» bautizo los niños, y el San Juan de esta
» nueva Betania, y tendréis una idea com-
» pleta del reino de Jesucristo. »

» Me embelesáron las palabras del Solita-

rio, y conocí cuan superior era esta vida estable y laboriosa á la vida errante y ociosa del Salvage.

» ¡Ah! René, no murmuro contra la Providencia, pero confieso que jamas puedo acordarme de esta sociedad evangélica, sin esperimentar toda la amargura de los pesares. ¡Cuan feliz hubiera hecho mi vida una cabaña construida en estas orillas en compañía de Atala! En ella darian fin todas mis correrías; allí, acompañado de mi adorada esposa, desconocido de los hombres, y ocultando mi dicha en el fondo de los bosques, pasaria como los ríos que no tienen nombre en el desierto. En lugar de aquella paz que osaba entónces prometerme, ¡entre cuantas aflicciones he pasado mis dias! Hecho juguete de la fortuna, derrotado en todas las orillas, desterrado por mucho tiempo de mi pais, y no encontrando en él á la vuelta mas que una cabaña arruinada y unos amigos olvidados en el sepulcro, debia ser este el destino de Chactas.

EL DRAMA.

» AUNQUE fué muy vivo el sueño de mi felicidad, fué tambien de corta duracion, y el momento de despertar me aguardaba en la gruta del Solitario. Quedé sorprendido, cuando llegando á ella al mediodia, ví que Atala no nos salia al encuentro. No sé que repentino horror se apoderó de mí. Al acercarme á la gruta, no me atreví á llamar á la hija de Lopez: igualmente se espantaba mi imaginacion con la voz, ó con el silencio que pudiera seguirse á mis gritos. Pero mas sobresaltado aun con la noche que reinaba á la entrada de la peña, dije al misionero: « ¡Vos, » á quien el cielo acompaña y fortalece, pe- » netrad por esas sombras! »

» ¡Cuan débil es aquel á quien dominan las pasiones! ¡Cuan fuerte el que descansa en Dios! Mas valor residia en aquel corazon religioso, abrumado con setenta y seis años, que en toda la juventud de mi pecho. Entró en la gruta este hombre de paz, y yo me quedé fuera lleno de terror; pero oyendo salir al instante del fondo de la peña un mur-

mullo sordo parecido al llanto, dí un grito, y recobrando todas mis fuerzas me abalancé á la oscuridad de la caverna..... ¡Espíritus de mis padres! ¡solo vosotros sabeis el espectáculo que hirió mis ojos!

» Habia encendido el Solitario una tea de pino, que tenia en su trémula mano sobre la cama de Atala. Esta hermosa jóven, medio levantada y apoyada sobre el codo, estaba pálida y desmelenada : brillaban sobre su frente unas gotas de sudor mortal; sus miradas tristes querian todavía manifestarme su amor, y su boca procuraba sonreirse. Herido yo como de un rayo, fijos los ojos, estendidos los brazos, y entreabiertos los labios, quedé inmóvil; y reinando por algun tiempo un profundo silencio entre los tres personages de esta dolorosa escena, le rompió por fin el Solitario diciendo : « Esto no será tal vez mas » que una calentura ocasionada del cansancio; » y si nos resignamos en la voluntad de Dios, » tendrá compasion de nosotros. »

» A estas palabras mi sangre, que estaba detenida, volvió á tomar de nuevo en mi corazon su curso ordinario, y con la inconstancia de Salvage pasé repentinamente desde

el miedo á una confianza escesiva; pero Atala no me dejó en este estado mucho tiempo, porque moviendo tristemente la cabeza, nos hizo señal que nos acercásemos á su cama.

« Padre mio, dijo con una voz débil, di-
» rigiendose al Religioso, estoy ya tocando
» mi último instante. ¡Oh Chactas! escucha
» sin desesperarte el funesto secreto que te he
» ocultado para no hacerte demasiadamente
» miserable, y por obedecer á mi madre. Pro-
» cura no interrumpirme con muestras de un
» dolor que precipitaria los pocos instantes
» que me quedan de vida. Tengo muchas cosas
» que decir; pero apénas me quedará tiempo
» para hacerlo, á causa de los débiles latidos
» de mi corazon, y de un cierto peso frio que
» casi no puede sostener mi pecho. »

» Despues de algunos momentos de silen-
cio, prosiguió Atala diciendo:

« Comenzó mi triste destino aun casi ántes
» de nacer. Me habia concebido mi madre en
» la desgracia; molestaba yo su seno, y me
» echó al mundo con agudos dolores de sus
» entrañas: se desconfió de mi vida; y para
» salvarla, hizo un voto mi madre, prome-
» tiendo á la Reina de los Angeles, que la

» consagraria mi virginidad si recobraba mi
» salud..... ¡Voto fatal que me precipita al
» sepulcro!

» Tenia ya diez y seis años, cuando perdí
» á mi madre, la que pocas horas ántes de
» morir me llamó á la cabecera de su cama, y
» me dijo á presencia de un misionero que la
» consolaba en sus últimos instantes : « Hija
» mia, bien sabes el voto que hice por tí.
» ¿Querrás por ventura dejar mal á tu madre?
» ¡Oh Atala mia! te dejo en un mundo que
» no es digno de poseer una cristiana, en
» medio de unos idólatras que persiguen al
» Dios de tu padre y mio, al Dios que, des-
» pues de haberte dado la vida, te la conservó
» por un milagro. ¡Ah, hija mia querida!
» acepta el velo de las vírgenes, renuncia los
» cuidados de las cabañas, y las funestas pa-
» siones que agitáron el seno de tu madre.
» ¡Ven, pues, querida mia, ven, y jura sobre
» esta imágen de la madre del Salvador, entre
» las manos de este santo sacerdote y de tu
» madre moribunda, que no me desmen-
» tirás á la faz del cielo! Ten presente que
» me obligué por tí, á fin de salvarte la vida,
» y que si no cumples mi promesa, sepul-

» tarás el alma de tu madre en los tormentos
» eternos. »

» ¡Oh madre mia! ¿por que hablásteis asi?
» ¡Oh religion santa, que ocasionas á un mis-
» mo tiempo mis males y mi felicidad, que
» me pierdes y me consuelas! Y tú, querido y
» triste objeto de una pasion que me consume
» hasta en los brazos de la muerte; tú, querido
» Chactas, ¡bien ves al presente la causa del
» rigor de nuestro destino!.... Deshecha en
» lágrimas, y precipitandome al seno mater-
» nal, la prometí cuanto exigia de mí. Pro-
» nunciando sobre mí el misionero algunas
» palabras formidables, me dió el escapulario
» que traigo siempre conmigo. Mi madre me
» amenazó con su maldicion si quebrantaba
» el voto; y despues de haberme encargado
» un secreto inviolable para con los paganos,
» perseguidores de mi religion, espiró tenien-
» dome abrazada.

» No conocí por el pronto el peligro de mi
» juramento. Llena de ardor como verdadera
» cristiana, y orgullosa con la sangre espa-
» ñola que corre por mis venas, no ví por
» todos lados sino hombres indignos de re-
» cibir mi mano, y me complacia en no tener

» otro esposo que al Dios de mi madre. Pero » te ví, ó jóven y hermoso prisionero, me » enterneció tu triste suerte, me atreví á ha- » blarte junto á la hoguera del bosque; y » entónces fué cuando sentí todo el peso de » mis promesas. »

» Al acabar Atala de pronunciar estas palabras, apretando yo los puños, y mirando al misionero con un aire amenazador, esclamé: « ¿Es esta la religion que tanto me habeis » ponderado? ¡Perezca el juramento que me » arrebata á Atala! ¡Muera el Dios que se » opone á la naturaleza! ¡Hombre, sacerdote! » ¿que has venido á hacer á estos bosques? »

« ¡Salvarte, me dijo el viejo con una voz » terrible; domar tus pasiones, é impedirte, » blasfemo, que atraigas sobre tí la cólera del » cielo! Dime, jóven inconsiderado, ¿te pa- » rece regular quejarte de tus dolores, cuando » empiezas á vivir? ¿Donde estan las señales » de tus trabajos? ¿Donde estan las injus- » ticias que has padecido? ¿Donde tus vir- » tudes, las cuales solo podian darte algun » derecho para quejarte? ¿Que servicios has » hecho? ¿Que bien has practicado? ¡Ah, » desdichado! no me presentas sino pasiones,

» ¡y te atreves á acusar al cielo! Despues » que hayas pasado, como el Padre Aubry, » treinta años de destierro sobre las mon- » tañas, no juzgarás asi de los designios de » la Providencia; entónces conocerás que » nada sabes, que nada eres, y que no hay » castigos tan rigurosos, ni males tan ter- » ribles, que no merezca sufrir la carne cor- » rompida.»

» Los centelleantes ojos del viejo, su barba que le llegaba al pecho, y sus fulminantes palabras le hacian semejante á un Dios. Consternado con la gravedad y magestad que descubria, me eché á sus piés pidiendole perdon de mi arrebato. « Hijo mio, me respondió » con un acento tan dulce, que el remordi- » miento penetró en mi alma; hijo mio, no » es por mí por quien os he repreudido. ¡Ah! » teneis mucha razon, mi querido; bien poco » es lo que he venido á hacer á estos bosques, » y no tiene Dios un siervo mas indigno que » yo. Pero, hijo mio, al cielo, al cielo es al » que no debe acusarse jamas. Perdonadme si » os he ofendido, pero escuchemos á vuestra » hermana: tal vez habrá algun remedio, con » que no perdamos las esperanzas. ¡Chactas!

» la religion, que hizo de la esperanza una
» virtud, es muy divina.»

« Mi jóven amigo, me dijo Atala, testigo
» has sido de mis combates, y sin embargo
» no has visto de ellos sino una parte muy
» pequeña, porque te ocultaba lo demas. El
» esclavo negro, que riega con sus sudores
» las abrasadas arenas de la Florida, no es
» tan miserable como lo ha sido Atala. Acon-
» sejandote que huyeses, y cierta sin embargo
» de que moriria si te alejabas de mí; te-
» miendo huir contigo á los desiertos, y al
» mismo tiempo ansiando respirar á la som-
» bra de los bosques.... ¡Ah! si solo se tratara
» de dejar á mis parientes, amigos, patria; y
» aun (¡cosa espantosa!) si solo se tratara de
» perder mi alma.... Mas, ¡ó madre mia! tu
» sombra, tu sombra misma estaba siempre
» á mi lado, echandome en cara sus tormen-
» tos. Oia tus lamentos, y te veia abrasar en
» las llamas del infierno. Mis noches eran
» penosas y llenas de fantasmas; mis dias
» sumamente tristes; el rocío de la noche se
» secaba al caer sobre mi abrasada cútis.
» Abria mis labios para respirar las brisas,
» y estas, en vez de refrescarme, se abrasaban

» con el fuego de mi aliento. ¡Que tormento
» el verte continuamente junto á mí; lejos de
» los hombres, en unas profundas soledades,
» y sentir en medio de los dos una barrera
» invencible! Pasar mi vida á tus piés, ser-
» virte como esclava, y disponer *tu comida y*
» cama en el mas recóndito rincon del mundo,
» hubiera sido para mí la suprema felicidad:
» ya tocaba á esta, y no la podia disfrutar.
» ¡Cuantos designios he premeditado! ¡cuan-
» tos sueños han salido de este triste corazon!
» Fijando algunas veces mis ojos en tí, lle-
» gaba hasta formar deseos tan insensatos
» como culpables: otras, deseaba fuésemos
» los dos solos únicos vivientes del mundo;
» y otras, sintiendo que una divinidad me
» detenia en mis terribles arrebatos, deseaba
» verme libre de esta divinidad, aun cuando
» estrechada entre tus brazos tuviese que
» rodar de abismo en abismo con las ruinas
» de Dios y del mundo. ¿Lo diré?.... Ahora
» mismo que va á absorverme la eternidad, y
» voy á presentarme ante el inexorable juez;
» en este mismo momento, ¡ay de mí! en que
» por obedecer á mi madre, veo con gusto
» que mi virginidad me quita la vida, conozco

» que por una terrible contradiccion llevo
» conmigo el pesar de no haber sido tuya.»
« Hija mia, la interrumpió el misionero, os
» estravía vuestro dolor. Pocas veces es justa
» la escesiva pasion á que os entregais; es
» tambien poco natural, y por lo mismo es
» menos culpable á los ojos de Dios, porque
» es mas bien un estravío del entendimiento
» que un vicio del corazon. Es preciso, pues,
» alejar de vos unos impulsos que no son
» dignos de vuestra inocencia. Pero tambien,
» hija mia querida, vuestra impetuosa imagi-
» nacion os asustó demasiado acerca de vues-
» tros votos. La religion no exige de nosotros
» sacrificios mas que humanos. Sus senti-
» mientos verdaderos y sus moderadas vir-
» tudes son muy superiores á los sentimientos
» exaltados, y á las virtudes forzadas de un
» supuesto heroismo. Si os hubiérais estra-
» viado, ¡ay pobre oveja descarriada! el buen
» Pastor os hubiera buscado para volveros
» al rebaño. Teníais abiertos los tesoros del
» arrepentimiento. Para borrar las culpas de-
» lante de los hombres, se necesitan arroyos
» de sangre; para borrarlas delante de Dios,
» basta una sola lágrima. Tranquilizaos,

» pues, querida hija mia; tranquilizaos, que » vuestra situacion necesita de quietud : diri- » jamonos á Dios, que sabe curar las llagas á » sus siervos. Si se dignase, como lo espero, » sacaros de esta enfermedad, escribiré al » obispo de Quebec, que tiene los poderes » necesarios para relajar vuestros votos, como » puramente simples, y acabaréis vuestros » dias junto á mí, con vuestro esposo Chac- » tas. »

» Al oir estas palabras del viejo, se apoderó de Atala una convulsion general que solo la dejó para dar señales de un agudo dolor. « ¡Pues que, dijo ella juntando sus dos manos » con ternura, habia para esto algun reme- » dio! ¡Se podian relajar mis votos! » « Sí, » hija mia, la respondió el Padre. » « Es de- » masiado tarde, es demasiado tarde, con- » testó ella : ¡y es preciso morir cuando sé » que podia ser feliz! ¡Que no hubiera yo co- » nocido ántes á este virtuoso anciano! ¡Que » feliz seria hoy contigo, con Chactas ya cris- » tiano!..... consolada, asegurada por este » sacerdote augusto..... en este desierto..... » para siempre..... ¡ah! esta hubiera sido » demasiada felicidad para mí. » « Sosiegate,

» la dije cogiendo una de sus manos; sosie-
» gate, que no tardarémos en disfrutar esta
» felicidad. » « ¡Jamas, jamas! respondió
» Atala. » « ¿Como? la repliqué yo. » « Aun
» no lo sabes todo, repuso ella. Ayer.....
» durante la tempestad..... yo iba á violar
» mis votos, y á sepultar á mi madre en las
» *llamas del abismo* : ya estaba sobre mí su
» maldicion; ya mentia al Dios que me salvó
» la vida..... Cuando besabas mis trémulos
» labios, ¡no sabias que no abrazabas sino á
» la muerte! » « ¡Oh cielo santo! dijo el mi-
» sionero : ¿que es lo que habeis hecho, hija
» mia? » « Cometer un delito, padre mio,
» respondió Atala con los ojos espantados;
» pero sola yo me perdia, salvando á mi
» madre. » « Acaba, pues, esclamé lleno de
» espanto, acaba. » « ¡Ay de mí! dijo ella,
» que rezelando mi flaqueza, al dejar las ca-
» bañas, traje conmigo.... » « ¿Que es lo que
» trajiste? repuse horrorizado..... » « ¿Un
» veneno? » dijo el padre. « Ya está en mi
» pecho, » replicó Atalá.

» Se le cae de la mano la luz al Solitario; yo caigo desmayado junto á la hija de Lopez: nos estrecha el viejo en sus brazos, y todos

tres en tinieblas mezclamos nuestros sollozos sobre esta fúnebre cama.

« ¡Levantemonos! ¡levantemonos! nos » dijo al instante encendiendo una luz el » valeroso ermitaño. No perdamos unos mo- » mentos tan preciosos. Intrépidos cristia- » nos, despreciemos los asaltos de la adver- » sidad: con una soga al cuello, y cubierta la » cabeza de ceniza, arrojemonos á los piés » del Altísimo para implorar su clemencia, ó » para someternos á sus decretos: tal vez » tendrémos aun tiempo. Bien pudísteis, hija » mia, habermelo dicho ayer tarde. »

« ¡Ah! Padre mio, respondió *Atala*, os » busqué la noche pasada; pero el cielo en » castigo de mis culpas os alejó de mí. Cual- » quier socorro por otra parte hubiera sido » inútil; porque, sin embargo de que los » mismos Indios son tan hábiles en los ve- » nenos, no conocen remedio para el que » tomé. » ¡Oh Chactas! juzga cual seria mi » espanto, cuando ví que el efecto no era » tan pronto como lo esperaba. Redobló mi » amor las fuerzas, y no pudo mi alma sepa- » rarse tan pronto de tí. »

» No fuéron solamente los sollozos los que

interrumpiéron la relacion de Atala, sino tambien aquellos furores que conocen solo los Salvages. Me revolqué furioso por el suelo, torciendome los brazos y mordiendome las manos. El viejo sacerdote con una maravillosa ternura prodigando mil socorros desde el hermano á la hermana, sin embargo de la calma de su corazon y el peso de sus años, sabia hacerse inteligible á nuestra juventud, y su religion sublime le suministraba acentos mas tiernos y mas ardientes que nuestras mismas pasiones. Este sacerdote que por espacio de cuarenta años se habia sacrificado diariamente en aquellas montañas al servicio de Dios y de los hombres, ¿no te recuerda los holocaustos de Israel, humeando perpetuamente en las alturas, delante del Señor?

» ¡Ah! en vano procuró aplicar remedios á los males de Atala. Su fatiga, su tristeza, el veneno, y una pasion mucho mas mortal que todos los venenos juntos, se reunian para arrebatar esta flor á la soledad. Manifestáronse por la tarde unos síntomas malignos: se entorpeciéron todos sus miembros, y empezáron á enfriarse las estremidades de su cuerpo: « Toca mis dedos, me decia, ¿no los sientes

» helados? » Yo no sabia que responderla, y se me erizaban de horror los cabellos. Despues me dijo : « Ayer, querido mio, tu solo tacto » todavía me hacia estremecer: pero ahora ya » no siento tu mano: apénas percibo tu voz, y » van desapareciendo sucesivamente á mi vista » todos los objetos de la gruta. ¿ No son pá- » jaros los que cantan? ¿ Va á ponerse ahora » el sol? ¡ Chactas! ¡ que hermosos parecerán » sus rayos en el desierto, sobre mi se- » pulcro! »

» Conociendo Atala que nos hacian llorar sus palabras, nos dijo : « Perdonadme, mis » buenos amigos, soy muy débil, mas puede » suceder que me convierta en otra mas » fuerte..... No obstante, ¡ morir tan jóven, » tan pronto, cuando mi corazon estaba tan » lleno de vida! Gefe de la oracion, ten com- » pasion de mí : sostenme. ¿ Crees que mi » madre está contenta, y que Dios me per- » dona lo que he hecho? »

« Hija mia, la respondió el buen Religioso » vertiendo lágrimas que enjugaba con sus » trémulas y mutiladas manos : hija mia, todas » vuestras desgracias nacen de vuestra igno- » rancia; vuestra educacion salvage, y la falta

» de instruccion necesaria, son las causas de
» vuestra perdicion: ignorábais que una cris-
» tiana no puede disponer de su vida. Conso-
» laos, pues, mi oveja querida, consolaos:
» Dios os perdonará por la sencillez de vues-
» tro corazon. Vuestra madre, y el impru-
» dente misionero que la dirigia, han sido
» mas culpables que vos: se escedièron en sus
» facultades, arrancandoos un voto indis-
» creto; pero sea con ellos la paz del Señor.
» Todos tres ofreceis un terrible ejemplo de
» los peligros del entusiasmo, y de la falta
» de luces en materia de religion. Sosegaos,
» hija mia: el que sondea los riñones y los
» corazones, os juzgará segun vuestras inten-
» ciones que eran puras, y no sobre vuestra
» accion, que es criminal.

» Por lo que toca á vuestra vida, si llega
» pronto el momento de dormir en el Señor,
» ¡ah! mi querida hija, ¡cuan poco perdeis
» perdiendo el mundo! Sin embargo de la
» soledad en que habeis vivido, conocísteis
» muy bien los disgustos. ¿Que pensaríais,
» pues, si hubiérais sido testigo de los males
» de la sociedad, y si, llegando á las costas
» de Europa, hubiéseis oido el continuado

» grito del dolor que se levanta en aquella
» antigua tierra? Los habitantes de las ca-
» bañas y de los palacios tienen todos que
» sufrir y gemir en este mundo : tambien se
» ha visto llorar á las reinas como á unas mi-
» serables mugeres, ¡ y causa espanto ver la
» cantidad de lágrimas que encierran los ojos
» de los monarcas!

» ¿Es por ventura vuestro amor el que
» sentis? En este caso, hija mia, seria tam-
» bien preciso llorar un sueño. ¿Conoceis
» acaso el corazon del hombre, ó podeis
» contar las inconstancias de sus deseos?
» Primero calcularíais el número de las olas
» que arrolla el mar en una tempestad. ¡ Atala!
» los sacrificios y los beneficios no son lazos
» eternos : llegaria tal vez un dia en que el
» disgusto sucediese á la hartura : se conta-
» ria por nada lo pasado, y no se conocerian
» sino los disgustos de una union pobre y
» despreciada. Los mas bellos amores, hija
» mia, fuéron sin duda alguna los de aquel
» hombre y muger que saliéron de la mano
» del Criador. Para ellos se habia formado
» un paraiso: eran inocentes é inmortales, y
» como perfectos en alma y cuerpo, se con-

» venian en todo. Eva habia sido criada para
» Adan, y Adan para Eva; y si ellos no han
» podido conservarse en aquel estado di-
» choso, ¿que matrimonios podrán estarlo?
» No os hablaré de los de los primeros hom-
» bres; de aquellas uniones inefables, cuando
» la hermana se casaba con su hermano,
» cuando el amor y amistad fraternal se con-
» fundian en un mismo corazon, y cuando la
» pureza del uno aumentaba las delicias del
» otro. Todas estas uniones padeciéron tur-
» baciones : se introdujéron los zelos en el
» altar de céspedes donde se sacrificaba un
» cabrito : reináron tambien en la tienda de
» Abrahan, y en las mismas camas donde los
» patriarcas disfrutaban tanta alegría, que
» olvidaban la muerte de sus madres.

» Os engañaríais, hija mia, si pensáseis
» ser mas inocente y mas dichosa en vuestros
» lazos, que las santas familias de que Jesu-
» cristo se dignó ser descendiente. Omito las
» circunstancias de los cuidados domésticos,
» las disputas, los disturbios, las inquietudes,
» y todas las penas secretas que velan á la ca-
» becera del tálamo conyugal. La muger se
» casa llorando, y renueva sus dolores cada

» vez que es madre. ¡Cuantos males se esperi-
» mentan en la sola pérdida de un recien na-
» cido, si muere sobre el seno de la madre al
» aplicarle el pecho! La montaña estaba llena
» de gemidos, y nadie podia consolar á Ra-
» quel en la pérdida de sus hijos. Las amar-
» guras unidas á las ternuras humanas son
» tan fuertes, que no pocas veces he visto en
» mi patria señoras principales, queridas de
» reyes, que dejáron la corte para sepultarse
» en los claustros, y sujetar la carne rebelde,
» cuyos placeres estan llenos de dolores y
» sentimientos.

» Pero me diréis tal vez que estos últimos
» ejemplos no os han comprendido, porque
» toda vuestra ambicion se reducia á vivir
» en una oscura cabaña con el hombre que
» habíais elegido; que no buscábais tanto las
» dulzuras de himeneo, cuanto los encantos
» de aquella locura que la juventud llama
» amor. ¡Ilusion, quimera, vanidad, y sueño
» de una imaginacion viciada! Yo mismo, hija
» mia, yo mismo conocí tambien las borrascas
» del corazon; esta cabeza no estuvo siempre
» calva, ni este pecho tan tranquilo como os lo
» parece hoy. Dad crédito á mi esperiencia:

» si el hombre, constante en sus afectos, pu-
» diera conservar un sentimiento perpetuo,
» sin duda alguna la soledad y el amor le igua-
» larian al mismo Dios, pues son estos los dos
» eternos placeres del Supremo Ser. Pero el
» alma del hombre se cansa, y no ama jamas
» por mucho tiempo un mismo objeto con
» plenitud. Hay ademas algunos puntos donde
» no se unen dos corazones, y estos puntos
» son suficientes á largo tiempo para hacer
» la vida insoportable.

» Finalmente, querida mia, el mayor en-
» gaño de los hombres en el sueño de su fe-
» licidad, es olvidar esta enfermedad de la
» muerte que está unida á su naturaleza; es
» preciso morir. Tarde ó temprano, sea cual
» fuere vuestra felicidad, ese hermoso rostro
» habia de tomar aquella figura uniforme que
» da el sepulcro á la familia de Adan: los
» mismos ojos de Chactas no os conocerian
» entre vuestras compañeras de tumba. El
» amor no estiende su imperio sobre los
» gusanos del féretro. Pero ¿que digo? (¡oh
» vanidad de vanidades!) ¡Que hablo yo
» del poder de las amistades de la tierra!
» ¿Quereis conocer su estension? Si vol-

» viera un hombre á este mundo despues de
» algunos años de muerto, dudo lo volviesen
» á mirar con alegría aquellos mismos que
» mas lloráron su muerte. ¡Tan breve se
» forman otros lazos! ¡tan fácilmente se
» adquieren otras costumbres! ¡tan natural
» es al hombre la inconstancia! ¡tan poco
» interesa nuestra vida al corazon de nues-
» tros amigos!

» Dad pues las gracias, hija mia, á la bon-
» dad divina porque os saca tan pronto de
» este valle de miserias. Ya os está preparado
» sobre las nubes el vestido blanco, y la res-
» plandeciente corona de las vírgenes : ya
» estoy oyendo á la Reina de los Angeles,
» que os dice : « Ven, mi digna sierva, ven,
» paloma mia, ven á sentarte sobre un trono
» de candor, entre todas las vírgenes que
» sacrificáron su hermosura y juventud al
» servicio de la humanidad, á la educacion
» de los hijos, y al ejercicio de la penitencia.
» Ven, rosa mística, á descansar sobre el
» seno de Jesucristo : ese féretro, que es la
» cama nupcial que habeis escogido, no será
» engañado por vuestro celestial esposo, y
» jamas tendrán fin sus abrazos.»

» Así como abate los vientos el último rayo del dia, y esparce la calma por el cielo; del mismo modo la apacible palabra del anciano calmó las pasiones en el seno de mi amante. No pensaba al parecer sino en mi dolor, y en los medios de hacerme soportar su pérdida. Unas veces me decia que moriria dichosa, si la prometia enjugar mis lágrimas : otras me hablaba de mi madre y de mi patria ; y procurando de este modo distraerme del dolor presente, me renovaba otro pasado. Me exhortaba á la paciencia y á la virtud. « No serás » siempre desgraciado, me decia : si te prueba » hoy el cielo, es solamente para hacerte mas » compasivo de los males agenos. El corazon, » ó Chactas, es como aquellos árboles que » no dan su bálsamo para las heridas de los » hombres, sino cuando sufren la incision » del hierro. »

» Despues de haberme hablado asi, se encaraba al misionero, esperando de su boca aquel mismo alivio que ella me hacia esperimentar ; y ya consoladora, ya consolada, daba y recibia la palabra de vida sobre el lecho de la muerte.

» El celo del ermitaño se aumentaba con-

tinuamente. Todos sus huesos parecian reanimados con el fuego de la caridad : al mismo tiempo que preparaba remedios, encendia la lumbre y refrescaba la cama, hacia admirables discursos acerca de Dios y de la felicidad de los justos. Con la antorcha de la religion en la mano, parecia ir delante de Atala al sepulcro, para mostrarla en él ocultas maravillas. La humilde gruta estaba llena de la grandeza de esta muerte cristiana, y los espíritus celestiales estaban atentos sin duda á esta escena, donde solo la religion luchaba contra el amor, contra la juventud y contra la muerte.

» Triunfaba esta religion divina, cuya victoria se conocia por una santa tristeza que se seguia en nuestros corazones á los primeros arrebatos de las pasiones. Como á media noche, parecia se hallaba Atala con mas ánimo para repetir algunas oraciones que rezaba el Religioso al lado de su cama. Poco tiempo despues me alargó la mano, y con una voz que apénas se percibia, me dijo : « Hijo de Outa-» lissi, ¿ te acuerdas de aquella primera noche » que me tuviste por la Vírgen de los últimos » amores? ¡ O presagio singular de nuestro » destino! » — Detuvose un poco, y siguió

despues diciendome : « Cuando pienso que » voy á dejarte para siempre, hace mi cora- » zon un esfuerzo tan grande para vivir, que » me siento casi en disposicion de hacerme » inmortal á fuerza de amar. Pero ¡ó Dios » mio! hagase vuestra voluntad. » Calló Atala por algunos instantes, y prosiguió despues : « Solo me falta pediros perdon de los males » que os he ocasionado ; os he atormentado » con mi orgullo y mis caprichos. Chactas, » un poco de tierra que eches sobre mi » cuerpo, va á poner un mundo entero entre » los dos, y á libraros para siempre del peso » de mis desgracias. »

« ¡ Perdonaros yo ! la respondí anegado en » lágrimas : ¿ no soy yo el que os acarreé » tantas desdichas? » « Amigo mio, me replicó » ella interrumpiendome, me habeis hecho » tan feliz, que si tuviera que comenzar de » nuevo la vida, preferiria siempre la satis- » faccion de haberos amado por algunos ins- » tantes en un desgraciado destierro, á toda » una vida de descanso en mi patria. »

» Estinguióse aquí la voz de Atala : esparciéronse por sus ojos y boca las sombras de la muerte : sus dedos errantes andaban como

palpando alguna cosa: conversaba en voz baja con los espíritus invisibles; y haciendo un esfuerzo, procuró, aunque en vano, desatar de su cuello el pequeño crucifijo: mandóme á mí que lo desatase, y me dijo:

« La primera vez que te hablé junto á la » hoguera, viste á su luz brillar esta cruz » sobre mi seno: esta es la única alhaja que » tiene Atala. Lopez, tu padre y mio, la envió » á mi madre cuando yo nací. Recibe, pues, » de mí esta herencia, ó hermano mio, y » conservala en memoria de mis desgracias. » En los disgustos de tu vida podrás recurrir » á este Dios de los desgraciados. Chactas, » tengo una súplica que hacerte, y será la » última. Amigo mio, nuestra union sobre » la tierra no podia ser sino muy corta, pero » hay despues de esta vida otra mucho mas » larga. ¡Que terrible cosa seria verme sepa- » rada de tí para siempre! Hoy no hago mas » que ir delante de tí, para aguardarte en el » reino celestial. Si me has amado, haz que » te instruyan en la religion cristiana que pre- » paró nuestra reunion, y obra á tu presencia » un grande milagro, haciendome capaz de » dejarte, sin morir en las congojas de la

» desesperacion. Yo, Chactas, me contento » solamente con una simple promesa, porque » sé muy bien lo que cuesta un juramento » para exigirlo de tí. Tal vez este voto te se- » pararia de alguna muger mas dichosa que » yo..... ¡Oh madre mia! perdona á tu hija. » ¡Oh Vírgen santa! detened vuestra cólera. » ¡Dios mio! yo vuelvo á caer en mis flaque- » zas, y os robo unos pensamientos que solo » deberia emplear en vos. »

» Penetrado de dolor, prometí á Atala abrazar la religion cristiana. Viendo esto, se levantó el Solitario con un aire inspirado, y estendiendo sus brazos ácia la bóveda de la gruta, esclamó: « Ya es tiempo de invocar » aquí el nombre de Dios. »

» Apénas habia pronunciado estas palabras, cuando una fuerza sobrenatural me obligó á ponerme de rodillas, é inclinar la cabeza al pié de la cama de Atala. Abre el sacerdote un cajon secreto, donde estaba metida una urna de oro, cubierta con un velo de seda: se postra, y la adora profundamente. Iluminóse de repente la gruta; oyéronse por los aires las palabras de los ángeles, y los sonidos de las arpas celestiales; y cuando el Solitario

sacó de su tabernáculo el vaso sagrado, creí ver salir al mismo Dios del hueco de la montaña.

» Abrió el cáliz el sacerdote, tomó entre sus dedos una hostia tan blanca como la nieve, y se acercó á Atala pronunciando palabras misteriosas. Tenia esta santa muger levantados los ojos al cielo como en éstasis : parecia que habian calmado todos sus dolores, y que su vida toda se habia reunido en su boca : se entreabriéron sus labios acercandose con respeto á recibir el Dios que estaba oculto bajo aquel pan místico. Mojó despues este divino viejo un poco de algodon en un aceite consagrado, y ungió con él las sienes de Atala: miró por un momento á esta hija moribunda, y pronunció de repente estas severas palabras: « ¡Sal, alma cristiana, sal, y vé á unirte con » tu Criador!» Levantando yo entónces mi cabeza abatida, dije mirando al vaso donde estaba el óleo santo: « Padre mio, ¿dará este » remedio la vida á Atala?» «Sí, hijo mio, res- » pondió el anciano cayendose en mis brazos, » la vida eterna. » Acababa de espirar Atala.

» Al llegar aquí, se vió Chactas precisado por segunda vez á interrumpir su relacion.

Estaba inundado en lágrimas, y su voz no le permitia pronunciar mas que algunas palabras que se le ahogaban en la garganta. Abrió su pecho el ciego Sachem, sacó de él el crucifijo de Atala, y dijo: « ¡Esta es la prenda » de la adversidad! ¡Oh René, oh hijo mio! » tú le ves, pero yo no. Dime, ¿ha padecido » alguna alteracion el oro despues de tantos » años? ¿No percibes en él alguna señal de » mis lágrimas? ¿No reconoces el sitio que » tocó con sus labios aquella santa muger? » ¿Por que no es ya cristiano Chactas? ¿Que » frívolas razones de política y de patria le » han mantenido hasta ahora en los errores » de sus padres? No, no quiero dilatarlo mas; » ya me está diciendo la tierra: « ¿Aguardas » acaso á bajar al sepulcro para abrazar una » religion divina? » « ¡Oh tierra! no me » aguardarás ya mucho tiempo. Luego que » un sacerdote rejuvenezca en el agua esta » cabeza encanecida con las pesadumbres, » espero reunirme á Atala. » Pero acabemos de contar lo que falta de mi historia.

LOS FUNERALES.

» No me detendré, ó René, en pintarte la desesperacion que se apoderó de mi alma cuando dió Atala el último aliento. Necesitaria para ello mas calor del que tengo, y seria necesario que mis ojos cerrados pudiesen volver á ver el sol, para pedirle cuenta de las lágrimas que derramáron á su luz. Sí, primero se cansará de alumbrar las soledades del Kentucki esa luna que brilla ahora sobre nuestras cabezas, y suspenderá la corriente de sus ondas el río que conduce ahora nuestras piraguas, que deje yo de verter lágrimas por Atala. Por espacio de dos dias enteros quedé insensible á los discursos del ermitaño. Para calmar mis penas, aquel escelente hombre no se valia de las vanas razones de la tierra; solo se contentaba con decirme estrechandome entre sus brazos: «Hijo mio, esta es » la voluntad de Dios.» No hubiera creido jamas, á no haberlo esperimentado por mí mismo, se encerrase tanto consuelo en estas pocas palabras del cristiano resignado.

» La ternura, la uncion, y la inalterable

paciencia del anciano siervo de Dios, vencié-ron por fin la obstinacion de mi dolor. Yo mismo me avergoncé de las lágrimas que le hacia derramar. « Padre mio, le dije, ya » basta; no es razon que perturben la paz » de vuestros dias las pasiones de un jóven. » Dejadme llevar los restos de mi amante, » los sepultaré en un rincon del desierto; y » si todavía quedo condenado á vivir, pro-» curaré hacerme digno de aquellas bodas » eternas que Atala me ha prometido. »

» A esta tan inesperada vuelta de valor, se sobresaltó de gozo el buen Padre, y es-clamó : « ¡Oh sangre de Jesucristo, sangre » de mi divino Maestro! en esto reconozco » tus méritos. Espero confiado que salvarás » á este jóven. ¡Dios mio! acaba tu obra: res-» tituye la paz á esta alma atribulada, y no » dejes de sus desgracias mas que humildes » y útiles recuerdos. »

» Este hombre justo no quiso entregarme el cuerpo de la hija de Lopez, proponien-dome que vendrian sus neófitos á enterrarla con toda la pompa cristiana. Yo me opuse á ello diciendole : « Que las desgracias y » virtudes de Atala habian sido descono-

» cidas de los hombres, y de consiguiente su » tumba, cavada furtivamente con sus manos » y las mias, debia ocultarse en aquella os- » curidad. » Nos convinimos, pues, en ir la mañana siguiente, al salir el sol, á enterrar á Atala bajo el arco del puente natural, á la entrada de los Bosquecillos de la muerte; é igualmente resolvimos pasar la noche en oracion junto al cuerpo de tan santa muger.

» Por la tarde transportámos sus preciosos restos á una abertura de la gruta que miraba al norte : los habia envuelto el ermitaño en una pieza de lienzo de Europa, que habia hilado su madre, y era la única alhaja que le habia quedado de su antigua patria : ya hacia mucho tiempo que la tenia destinada para su mortaja. Atala estaba colocada sobre unas matas de sensitivas silvestres; sus piés, cabeza, espaldas y una parte de su seno estaban descubiertos : se veia en sus cabellos una flor de magnolia ya marchita..... la misma que yo habia puesto sobre el lecho de la vírgen, para hacerla fecunda. Sus labios, como un boton de rosa cogido dos mañanas ántes, parecian lánguidos y risueños : en sus blanquísimas mejillas se distinguian algunas venas

azules : estaban cerrados sus hermosos ojos, juntos sus piés modestos, y sus manos de alabastro apretaban sobre su corazon un crucifijo de ébano : pendia de su cuello el escapulario de su promesa : parecia que la habian encantado el Angel de la melancolía, y los sueños de la inocencia y la tumba. No he visto nunca una cosa mas celestial : cualquiera que no supiese que habia tenido vida esta vestal, la tendria por la estatua de la Virginidad dormida.

» El Religioso no cesó de orar toda la noche, y yo estaba sentado silenciosamente á la cabecera de la fúnebre cama de mi querida Atala. ¡Cuantas veces, cuando ella dormia, habia yo sostenido sobre mis rodillas su encantadora cabeza! ¡Cuantas me incliné sobre ella para percibir y respirar su aliento! Pero á la sazon no salia ruido alguno de su inmóvil seno, y en vano aguardaba yo que despertase la hermosura.

» Alumbraba la luna en esta noche fúnebre con una luz opaca, y se presentó en medio de las tinieblas como una blanca vestal que venia á llorar sobre el féretro de una compañera suya. Al instante esparció por los bos-

ques aquel gran secreto de melancolía, que gusta descubrir á las viejas encinas, y á las antiguas orillas de los mares. De cuando en cuando metia el Religioso un ramo florido en agua bendita, y sacudiendo despues este ramo humedecido, perfumaba la noche con bálsamos del cielo. Otras veces repetia con tono anticuado algunos versos de un anciano poeta llamado Job, y decia:

« Pasé como una flor; me sequé como la » yerba de los campos. ¿Por que se ha dado » la luz á un miserable, y la vida á los que » estan en la amargura del corazon? »

» Asi cantaba aquel venerable anciano. Su voz grave y un poco armoniosa corria por el silencio de los desiertos. El nombre de Dios y del sepulcro salia de todos los ecos, de todos los torrentes, y de todas las selvas. Los arrullos de la paloma de Virginia, la caida de un torrente en la montaña, y el sonido de la campana que llamaba á los viageros, se mezclaban de tal modo con estos cánticos fúnebres, que parecia oirse en los Bosquecillos de la muerte el coro lejano de los difuntos, que respondia á la voz del Solitario.

» A este tiempo se dejó ver una faja dorada

que se formó en el Oriente. Chillaban sobre las peñas los gavilanes, y se metian las martas en los huecos de los árboles : esta era la señal del entierro de Atala. Eché sobre mis hombros su cuerpo, é iba delante el ermitaño con un azadon en la mano. Comenzámos á bajar de peña en peña : la vejez y la muerte debilitaban igualmente nuestros pasos.

» Al ver al perro que nos habia hallado en el bosque, y que dando brincos de alegría nos enseñaba otro camino, empecé de nuevo á llorar. Unas veces los largos cabellos de Atala, juguete de las brisas de la mañana, estendian su dorado velo sobre mis ojos : otras, fatigado yo con el peso, me veia precisado á ponerle sobre el musgo, y sentarme para tomar aliento. Llegámos finalmente debajo del arco del puente, que era el sitio que habia señalado mi dolor. ¡Oh hijo mio! tiernísimo espectáculo era ver á un jóven Salvage, y á un viejo ermitaño, puestos de rodillas uno frente de otro, cavando en un desierto con sus mismas manos un sepulcro para una pobre jóven cuyo cuerpo estaba allí cerca tendido, en la seca madre de un torrente.

» Luego que concluímos nuestra obra, depositámos aquella hermosura en su cama de tierra. ¡Ay hijo mio! ¡cuan diferente era la cama que habia esperado yo prepararla! Tomando entónces en la mano un poco de tierra, y guardando un triste silencio, fijé por última vez mis ojos sobre el rostro de Atala, y eché el polvo del sueño sobre una frente de diez y ocho primaveras. Ví desaparecer por grados las facciones de mi hermana, y ocultarse sus gracias bajo el velo de la eternidad: su blanco pecho resaltó por algun tiempo sobre la negra tierra, al modo que una azucena sale del medio de una oscura arcilla. « ¡Lopez, es- » clamé yo entónces, mira como tu hijo en- » tierra á su hermana! » y acabé de cubrir á Atala con la tierra del sueño.

» Nos volvimos á la gruta, y comuniqué al misionero el proyecto que habia formado de quedarme junto á él; pero este santo ermitaño que conocia maravillosamente el corazon del hombre, descubrió mi pensamiento y el ardid de mi dolor. « Chactas, me dijo, hijo » de Outalissi, miéntras que vivió Atala, » os rogué que viviéseis en estos desiertos; » pero ahora que se ha trocado vuestra

» suerte, debeis pensar en servir á vuestra » *patria*. Creedme, hijo mio, no son eternos » los dolores: es preciso que tengan fin tarde ó » temprano, porque no es infinito el corazon » del hombre; y es una de nuestras grandes » miserias no poder ser por mucho tiempo » desgraciados. Volveos al Meschacebé: id á » consolar á vuestra madre, que os está dia- » riamente llorando, y necesita de vuestro » apoyo. Haceos instruir en la religion de » vuestra querida Atala, cuando tengais pro- » *porcion*, y acordaos de la promesa que la » hicísteis de ser virtuoso y cristiano. Yo, yo » mismo velaré aquí sobre el sepulcro de » vuestra hermana..... Marchad, hijo mio, » marchad en la inteligencia de que Dios, el » alma de vuestra amante, y el pensamiento » de vuestro decrépito amigo os seguirán. »

» Tales fuéron las palabras del hombre de la peña. Su autoridad era demasiadamente grande, y muy profunda su sabiduría, para que yo no *le obedeciese*. A la mañana siguiente *dejé á mi* venerable huésped, que, estrechan*dome sobre* su corazon, me dió sus últimos consejos, su última bendicion, y sus últimas lágrimas. Pasé luego al sepulcro de Atala;

pero quedé sorprendido al ver una pequeña cruz que se descubria sobre la muerte, del mismo modo que se percibe el mástil de un navío que naufragó. Me persuadí habria venido por la noche el Solitario á orar junto al sepulcro, y esta señal de amistad y religion de parte del viejo me hizo derramar abundantes lágrimas. Estuve tentado por descubrir el sepulcro para ver otra vez á mi amante, pero me contuvo un respeto religioso. Me senté en la tierra recientemente cavada, con el codo apoyado en mis rodillas; y sostenida la cabeza en mi mano, quedé sepultado en la mas amarga distraccion. Allí fué, querido René, cuando por primera vez reflexioné seriamente sobre la vanidad de nuestra vida, y la mayor de nuestros proyectos. ¡Ah! hijo mio, ¿quien es el que no hace estas reflexiones? Yo no soy mas que un ciervo viejo, encanecido con los inviernos: mis años compiten con los de la corneja; mas ¡ay de mí! que á pesar de tantos dias acumulados sobre mi cabeza, y á pesar de la esperiencia tan grande de la vida, aun no he encontrado hombre que no se haya engañado soñando felicidades, ni corazon que no tenga alguna

llaga oculta. El mas sereno en apariencia se parece al pozo natural de la sábana Alachua, cuya superficie parece serena y cristalina; pero cuando se mira al fondo de esta tranquila fuente, se divisa un gran cocodrilo que mantiene el pozo en sus aguas.

» Despues de haber pasado un dia entero en aquel lugar de dolor, me dispuse á la mañana siguiente dejar, al primer canto del pelícano, aquella sepultura sagrada. Salí de allí como del término desde donde queria emprender el *camino de la virtud*. Por tres veces invoqué el alma de Atala: otras tres respondió á mis gritos el Genio del desierto debajo del arco fúnebre: saludé despues al oriente, y descubrí á lo lejos en los senderos de la montaña al ermitaño que se dirigia á la cabaña de algun *desgraciado*. Puesto yo de rodillas, y abrazando estrechamente la sepultura, esclamé: « ¡Duerme en paz en esta tierra estraña, » jóven desgraciada! ¡En recompensa de tu » amor, de tu destierro y de tu muerte, vas » á quedar abandonada, hasta del mismo » Chactas! » Vertiendo entónces arroyos de lágrimas, me separé de la hija de Lopez, y salí con dolor de estos lugares solitarios, de-

jando al pié del monumento de la naturaleza otro mas augusto, que fué el humilde sepulcro de la virtud.

EPILOGO.

CHACTAS, hijo de Outalissi, el Natche, contó esta historia al europeo René: los padres se la refiriéron á sus hijos; y yo, lector mio, como viagero en tierras lejanas, te conté fielmente lo que de ella me dijéron los Indios. En esta narracion he notado muchas cosas, á saber, la pintura del pueblo cazador, y la del pueblo labrador; la religion que es la legisladora de los hombres; los peligros de la ignorancia y del entusiasmo religioso, opuestos á las luces y al verdadero espíritu del Evangelio; los combates de las pasiones y de las virtudes en un corazon sencillo; y finalmente el triunfo del cristianismo sobre el mas fogoso sentimiento y sobre el mas terrible miedo, el amor y la muerte.

Al referirme esta historia un Siminolo, me pareció bastante instructiva y bella, porque pintó en ella la flor del desierto, la gracia de la cabaña, y una sencillez tan natural para re-

ferir el dolor, que no puede espresarse. Solo me faltaba una cosa que saber. Pregunté en que habia venido á parar el Padre Aubry, y *nadie me pudo dar razon*. Lo hubiera ignorado siempre, si la Providencia, que todo lo dirige, no me hubiera descubierto lo que deseaba. Ved aquí lo que pasó.

Ya habia corrido yo las orillas del Meschacebé, que formaban en otro tiempo las barreras de la Nueva Francia, deseando ver al norte la catarata de Niagara, que es la otra maravilla de este imperio, y habia llegado cerca de ella, en el antiguo pais de los Agononsionis (1), cuando una mañana, al atravesar una llanura, divisé una muger que estaba sentada bajo de un árbol, y tenia sobre sus rodillas un niño muerto. Me acerqué poco á poco á aquella madre jóven, y oí que hablaba de este modo:

« *Si te hubieras* quedado entre nosotros,
» hijo mio querido, ¿con que gracia manejaria
» el arco tu mano? Con tus nerviosos brazos
» sujetarias los enfurecidos osos, y en la cum-
» bre de la montaña alcanzarias en la carrera

(1) Los Iroqueses.

» al mas ligero corzo. ¡Blanco armiño de la
» peña, irte tan jóven al pais de las almas!
» ¿Como te compondrás allá para vivir? No
» está allí tu padre para alimentarte con la
» caza. Tendrás frio, y no hallarás un espíritu
» que te provea de pieles para cubrirte. ¡Ah!
» es preciso que me dé priesa á seguirte,
» para cantarte canciones, y darte mi pe-
» cho. »

Esta jóven madre cantaba con una voz trémula, mecia al niño sobre sus rodillas, mojaba sus labios con la leche maternal, y prodigaba á la muerte todos los cuidados que se dan á la vida.

Queriendo secar el cuerpo de su hijo sobre las ramas de un árbol, segun costumbre de los Indios, para llevarlo despues al sepulcro de sus padres, desnudó al niño, y respirando algunos instantes sobre su boca, le dijo: « Alma de mi hijo, alma encantadora,
» tu padre te crió, tiempo hace, por medio de
» un ósculo sobre mis labios; y yo ¡ay de
» mí! no puedo con mis ósculos darte la
» vida. » Descubrió despues su seno, estrechando tanto sobre él su helado cuerpecillo, que se hubiera reanimado con el fuego del

corazon materno, si no se hubiera Dios reservado el soplo que da la vida.

» Levantóse, buscando con la vista algun árbol en cuyas ramas pudiese poner á su hijo, y escogió un acebuche cubierto de flores rojas, y festoneado de guirnaldas de ápio, que exhalaba los mas suaves perfumes. Sujetó con una mano las ramas inferiores, y con la otra colocó en ellas el cuerpo de su hijo: soltandolas despues, volviéron estas á su posicion natural, llevando consigo el *despojo de la inocencia*, cubierto con sus fragantes hojas. ¡Oh, cuan tierna es esta costumbre de los Indios! Monumentos pomposos de los Crasos y de los Cesares, yo os he visto en vuestros campos desolados, y no os prefiero á estos sepulcros aéreos del Salvage, á estos mausoleos de flores y verdura perfumados por la abeja, mecidos por el céfiro, donde el ruiseñor hace su nido y deja oir su triste melodía. Pero si son los despojos de una jóven á quien la mano de su amante colgó en el árbol de la muerte; si son los restos de un hijo querido á quien su madre depositó en la morada de las avecillas, entónces se aumenta mas el embeleso. Yo me dirigí ácia la que gemia

al pié del acebuche, la puse mis dos manos sobre la cabeza, y dí los tres gritos de dolor. Despues, sin hablarnos, tomámos cada uno su ramo, y empezámos á espantar los insectos que murmullaban al rededor del cuerpo del niño; pero tuvimos cuidado de no espantar una paloma, cuyo nido estaba inmediato. « Paloma mia, la dijo la India, si acaso no » eres el alma de mi hijo que ha volado, » serás sin duda una madre que busca mate- » riales para hacer una cuna. Llevate esos ca- » bellos que no volveré mas á lavar en el agua » de la fuente : llevatelos, para echar sobre » ellos á tus hijos : ¡quiera el grande Espí- » ritu conservartelos! »

Sin embargo la madre lloraba de alegría al ver la atencion del estrangero. A este tiempo llegó un jóven, que acercandose á nosotros la dijo : « Hija de Celuta, recoge nuestro hijo ; » no estarémos mucho tiempo aquí, saldré- » mos mañana al primer sol. » « Hermano, le » dije entónces, te deseo un cielo azul, mu- » chas cabras, una capa de castor, y la es- » peranza. ¿No eres por ventura de este de- » sierto? » « No, me respondió el jóven : so- » mos unos desterrados, y vamos á buscar una

» patria. » Al decir esto, inclinó el guerrero la cabeza sobre su pecho, y con la punta de su arco doblaba las cabezas de las flores. Conocí que era lastimosa su historia, y callé. Desató la muger á su hijo de las ramas del árbol, y lo dió á su esposo para que lo llevase. Entónces les dije yo: « ¿Me permitis que » encienda vuestra lumbre esta noche? » « No » tenemos cabaña, respondió el guerrero: si » quereis seguirnos, nosotros nos acampa- » mos en la orilla de la cascada. » Convengo en ello, les dije, y marchámos juntos.

No tardámos en llegar á la orilla de la catarata, que se advertia por sus horribles bramidos. Formase del río Niagara, que sale del lago Erié, y desagua en el lago Ontario: su altura perpendicular es de ciento cuarenta y cuatro piés. Desde el lago Erié hasta el Salto, baja rápidamente el río; pero cuando cae, no parece sino un mar cuyos torrentes se comprimen en la boca de una cueva. La catarata se divide en dos brazos, y se encorva en forma de herradura. Entre las dos caidas se avanza una isla que está hueca por debajo, y pendiente con todos sus árboles sobre la confusion de las ondas. La masa del río que se pre-

cipita ácia el mediodia, se redondea en un vasto cilindro, desarrollandose despues en sábana de nieve, y brillando al sol con todos los colores. La que cae al levante, baja cubierta de una sombra tan espantosa, que parece una coluna de agua del diluvio : se encorvan y se cruzan sobre el abismo muchos arcos-íris. Las ondas hiriendo la peña desgajada, saltan en remolinos de espuma, que se levanta sobre los bosques como la llamarada de un grande incendio. Decoran esta escena muchos pinos, nogales silvestres, y peñas cortadas que parecen fantasmas. Las águilas, arrastradas de la corriente del aire, bajan dando vueltas hasta el fondo de la cueva; y los carcajúes se cuelgan con sus flexibles colas de la punta de una rama baja, para coger en el abismo los destrozados cadáveres de los dantas y de los osos.

Miéntras contemplaba yo este espectáculo con un placer mezclado de terror, me dejáron los dos esposos. Los busqué subiendo á lo largo del rio encima de la cascada, y los encontré muy pronto en un sitio proporcionado á su dolor. Estaban echados sobre la yerba con unos viejos, cerca de algunos huesos hu-

manos cubiertos con pieles de bestias. Espantado de todo lo que por espacio de algunas horas estaba viendo, me senté junto á la jóven madre, y la dije : « ¿Que significa » todo esto, hermana mia? » « Hermano » mio, me respondió ella, esta es la tierra de » la patria, y estas las cenizas de nuestros » abuelos, que nos acompañan en nuestro » destierro. » « Pues ¿como, la repliqué, es- » tais reducidos á tanta desdicha? » « Somos, » me contestó la hija de Celuta, los residuos » de los Natches. Despues de la grande mor- » tandad que hiciéron los Franceses en nues- » tra nacion por vengar á sus paisanos, los » hermanos nuestros que escapáron de las » manos de los vencedores, halláron acogida » entre los Chikasas nuestros vecinos, donde » estuvimos tambien nosotros tranquilos por » algun tiempo ; pero ya hace siete lunas que » se han apoderado de nuestras tierras los » blancos de la Virginia, diciendo se las ha » dado un rey de Europa. Levantámos en- » tónces los ojos al cielo, y cargando con las » reliquias de nuestros abuelos nos pusimos » en camino atravesando el desierto. Parí en » el viage, y como era mala mi leche á causa

» del dolor, quitó la vida á mi hijo. » Al pronunciar estas palabras, la madre jóven enjugó sus ojos con sus cabellos, y yo la acompañé en el llanto.

« Adoremos, la dije al instante, al grande » Espíritu, pues todo sucede por su órden. » Todos somos viageros, y nuestros padres » lo han sido tambien como nosotros; mas » hay un pais donde descansarémos. Si no » temiera tener la lengua tan ligera como la » de un blanco, os preguntaria si habiais » oido hablar de Chactas, el Natche. » A esta palabra me miró la India, y me dijo: « ¿Quien os ha dado noticia de Chactas, el » Natche? » « La sabiduría, respondí. » « Yo » os diré, replicó la India, todo lo que sé, por- » que habeis espantado las moscas del cuerpo » de mi hijo, y porque acabais de pronunciar » unas hermosas palabras acerca del grande » Espíritu. Yo soy la hija de la hija de René » el europeo, á quien Chactas habia adop- » tado por hijo. Chactas, que habia recibido » el bautismo, y mi desgraciado abuelo René, » muriéron ámbos en aquella carnicería. » « El » hombre va siempre pasando de un dolor á » otro, la respondí inclinandome. ¿Y no po-

» dréis darme tambien alguna noticia del
» Padre Aubry? » « No ha sido mas afortu-
» nado que Chactas, contestó la India. Los
» Cheroqueses, enemigos de los Franceses,
» penetráron hasta su Mision, guiados por
» el sonido de la campana que se tocaba para
» socorrer á los viageros. El Padre Aubry
» pudo salvarse, pero no quiso abandonar á
» sus hijos, y permaneció con ellos para es-
» forzarlos á morir con su ejemplo. Lo que-
» máron con grandes tormentos; pero ja-
» mas pudiéron sacar de él una palabra que
» se dirigiese á deshonrar á su Dios ó á su
» patria. No cesó durante el suplicio de pedir
» al Señor por sus verdugos, y compadecerse
» de la suerte de las víctimas que miraba al
» rededor de sí. Deseando los Cheroqueses
» arrancarle una señal de flaqueza, trajéron
» delante de él un Salvage cristiano á quien
» habian mutilado horriblemente. Pero que-
» dáron sorprendidos al ver ponerse de ro-
» dillas á este jóven, y besar las llagas del
» viejo ermitaño que le decia con un sem-
» blante sereno : « Hijo mio, á nosotros nos
» han hecho el espectáculo del mundo, de los
» ángeles y de los hombres. » Furiosos los In-

» dios le metiéron en la garganta un hierro
» encendido para impedirle que hablase:
» entónces no pudiendo ya consolar á sus se-
» mejantes, espiró.

» Se dice que los Cheroqueses, sin em-
» bargo de estar acostumbrados á ver sufrir
» á los Salvages con constancia, no dejáron
» de confesar reconocian en el humilde valor
» del Padre Aubry una cosa que no penetra-
» ban, y escedia á todos los valores de la
» tierra. Muchos de ellos, admirados de su
» muerte, se hiciéron cristianos.

» Cuando volvió Chactas algunos años
» despues de la tierra de los blancos, y supo
» las desgracias del gefe de la oracion, fué á
» recoger sus cenizas y las de Atala. Atravesó
» el desierto, y llegó al parage donde estaba
» situada la Mision; pero apénas pudo re-
» conocerlo. Habia rebosado el lago, haciendo
» de toda la sábana una laguna intransitable.
» El puente natural se habia arruinado, y
» sepultó bajo sus destrozos el sepulcro de
» Atala y los Bosquecillos de la muerte. An-
» duvo Chactas por algun tiempo recorriendo
» aquellos sitios: visitó la gruta del Solitario,
» que la halló llena de zarzas y frambuesos,

» y la ocupaba una cierva que daba de mamar
» á su cervatillo. Se sentó en la peña en que
» habia espirado Atala, donde no halló sino
» algunas plumas de aves pasageras. Miéntras
» lloraba allí, salió silenciosamente de entre
» unos matorrales vecinos la culebra domés-
» tica del misionero, y se le enroscó en los
» piés. Chactas acarició y calentó en su seno
» á esta antigua amiga, que habia quedado
» sola en medio de aquellas ruinas. Contó
» tambien el hijo de Outalissi, que muchas
» veces á la entrada de la noche habia per-
» cibido en aquellas soledades la sombra de
» Atala y la del Padre Aubry levantarse con
» el vapor del crepúsculo, cuyas visiones le
» habian llenado de un religioso espanto y
» de una triste alegría.

» Despues de haber buscado inútilmente
» el sepulcro del ermitaño y el de Atala, iba
» ya á abandonar aquellos lugares, cuando
» vió brincar delante de sí la cierva de la
» cueva, la cual se paró al pié de la cruz de la
» Mision, que estaba casi cercada de agua: su
» madera estaba roida del musgo, y se colga-
» ban de sus brazos carcomidos los pelícanos
» del desierto. Sospechó Chactas que la agra-

» decida cierva lo habia guiado al sepulcro de
» su huésped. Cavó debajo de la peña que
» habia servido de altar en tiempo de los sa-
» crificios, y halló allí los despojos de un
» hombre y de una muger. No dudó que
» fuesen los del sacerdote y los de la vírgen,
» que acaso los ángeles habrian sepultado en
» aquel sitio: los envolvió en unas pieles de
» oso, volvió á tomar el camino del desierto,
» y llevó consigo aquellas preciosas reliquias
» que sonaban sobre sus espaldas como la al-
» jaba de la muerte. Las ponia por la noche á
» su cabecera, y tenia sueños de amor y de
» virtud. ¡Oh estrangero! contempla aquí
» este polvo y el del mismo Chactas. »

Al acabar la India estas palabras, me levanté, acerquéme á las sagradas cenizas, me postré delante de ellas con silencio, y alejandome despues á pasos largos, esclamé diciendo: «¡Asi pasa sobre la tierra todo lo que fué bueno, virtuoso y sensible! ¡Oh hombre! solo eres un sueño rápido y doloroso; no existes mas que para ser desgraciado; y si eres algo, es por la tristeza de tu alma y eterna melancolía de tu pensamiento. »

Ocupéme toda la noche en estas reflexio-

nes. A la mañana siguiente me dejáron mis huéspedes. Abrian la marcha los jóvenes guerreros, y la cerraban sus esposas : llevaban los primeros las estimadas reliquias, y las segundas sus recien nacidos : caminaban los viejos en medio á paso lento, colocados entre sus abuelos y su posteridad, entre los recuerdos y la esperanza, la patria perdida y la que iban buscando. ¡Ah! ¡cuantas lágrimas turban la soledad, cuando se abandona de esta suerte la tierra nativa, y cuando desde lo alto de la colina del destierro se percibe por última vez la casa donde uno se crió, y el río de la cabaña, que continúa tristemente corriendo por medio de los solitarios campos de la patria!

¡Desgraciados Indios á quienes ví vagar por los desiertos del Nuevo Mundo con las cenizas de vuestros abuelos! ¡vosotros en quienes hallé la hospitalidad, sin embargo de vuestra miseria, ni aun eso poco os puedo prestar hoy, porque ando tambien errante, como vosotros, al capricho de los hombres; y aun soy mas desgraciado en mi destierro, porque no traje conmigo los huesos de mis padres!

FIN DE ATALA.

RENÉ.

RENÉ.

LLEGANDO René á los Natches, se habia visto en la precision de tomar una muger por esposa, para conformarse con las costumbres de los Indios; pero no vivia con ella. Una inclinacion melancólica le arrastraba á lo interior de los bosques; pasaba solo en ellos los dias enteros, y parecia *salvage entre* los Salvages. Habia renunciado el trato de los hombres, escepto el de Chactas, su padre adoptivo, y el del Padre Souel, misionero en el fuerte Rosalía (1). Aquellos dos ancianos habian tomado mucho imperio sobre su corazon: el primero, por medio de una indulgencia amable; y el otro, al contrario, por una

(1) Colonia francesa en los Natches.

estrema severidad. Desde la cacería del castor, en que el ciego Sachem habia contado sus aventuras á René, no habia este querido hablar de las suyas. Por lo mismo Chactas y el misionero deseaban vivamente saber en que consistia que un Europeo bien nacido tomase la estraña resolucion de sepultarse en los desiertos de la Luisiana. René se habia escusado siempre, pretestando el poco interes de su historia, que se ceñia, segun decia él, á la de sus pensamientos y pasiones. « Por lo que » toca al motivo que he tenido para pasar á » la América, añadia, debo sepultarle en un » eterno olvido. »

Algunos años pasáron de esta manera, sin que los ancianos pudiesen conseguir les revelase su secreto. Por último, cierta carta que recibió de Europa por la via de las Misiones estrangeras, redobló su tristeza de tal manera que huia hasta de sus antiguos amigos. Le volviéron á instar con mas ardor para que les descubriese su corazon. Usáron para esto de tanta discrecion, dulzura y autoridad, que al fin se vió obligado á satisfacerles. Convino, pues, con ellos en el dia para contarles, no las aventuras de su vida, pues no

las habia esperimentado, sino los sentimientos secretos de su alma.

En 21 del mes que los Salvages llaman *la luna de las flores*, se acercó René á la cabaña de Chactas. Dió los brazos al Sachem, y le condujo bajo un sasafra, ó laurel de los Iroqueses, á la orilla del Meschacebe. No tardó el Padre Souel en llegar al lugar citado. Empezaba á salir la aurora: se percibia en la llanura, á alguna distancia, la aldea de los Natches con su bosque de moreras, y sus cabañas que parecian colmenares. La colonia francesa y el fuerte Rosalía se divisaban sobre la derecha á la orilla del rio. Tiendas de campaña, casas á medio construir, fortalezas comenzadas, desmontes cubiertos de Negros, y grupos de Blancos é Indios presentaban en aquel pequeño espacio el contraste de las costumbres sociales y salvages. En el fondo de la perspectiva, ácia el oriente, comenzaba á aparecer el sol entre las quebradas cimas de los Apalaches, que se señalaban en las doradas alturas del cielo, como caracteres azulados: al occidente, ondeaba el Meschacebe con un silencio magnífico, y formaba el borde del dibujo con una inesplicable grandeza.

René y el misionero admiráron por algun tiempo aquella hermosa escena, y compadeciéron al ciego Sachem que no podia disfrutarla. Despues el P. Souel y Chactas se sentáron sobre los céspedes al pié del árbol. El jóven se colocó en medio de ellos, y de allí á un rato de silencio habló de esta manera á sus ancianos amigos:

« No puedo menos de cubrirme de vergüenza al empezar mi narracion. La paz de vuestros corazones, respetables ancianos, y la calma de la naturaleza que me rodea, me hace sonrojar de la turbacion y agitacion de mi alma.

» ¡Cuanta compasion me tendréis! ¡Que miserables os parecerán mis perpetuas inquietudes! ¿Que pensaréis, vosostros que habeis consumido todos los pesares de la vida, de un jóven sin fuerzas y sin virtud, que halla en sí mismo su tormento, y que apénas puede quejarse de otros males distintos que los que él mismo se ha acarreado? ¡Ah! ¡no le condeneis, que bastante castigo ha recibido!

» Mi venida al mundo costó á mi madre la vida; me sacáron de su seno con el hierro. Tenia un hermano á quien bendijo mi padre,

porque era el primogénito. Yo fuí criado lejos del hogar paternal, siendo desde muy niño entregado á manos estrañas.

» Mi humor era impetuoso, mi carácter desigual: unas veces ruidoso y contento, y otras silencioso y triste; ya juntando al rededor de mí á mis jóvenes amigos, y ya abandonandolos de repente, me iba á sentar en un sitio solitario, para contemplar las nubes fugaces, ó escuchar como caia la lluvia sobre las hojas de los árboles.

» Cada otoño volvia al *castillo paternal*, situado en medio de las florestas, cerca de un lago, en una provincia retirada.

» Tímido y encogido delante de mi padre, no hallaba la alegría y el contento sino al lado de mi hermana Amelia. Me unia estrechamente á esta hermana una dulce conformidad de genio y gustos: ella era un poco mayor que yo. Nos divertíamos en trepar juntos por los collados, en nadar en el lago, y en pasear los bosques al caer de las hojas: paseos cuya memoria solo baña mi corazon de alegría. ¡Oh *ilusiones de la* infancia y de la patria, jamas perdeis vuestras dulzuras!

» Caminábamos unas veces silenciosos, prestando el oido á los sordos bramidos del otoño, ó al ruido de las hojas secas que tristemente hollábamos con nuestros piés; otras, en nuestros juegos inocentes perseguíamos á la golondrina en el prado, y al arco-íris sobre las colinas lluviosas; y otras, murmullábamos algunos versos que nos inspiraba el espectáculo de la naturaleza. Siendo yo jóven, cultivaba las musas: no hay cosa mas poética en la vivacidad de las pasiones, que un corazon de diez y seis años. La mañana de la vida está llena, como la mañana del dia, de pureza, de imágenes y de armonías.

» Muchas veces en el dilatado bosque oí por entre los árboles, los domingos y dias de *fiesta*, los sonidos de la distante campana que llamaba al templo al hombre rústico. Recostado contra el tronco de un olmo, escuchaba en silencio el piadoso murmullo. Cada trémulo movimiento del bronce infundia en mi sencilla alma la inocencia de las costumbres campestres, la calma de la soledad, los encantos de la religion, y la deleitable melancolía de los recuerdos de mi primera infancia. ¡Oh! ¿que corazon habrá tan insensible que

no se haya sobresaltado al ruido de las campanas de su lugar, de aquellas campanas cuya alegría embelesó su cuna, que anunciáron su venida al mundo, indicáron el primer latido de su corazon, y publicáron en todos los alrededores la santa alegría de su padre, y los dolores y gozos aun mas inefables de su madre? Todo se halla en los hechiceros recuerdos que suministra el sonido de la campana nativa: religion, familia, patria, la cuna y la tumba, lo pasado y lo futuro.

» Es verdad que Amelia y yo disfrutábamos mas que nadie de estas ideas graves y tiernas, porque los dos teníamos un poco de tristeza en el corazon, bien nos viniese de Dios, ó nos viniese de nuestra madre.

» Miéntras tanto asaltó á mi padre una enfermedad que le llevó en pocos dias al sepulcro. Espiró en mis brazos, y aprendí á conocer la muerte sobre los labios del mismo que me habia dado la vida: impresion tan grande, que aun dura en mí hoy en dia. Esta fué la primera vez que se representó claramente á mi vista la inmortalidad del alma. No pude creer que aquel cuerpo inanimado fuese en mí el autor del pensamiento: conocí

que debia tener otro orígen; y lleno de un santo dolor que participaba de alegría, esperé que algun dia me habia de reunir con el alma de mi padre.

» Otro fenómeno me confirmó en esta sublime idea. Las facciones paternales habian tomado en el féretro cierta señal de elevacion. ¿Por que este asombroso misterio no habia de indicar nuestra inmortalidad? ¿Por que la muerte que todo lo sabe, no habia de haber grabado sobre la frente de su víctima los secretos de otro distinto mundo? ¿Por que, finalmente, no habia de haber en la tumba cierta manifestacion grande de la eternidad?

» Traspasada Amelia de dolor, estaba retirada en lo interior de una torre, desde donde oyó resonar bajo las bóvedas del castillo gótico el cántico de los sacerdotes del acompañamiento, y los sonidos de la campana fúnebre.

» Acompañé á mi padre á su última morada; se cubriéron de tierra sus despojos, y le oprimiéron con todo su peso la eternidad y el olvido: en la misma tarde paseaba la indiferencia sobre su tumba, pues á escepcion de su hijo é hija, para los demas era ya lo mismo que si nunca hubiera existido.

» Fué menester desamparar el techo paternal inmediatamente que lo heredó mi hermano : yo me retiré con Amelia en casa de unos parientes ancianos.

» Detenido á la entrada de los engañadores caminos de la vida, los contemplaba unos tras otros, sin atreverme á meter en ellos. Amelia me hablaba muchas veces de la felicidad de la vida religiosa : me decia que yo era el único obstáculo que la detenia en el mundo, y fijaba en mí sus ojos con tristeza. Estas conversaciones me penetraban ; iba con frecuencia á pasear mis imaginaciones á un monasterio cercano de mi nueva mansion; hubo punto en que estuve tentado por ocultar en él mi vida. ¡Dichosos los que han concluido su viage sin haber perdido de vista el puerto, y sin haber pasado como yo inútiles dias sobre la tierra!

» Los Europeos, agitados continuamente, se ven precisados á construirse soledades. Cuanto mas tumultuoso y alborotado es nuestro corazon, otro tanto mas nos atraen la calma y el silencio. Aquellos hospicios de mi pais, abiertos á los desgraciados y débiles, estan comunmente ocultos en los valles

que conducen al corazon el vago sentimiento del infortunio, y la esperanza de un abrigo: tambien se les descubre algunas veces sobre sitios elevados, donde parece que el alma religiosa se eleva ácia el cielo para ofrecerle sus perfumes, como una planta aromática de las montañas.

» Aun veo la magestuosa mezcla de las aguas y bosques de aquella antigua abadía en que pensaba ocultar mi vida á los caprichos de la suerte, y aun ando errante, al declinar el dia, por aquellos retumbantes y solitarios claustros. Cuando la luna medio iluminaba las colunas de los arcos, y reflejaba su sombra en el muro opuesto, me detenia á contemplar la cruz que señalaba el campo de la muerte, y las altas yerbas que crecian entre las piedras de los sepulcros. ¡Oh hombres, que habiendo vivido lejos del mundo habeis pasado desde el silencio de la vida al silencio de la muerte, que filosofía tan melancólica infunden vuestros sepulcros en mi corazon!

» Fuese por mi inconstancia natural, ó por estar preocupado contra la vida monástica, yo mudé de designio. Me resolví á via-

jar: me despedí de mi hermana; ella me estrechó entre sus brazos con un alegre movimiento al parecer, y como si fuese feliz en dejarme: á vista de esto no pude menos de hacer una amarga reflexion sobre la inconsecuencia de las amistades humanas.

» Sin embargo, lleno de ardor me arrojé solo sobre este borrascoso océano del mundo, cuyos puertos y escollos me eran desconocidos. Visité entónces los pueblos que ya no existen; caminaba sentandome sobre las ruinas de Roma y de la Grecia, pais de fuerte é ingeniosa memoria, donde los palacios de los reyes estan sepultados en el polvo, y sus mausoleos ocultos entre las zarzas. ¡Oh fuerza de la naturaleza, y debilidad del hombre! ¡un poco de yerba penetra muchas veces el mármol mas duro de esos sepulcros, de donde jamas se levantarán aquellos muertos tan poderosos!

» Algunas veces se descubria sola y derecha en un desierto una alta coluna, asi como asoma por intervalos un gran pensamiento en una alma desolada por el tiempo y la infelicidad.

» Meditaba en estos monumentos todas las

horas, y en todos los accidentes de mi viage. Ya este mismo sol que habia visto poner los cimientos de aquellas ciudades, se ocultaba magestuosamente á mi vista sobre sus ruinas; ya levantandose la luna en un cielo puro, entre dos urnas cinerarias medio destruidas, me mostraba los pálidos sepulcros; y muchas veces he creido ver el Genio de los recuerdos sentado pensativamente á mi lado, y á los rayos de este astro fomentador de los *delirios*.

» Me dejé por último de visitar monumentos, en donde solo pisaba por lo comun un polvo criminal.

» Quise ver si las razas vivientes me presentaban mas virtudes, ó siquiera menos vicios que las que ya no existen. Estandome paseando un dia por una gran ciudad, y yendo por detras de un palacio, divisé en un patio retirado y desierto una estatua que señalaba con el dedo un lugar famoso por un sacrificio (1). Me admiró el silencio que reinaba *en aquel sitio, perturbado* solamente por

(1) En Londres, detras de Wite-hall, la estatua de Carlos II.

las quejas del viento que gemia al rededor del mármol trágico. Solo algunos trabajadores estaban sentados con indiferencia al pié de la estatua, silbando y labrando piedras. Les pregunté lo que significaba aquel monumento: unos apénas pudiéron decirmelo, y otros ignoraban hasta la grande catástrofe que representaba. Ninguna cosa me suministró medida mas adecuada de los sucesos de la vida, y de lo poco que somos. ¿Que ha sido de esos personages que metiéron tanto ruido? Dió el tiempo un paso, y se reemplazó la faz de la tierra.

» Buscaba sobre todo en mis viages á los artistas, y á aquellos hombres divinos que cantan sobre la lira los dioses, y la felicidad de los pueblos que honran las leyes, la religion y los sepulcros.

» Estos cantores son de raza divina, y ellos solos poseen el talento único é incontestable que ha concedido el cielo á la tierra. Su vida es pura y sublime á un mismo tiempo; celebran á los dioses con boca de oro, y son los mas sencillos de los hombres; revelan los secretos como los inmortales, ó como los niños; esplican las leyes del universo, y desco-

nocen los mas inocentes negocios de la vida; tienen maravillosas ideas de la muerte, y mueren como recien nacidos, sin advertirlo.

» Sobre los montes de la Caledonia me cantó el último poeta Bardo, que se ha oido en aquellos desiertos, los poemas con que consolaba su solitaria vejez un antiguo héroe. Estábamos sentados sobre cuatro piedras consumidas del musgo, y un torrente de agua corria á nuestros piés : á alguna distancia saltaba un macho cabrío sobre una torre arruinada, y el viento de los mares silbaba sobre los matorrales de Cona. Entretanto la religion cristiana, hija tambien de las altas montañas, habia puesto cruces sobre los monumentos de los héroes del Morven, y tocado la arpa de David á las orillas del mismo torrente en que Ossian hizo resonar la suya : tan pacífica como eran de guerreras las divinidades de Selma, guarda sus rebaños en el sitio mismo donde combatia Fingal, y ha esparcido ángeles de paz por las nubes que ántes habitaban fantasmas homicidas.

» La antigua y risueña Italia me ofreció la multitud de sus obras maestras. ¡Con que santo y poético horror andaba errante por

aquellos vastos edificios consagrados por las artes á la religion! ¡Que laberinto de columnas! ¡que sucesion de arcos y bóvedas! ¡Que bellos son aquellos ruidos que se oyen al rededor de las medias naranjas, semejantes á los rumores del mar, á los murmullos de los vientos en las florestas, ó, por mejor decir, á la voz de Dios en su templo! El arquitecto construye, por decirlo asi, las ideas del poeta, y hace que hagan sus impresiones en los sentidos, asi como el poeta en el alma.

» Sin embargo, ¿que habia aprendido yo hasta entónces en medio de tanta fatiga? Nada de cierto entre los antiguos, y nada de bello entre los modernos. Lo pasado y lo presente son dos estatuas incompletas: la una se ha desechado y mutilado por la ruina de los años, y la otra no ha recibido aun su perfeccion de la posteridad.

» Pero tal vez, antiguos amigos mios, vosotros particularmente, habitantes del desierto, estaréis maravillados de que ni una sola vez en toda mi narracion os haya hablado de los monumentos de la naturaleza.

» Estaba un dia subido en la cumbre del Etna, volcan que arde en medio de una isla.

Ví levantarse el sol sobre mí en la inmensidad del horizonte, reducida á mis piés la Sicilia como un punto, y estendido á lo largo el mar en los espacios. En esta vista perpendicular de la pintura apénas divisaba los ríos como unas líneas geográficas trazadas sobre un mapa; pero miéntras que mi vista percibia por un lado aquellos objetos, se sumergia por otro en lo profundo del Etna, y descubria sus abrasadoras entrañas entre los álitos de un negro vapor.

» Un jóven lleno de pasiones, sentado sobre el borde de un volcan, y llorando sobre los desgraciados mortales cuyas estrechas moradas apénas veia á sus piés, no es sin duda, virtuosos ancianos, mas que un objeto digno de vuestra compasion; pero, pensad como querais de René, esta pintura os ofrece una viva imágen de su carácter y de su triste existencia: asi es como toda mi vida he tenido delante de mis ojos una creacion inmensa é imperceptible á un mismo tiempo, y un abismo abierto á mi lado. »

Pronunciando estas últimas espresiones, calló René, quedando repentinamente distraido. El Padre Souel estaba asombrado, y

el viejo y ciego Sachem, como no oia hablar ya al jóven, no sabia que pensar de este silencio.

Entretanto tenia René clavados los ojos en un grupo de Indios que pasaban alegres por la llanura: se enterneció de repente, lloró, y esclamó gritando:

» ¡Felices Salvages! ¡ah! ¡que no pueda yo disfrutar la paz que siempre os acompaña! Sentados tranquilamente vosotros bajo una encina, dejais pasar los dias sin contarlos, miéntras que con tan poca utilidad recorria yo tantos paises. Vuestro discurso se limita á vuestras necesidades, y llegais mejor que yo al resultado de la filosofía, entre los juegos y el sueño, como el niño. Si la melancolía que se engendra del esceso de la felicidad toca alguna vez vuestra alma, salis bien pronto de esta pasagera turbacion, levantando ácia el cielo vuestra vista, y buscando con ternura no sé que cosa desconocida que se compadece del pobre salvage. »

Aquí cesó de nuevo la voz de René, é inclinó la cabeza sobre su pecho. Chactas estendiendo su brazo en las sombras, y tomando el de su hijo, le gritó diciendo con un

tono lleno de emocion : ¡ Hijo mio ! ¡ querido hijo !..... Volviendo en sí á estas esclamaciones el hermano de Amelia, y sonrojandose de su turbacion, pidió á su padre que le perdonase.

El anciano Salvage le respondió : « Mi » amigo jóven, los movimientos de un cora- » zon como el tuyo no podrán ser iguales ; » procura tan solamente moderar ese fogoso » *carácter* que ha hecho ya en tí tanto es- » trago. Si padeces mas que otro alguno en » los contrastes de la vida, no te admires, » pues mas dolores debe sufrir un alma grande » que una pequeña. Continúa tu narracion. » Nos has hecho recorrer una parte de la » Europa, apresurate pues á darnos á cono- » cer tu patria. Bien sabes que he visto la » Francia, y no ignoras los vínculos que me » han unido á ella : me complaceré en oir » hablar de aquel gran Gefe (1), que ya no » existe, y cuya soberbia cabaña he visitado. » Yo no vivo, querido hijo mio, mas que » con mi memoria. Un anciano con sus re- » cuerdos es semejante á la encina decrépita

(1) Luis XIV.

» de nuestros bosques, que no se engalana » con su propia hoja, sino que algunas veces » cubre su desnudez con plantas estrañas » que han vegetado sobre sus antiguos tron- » cos. »

Sosegado el hermano de Amelia con tan apacibles palabras, volvió á tomar de esta manera el hilo de la historia de su corazon :

« ¡ Ah ! padre mio, yo no podré hablarte de aquel gran siglo cuyo solo fin he visto en mi infancia, y que no existia ya cuando volví á entrar en mi patria. Jamas se ha verificado en pueblo alguno una transformacion mas maravillosa y repentina. Desde la elevacion del talento, desde el respeto á la religion, y desde la gravedad de las costumbres, habia bajado todo súbitamente á la veleidad del espíritu, á la impiedad y á la corrupcion.

» En vano, pues, habia yo esperado volver á hallar en mi patria con que calmar aquella vana inquietud, y el ardiente deseo que siempre me habia acompañado : el estudio del mundo nada me habia enseñado, y con todo no disfrutaba ya la dulzura de la ignorancia.

» Parecia que mi misma hermana, por una conducta inesplicable, se complacia en au-

mentar mis pesadumbres : habia dejado á Paris unos dias ántes de mi llegada. La escribí que intentaba volverme á unir con ella, y se apresuró á contestarme apartandome de este proyecto, á pretesto de no saber el parage adonde la llamarian sus quehaceres. ¡Que tristes reflexiones hice yo entónces sobre la amistad que entibia la presencia y borra la ausencia, que no se resiste á la desgracia, y mucho menos á la prosperidad!

» Me hallé, pues, mas aislado en mi patria que lo que jamas me habia visto en tierra agena. Quise entregarme por algun tiempo á un mundo que ni me decia nada, ni me percibia. Mi alma, que aun no habia sido poseida de pasion alguna, buscaba un objeto á que adherirse. Bien pronto percibí que daba mas de lo que recibia. Ni se exigia de mí un lenguage elevado, ni un juicio profundo. Mi ocupacion era minorar mi vida para nivelarla con la sociedad. Tenido por todas partes por un espíritu novelero, avergonzado de mi modo de vivir, cada vez mas disgustado de las cosas y de los hombres, tomé el partido de retirarme á un arrabal, donde viví totalmente ignorado y oculto.

» Desde luego encontré bastante placer en esta vida oscura é independiente : desconocido de todos, me mezclaba con la multitud: ¡dilatados desiertos de hombres!

» Sentado muchas veces en una iglesia poco frecuentada, pasaba horas enteras en meditacion. Veia venir mugeres infelices á postrarse delante del Altísimo, ó á los pecadores arrodillarse ante el tribunal de la penitencia. Ninguno salia de estos lugares sin un rostro mas sereno; y los sordos clamores que se oian por defuera parecian ser las *olas* de las pasiones y de las borrascas del mundo, que acababan de espirar al pié del templo del Señor. ¡Gran Dios! que viste en secreto correr mis lágrimas en aquellos *sagrados retiros*, ¡tú no ignoras cuantas veces me *postré* á tus piés, para suplicarte que me descargases del peso de la existencia, ó mudases en mí el hombre viejo! ¡Ah! ¿quien no ha conocido alguna vez la necesidad de reengendrarse, de remozarse en las aguas del torrente, y remojar su alma en la fuente de la vida? ¿Quien no se halla agobiado algunas veces con la carga de su propia corrupcion, é incapaz de hacer cosa grande, noble y justa?

*

» Cuando se acercaba la noche, tomando el camino de mi retiro, me detenia sobre los puentes para ver ponerse el sol. Inflamando el astro los vapores de la ciudad, parecia que oscilaba lentamente en un fluido de oro, como la péndola del gran relox de los siglos. A la noche me retiraba despues por un laberinto de calles solitarias. Mirando todas aquellas luces que resplandecian en las habitaciones de los hombres, se transportaba mi alma en *medio de las escenas* de dolor y de alegría que ellas alumbraban, y reflexionaba que bajo de tantos techos habitados no tenia un solo amigo. Pero en medio de mis reflexiones llegaba la hora á dar sus medidos golpes en la torre de una catedral gótica: iban repitiendose sobre todos los tonos, y á todas las distancias, de iglesia en iglesia. ¡Ay de mí! esclamaba yo: cada hora abre un sepulcro en la sociedad, y acarrea una multitud de lágrimas.

» Aquella vida que me tenia entónces hechizado, no tardó en serme insoportable. Me cansó la repeticion de las mismas escenas y de las mismas ideas. Me puse á sondear mi corazon, y á preguntarme lo que deseaba. Lo ignoraba, pero de improviso me pareció

que los bosques me serian deliciosos. Veme aquí resuelto repentinamente á concluir en un destierro campestre una carrera apénas empezada, y en la que habia ya consumido siglos enteros.

» Abracé este proyecto con el mismo ardor con que emprendia todos mis designios; me encaminé precipitadamente á enterrarme en una choza, asi como lo habia hecho en otro tiempo para dar la vuelta al mundo.

» Se me acusa de que tengo gustos inconstantes; de que no puedo gozar largo tiempo de una *misma quimera*, *y de que* soy la presa de una imaginacion que se apresura á llegar al estremo de *mis placeres*, como si estuviera oprimida de su corta duracion: se me acusa de que paso siempre mas allá del término á que puedo llegar. ¡Ay! yo busco solo un bien desconocido, cuyo instinto me persigue. Consiste mi falta en que hallo límites en todo, y en que lo que es finito no es para mí de ningun valor. Sin embargo, conozco que amo la monotonía de los sentimientos de la vida; y si tuviese *aun la locura* de creer en la felicidad, la buscaria en la costumbre.

» La absoluta soledad y el vivificante espectáculo de la naturaleza me sumergiéron bien pronto en un estado imposible casi de describir. Sin parientes, sin amigos, solo, por decirlo asi, sobre la tierra, no habiendo amado aun, pero buscando el amar, estaba agobiado de una superabundancia de vida. Yo me sonrojaba algunas veces repentinamente, y como que sentia correr en mi corazon arroyos de una ardiente lava: otras daba gritos involuntarios, y tanto mis sueños como mis vigilias turbaban la noche. Me hacia falta alguna cosa para llenar el abismo de mi existencia: bajaba al valle, y me subia á la montaña, llamando con toda mi fuerza este objeto ideal de una llama futura; yo le abrazaba en el viento, me parecia oirle en los murmullos del rio; todo me representaba esta fantasma imaginaria, los astros en los cielos, y el mismo principio de la vida en el universo.

» Sin embargo, no carecia de sus encantos este estado de calma y de turbacion, de riqueza y de indigencia. Estaba divertido un dia en deshojar una rama de sauce sobre un arroyo, y en aplicar una idea á cada hoja que la corriente arrebataba. Un príncipe que teme

perder su corona en una súbita revolucion, no esperimenta angustias mas vivas que las que yo esperimenté á cada accidente que sucedia á los restos de mi rama. ¡Oh debilidad de los mortales! ¡Oh infancia del corazon humano que jamas se envejece! He aquí hasta el grado de puerilidad á que puede abatirse nuestra soberbia razon; y sin embargo es cierto que muchos hombres ligan su destino á cosas tan frágiles como mis hojas de sauce.

» Mas ¿como he de manifestar aquella multitud de sensaciones fugitivas que esperimentaba en mis paseos? Los ruidos que hacen las pasiones en el vacío de un corazon solitario, se asemejan al murmullo que los vientos y las aguas hacen resonar en el silencio de un desierto: disfrutamos de él, pero no le podemos pintar.

» Me sorprendió el otoño en medio de estas incertidumbres: entré con alegría en los sombríos meses de las tempestades. Unas veces hubiera querido ser uno de aquellos antiguos guerreros errante por medio de los vientos, de las nubes y de las fantasmas; y otras llegaba hasta envidiar la suerte del pastor á quien veia calentar sus manos al corto fuego

de las malezas que habia encendido en la estremidad de un monte. Escuchaba sus melancólicos cantos, y me recordaban que en todo pais es triste el canto natural del hombre, aun cuando esprese la felicidad. Nuestro corazon es un instrumento incompleto, una lira falta de cuerdas, y en la que estamos obligados á cantar los acentos de la alegría en el tono consagrado á los suspiros.

» Durante el dia me descarriaba por grandes matorrales que terminaban en bosques. Muy poco se necesitaba para dar pábulo á mis *delirios* : una hoja seca que arrojaba el viento delante de mí, una cabaña cuyo humo se elevaba en la cima despojada de los árboles, el musgo que temblaba al viento del norte sobre el tronco de una vieja encina, una roca separada, ó un estanque desierto en que murmullaba el marchito junco. Muchas veces atrajo mis miradas el campestre campanario que se elevaba á lo lejos en un solitario valle: muchas he seguido con la vista las aves de paso que volaban sobre mi cabeza. Se me representaban los límites ignorados, y los climas lejanos adonde ellas caminan : hubiera querido tener sus alas. Un secreto instinto me ator-

mentaba; conocia que no era yo mismo mas que un viagero, pero parecia que me decia una voz del cielo : « Hombre, aun no ha » llegado la estacion de tu peregrinacion; » aguarda á que se levante el viento de la » muerte, y entónces desplegarás tu vuelo » ácia estas regiones desconocidas por las » que anhela tu corazon. »

» ¡Levantaos pronto, borrascas deseadas que debeis conducir á René á los espacios de otra vida! Diciendo esto, caminaba á largos pasos con el rostro encendido, y mi cabellera agitada por el viento, sin sentir ni la lluvia ni la escarcha, encantado, atormentado, y como poseido por el enemigo de mi corazon.

» Por las noches, *cuando venia el cierzo á* bambolear mi humilde choza; cuando un torrente de agua caia sobre mi techo; y cuando por entre mi ventana veia á la luna surcar las nubes amontonadas, como un pálido navío que hiende las olas, me parecia que se redoblaba la vida en el interior de mi corazon, y que hubiera podido crear mundos enteros. ¡Ah! ¡si me hubiera sido posible dividir con otro los transportes que esperimentaba! ¡O Dios! ¡si me hubieras dado una muger de mi

gusto, ó si me hubieses traido por la mano una Eva sacada de mí mismo, como á nuestro *primer padre*!.... me hubiera postrado delante de tí, belleza celestial: sí, me hubiera postrado delante de tí, pues tomandote despues en mis brazos hubiera pedido al Eterno que te concediese los restos de mi vida.

» ¡Ay de mí! ¡yo estaba solo sobre la tierra! Se apoderaba de mi cuerpo una secreta languidez, y se renovaba con mas fuerza aquel disgusto de la vida que habia sentido desde mi mas tierna juventud. Ya no suministraba mi corazon ideas algunas á mi pensamiento, y solo percibia mi existencia por el profundo sentimiento del descontento y del fastidio.

» Luché contra mi mismo mal por algun tiempo, pero con indiferencia, y sin tener la firme resolucion de vencerle. No pudiendo por último hallar remedio para aquella estraña herida de mi corazon, que en ninguna parte existia, y existia en todas, determiné quitarme la vida.

» ¡Sacerdote del Altísimo, que me estás oyendo, perdona á un desgraciado á quien el cielo habia casi privado de la razon! Yo es-

taba lleno de religion, y raciocinaba como un impío; mi corazon amaba á Dios, y mi entendimiento le desconocia: mi conducta, mis discursos, mis sentimientos y mi modo de pensar eran solo contradiccion, tinieblas y mentiras. Pero ¿el hombre sabe siempre bien lo que quiere? ¿está siempre *seguro* de lo que piensa?

» Todo me faltaba á un tiempo, la amistad, el mundo y el retiro. Todo lo habia probado, y todo me habia sido fatal. Desechado por la sociedad y abandonado de Amelia, ¿que me quedaba ya cuando despues me vino á faltar tambien la soledad? Esta era la última tabla en que habia esperado salvarme, y conocia se iba á sumergir en el abismo.

» Aunque tan determinado á desembarazarme del peso de la vida, resolví emplear toda mi razon en este acto insensato. Nada me apresuraba; no determiné de fijo el momento de la partida, con el fin de saborearme largos ratos con los últimos momentos de la existencia, y recoger todas mis fuerzas, á ejemplo de un antiguo, para conocer la ausencia de mi alma.

» Me era necesario tomar disposiciones por

lo tocante á mi fortuna, y me ví obligado á escribir á Amelia. Se me escapáron algunas quejas de su olvido, y dejé sin duda vislumbrar la conmocion que superaba poco á poco á mi corazon. Creia no obstante haber disimulado bien mi secreto; pero mi hermana, acostumbrada á leer en lo mas secreto de mi alma, lo adivinó fácilmente: se consternó con el violento tono que reinaba en mi carta, y con mis preguntas sobre negocios de que jamas habia hecho caso. En vez de responderme, me vino á sorprender repentinamente.

» Para que podais penetrar bien cual pudo ser en adelante la amargura de mi dolor, y cuales fuéron mis primeros arrebatos volviendo á ver á Amelia, debeis figuraros que esta era la única persona que yo habia amado en el mundo, y que todos mis sentimientos se venian á refundir en ella con la dulzura de los recuerdos de mi infancia. Recibí, pues, á Amelia con un éstasis de mi corazon. ¡Tan largo tiempo habia que no hallaba alguno que me comprendiese, y delante de quien pudiese desahogar mi alma!

» Arrojandose Amelia á mis brazos, me dijo bañada en lágrimas: « ¡Ingrato! ¿quieres

» morir, viviendo tu hermana? ¿sospechas
» de su corazon? No te espliques, no te es-
» cuses, todo lo sé, todo lo he comprendido
» como si hubiera estado contigo. ¿Preten-
» des engañarme, á mí, que he visto nacer
» los primeros sentimientos de tu vida? Vé
» aquí tu desgraciado carácter, tus disgus-
» tos y tus injusticias. Jura, en tanto que te
» estrecho sobre mi corazon, jura que esta
» es la última vez que te entregas á tus lo-
» curas; haz el juramento de no atentar
» jamas contra tu vida. »

» Al pronunciar estas palabras, me miraba Amelia con compasion y ternura, dandome tiernos besos: era, no una madre, sino aun mas tierna todavía. ¡Ah! mi corazon volvió á prestarse á todas las alegrías: semejante á un niño, no queria mas que ser consolado: cedí al imperio de Amelia; exigió un juramento solemne, y le hice sin titubear, y sin que llegase ni aun á sospechar que pudiese nunca ser desgraciado.

» Estuvimos mas de un mes disfrutando el hechizo de nuestra compañía. Cuando creyendo hallarme solo, oia por la mañana la voz de mi hermana, esperimentaba en mí un

dulce estremecimiento de alegría y de felicidad. Habia recibido Amelia de la naturaleza cierta cosa divina en todo; su alma tenia las mismas inocentes gracias que su cuerpo; era infinita la dulzura de sus sentimientos; no habia en su espíritu cosa alguna que no fuese suave y un poco pensativa: se podia decir que suspiraban de acuerdo su corazon, su pensamiento y su voz: tenia la timidez y amor propios de la muger, y la pureza y melodía de un ángel.

» Pero llegaba ya el punto en que iba yo á expiar mis inconsecuencias. Habia persistido en mi delirio hasta desear esperimentar una desgracia, para tener á lo menos un objeto real de sufrimiento: ¡espantoso deseo cuyas voces ha oido Dios en medio de su cólera!

» Mas ¿que voy yo á revelaros, sabios amigos mios? ¡Ved las lágrimas que corren de mis ojos! Podré yo mismo.... Algunas dias hace que nada hubiera bastado para arrancarme este secreto.... Pero al presente se acabó ya todo.

» No obstante, augustos ancianos, sea para siempre sepultada en el silencio esta his-

toria : acordaos de que solo la he contado bajo el árbol del desierto.

» Se acababa el invierno cuando percibí que Amelia perdia progresivamente el reposo y la salud que ella empezaba á darme. Iba enflaqueciendo, se la hundian los ojos, su andar era muy decaido, y muy turbada su habla. La cogí un dia de repente bañada en lágrimas al pié de un crucifijo. La noche, el dia, el mundo, la soledad, mi ausencia, mi presencia, todo la consternaba. Venian á espirar sobre sus labios suspiros involuntarios : unas veces daba una larga carrera sin cansarse; otras, apénas se podia sostener; tomaba y dejaba su labor; abria un libro, sin poder leerle; comenzaba un período, y no le acababa; se anegaba repentinamente en lágrimas, y se retiraba para orar.

» En vano procuraba yo descubrir su secreto. Cuando la preguntaba estrechandola entre mis brazos, me respondia sonriendose, que estaba como yo, y que no sabia lo que tenia.

» Tres meses se pasáron de esta manera, y cada dia se empeoraba mas. El orígen de sus lágrimas era á mi parecer una correspondencia misteriosa, pues segun las cartas que

recibia, aparecia mas tranquila ó mas conmovida. Por último, una mañana habiendose ya pasado la hora en que nos desayunábamos juntos, subí á su habitacion: llamé, y no se me respondió: entreabrí la puerta, y no habia nadie en el aposento.

» Divisé sobre la chimenea un pliego con sobrescrito para mí. Le cogí temblando, le abrí, y lei esta carta que he conservado, para privarme en lo sucesivo de todo motivo de alegría.

A René.

« El cielo me es testigo, mi querido René,
» de que daria mil veces mi vida por librarte
» de un solo momento de afliccion; pero por
» mi desgracia no puedo hacer nada en tu
» favor. Me perdonarás el haberme ausentado
» de tu casa sin que lo supieses, como una
» delincuente: no hubiera podido dejar de
» asentir á tus súplicas, y me era por otra
» parte forzoso el partir..... ¡Oh Dios, tened
» *compasion de mí!*

» Bien sabes, hermano mio, que siempre
» tuve inclinacion á la vida religiosa; ya es
» tiempo de que me aproveche de las adver-

» tencias del cielo. ¿Por que he aguardado á
» tan tarde? Dios me castiga. Por tí habia yo
» permanecido en el mundo.... Perdoname:
» el pesar de dejarte toda me tiene turbada.

» Ahora es, querido hermano mio, cuando
» conozco á fondo la necesidad de aquellos
» asilos contra los cuales te he oido declamar
» muchas veces. Creeme, hay desgracias que
» nos separan para siempre de los hombres:
» ¿que será de las pobres desgraciadas?.....
» Yo estoy persuadida que tú mismo, her-
» mano mio, tú mismo hallarias el reposo en
» estos retiros de la religion. La tierra no
» ofrece cosa que sea digna de tí.

» No te recordaré yo tu juramento: co-
» nozco la fidelidad de tu palabra; lo has ju-
» rado, y vivirás por mí. ¿Que cosa hay mas
» miserable que el pensar continuamente en
» dejar la vida? Para un hombre de tu ca-
» rácter no hay cosa mas fácil que el morir:
» creeme, es mas penoso el vivir.

» Pero, hermano mio, sal cuanto ántes de
» la soledad, que no te es buena; busca al-
» guna ocupacion. Sé que te ríes amarga-
» mente de la necesidad que hay, segun creen
» en Francia, de *tomar un estado:* no menos-

» precies tanto la esperiencia y sabiduría de » nuestros padres. Mejor es, mi querido » René, parecernos un poco mas al comun » de los hombres, y tener un poco menos de » desgracia.

» Tal vez hallarias en el matrimonio un » remedio á tus enfados. Una muger y unos » hijos divertirian tus dias. ¡Y que muger no » procuraria hacerte feliz! La fogosidad de » tu alma y la belleza de tu ingenio, tu aire » noble y apasionado, ese mirar altivo y tier- » no, todo te aseguraria de su fidelidad y de » su amor. ¡Ah! ¡con que delicia no te estre- » charia ella entre sus brazos y sobre su cora- » zon! ¡como echaria sobre tí todas sus mira- » das y pensamientos para prevenir tus meno- » res deseos, y aliviar tus mayores penas! Seria » á tu vista toda amor y toda inocencia: te » pareceria que habias hallado otra hermana.

» *Yo marcho al convento de.....* Este mo- » nasterio, construido á orillas del mar, con- » viene *á la situacion de mi alma.* Oiré por la » noche *desde lo interior* de mi celdilla el » murmullo de las olas que bañan los muros » del edificio; me acordaré de aquellos paseos » *que daba contigo* por medio de los bosques,

» cuando creíamos oir el ruido de los mares
» en la agitada copa de los pinos. Amable
» compañero de mi infancia, ¡que, no he
» de volver á verte! Apénas tenia mas edad
» que tú cuando te mecia en la cuna; mu-
» chas veces hemos dormido juntos. ¡Ah! ¡si
» un mismo sepulcro nos reuniese algun dia!
» Pero no; yo debo dormir sola bajo los he-
» lados mármoles de aquel santuario donde
» descansan para siempre las doncellas que
» nunca han amado.

» No sé si podrás leer estas líneas medio
» borradas con mis lágrimas. Ademas de que,
» amigo mio, ¿no era preciso separarnos un
» poco ántes ó un poco despues? ¿Que ne-
» cesidad tengo yo de hablarte de la incerti-
» dumbre y poco valor de la vida? Trae á tu
» memoria al jóven M.... que naufragó en la
» Isla de Francia. Cuando recibiste su última
» carta, algunos meses despues de su muerte,
» ni aun existian ya los despojos de su cuerpo;
» y el instante que daba principio á tu duelo
» en Europa, era el en que le concluian sus
» amigos en Indias. ¿Que es, pues, el hom-
» bre, si su memoria se borra tan pronto que
» no pueden saber su muerte algunos de sus

» amigos, sino cuando los otros estan ya con-
» solados? ¡Que! mi querido y muy querido
» René, ¿se borraria tan prontamente de tu
» corazon mi memoria?..... ¡Oh hermano
» mio! si yo me ausento de tí ahora, es para
» no separarme en la eternidad. — AMELIA.

» *P. D.* Aquí añado la donacion de mis
» bienes; espero no rehusarás esta señal de
» mi amistad. »

» Un rayo que hubiese caido á mis piés no *me hubiera causado* mas alteracion que esta carta. ¿Que secreto me ocultaba Amelia? ¿Quien la obligaba á abrazar tan repentinamente la vida religiosa? ¿Me habia ligado de nuevo á la existencia por medio del encanto de la amistad, para abandonarme de repente? ¡Ah! ¿por que vino á apartarme de mi designio? Un frio movimiento de compasion la habia vuelto á llamar ácia mí; pero cansada bien presto de una triste obligacion, se apresura á dejar á un desgraciado que á nadie mas que á ella tenia sobre la tierra. Se cree hacer lo posible cuando se impide á un hombre la muerte.... Tales eran mis quejas. Volviendo sobre mí mismo, decia: « ¡Ingrata Amelia! si tú hubieras estado en mi lugar; si, como yo,

hubieras estado agobiada con el vacío de tus dias, no, no te hubiera abandonado tu hermano. »

» Sin embargo, cada vez que volvia á leer la carta, hallaba un no sé que tan triste y tan tierno, que deshacia todo mi corazon. Repentinamente me sobrevino una idea que me dió alguna esperanza. Imagineme que Amelia se habria apasionado tal vez por algun hombre, y que no se atrevia á confesarlo. Parecia que me indicaba esta sospecha su melancolía, su misteriosa correspondencia, y el aire de pasion que respiraba su carta. La escribí inmediatamente para darla las quejas mas tiernas, y suplicarla que me declarase su corazon.

» No tardó en responderme diciendo, sin descubrirme su corazon, que estaba ya determinada, que habia obtenido la dispensa del noviciado, y que iba á pronunciar sus votos inmediatamente.

» Esta carta me inspiró un movimiento rabioso : la obstinacion de Amelia, el misterio de sus palabras, y la poca confianza en mi amistad, me conmoviéron en gran manera.

» Despues de haber titubeado un poco acerca de la determinacion que debia tomar,

me resolví ir á B.... con el designio de retardar á lo menos el sacrificio, si no podia impedir su cumplimiento.

» Se hallaba á un lado de mi camino la tierra en que me habia criado. Cuando divisé desde él aquellos bosques donde habia disfrutado los únicos momentos dichosos de mi vida, no pude contener mis lágrimas, y me fué imposible resistir á la tentacion de darles la última despedida.

» Mi hermano mayor habia vendido la herencia paterna, y el nuevo propietario no la habitaba. Llegué al castillo por la larga calle de abetos : atravesé á pié los patios desamparados ; me detuve silencioso á mirar las ventanas cerradas ó medio rotas, el cardo que crecia al pié de los muros, las hojas que estaban derramadas en el umbral de las puertas, y aquella solitaria gradería en que habia visto tantas veces á mi padre y á sus fieles criados. Los escalones estaban ya cubiertos de musgo, el amarillo alelí crecia entre sus desnudas y movedizas piedras. Un guarda desconocido me abrió desapaciblemente la puerta. Como no me determinaba á pasar del umbral, me dijo : « Bien, os va á suceder lo que

» á aquella estrangera que vino aquí hace » algunos dias, que al ir á entrar se quedó » pálida, trémula y desmayada, y fué preciso » llevarla á su carruage. » Me fué fácil reconocer á la *estrangera* que habia venido, asi como yo, á buscar en aquellos lugares lágrimas y recuerdos.

Cubriendo mis ojos con el pañuelo, entré en la habitacion de mis antepasados. Recorrí los sonoros aposentos, donde solo oia el ruido de mis pasos, y que no estaban alumbrados mas que con la débil luz que pasaba por entre los postigos cerrados. Estuve en la alcoba donde perdió mi madre la vida cuando me echó al mundo, la en que se retiraba mi padre, donde habia yo dormido en mi cuna, y la pieza en que habia recibido la amistad mis primeros votos en el seno de una hermana. Todas las salas estaban descolgadas, y la araña hilaba sus telas en las abandonadas tarimas. Salí precipitadamente de aquellos lugares, y me alejé á largos pasos, sin atreverme á volver la cabeza. ¡Que dulces, pero que rápidos son los momentos que los hermanos y hermanas pasan en sus tiernos años, reunidos bajo las alas de sus an-

cianos padres! La familia del hombre dura un solo dia, el soplo de Dios la dispersa como el humo; apénas conoce el hijo al padre, el padre al hijo, el hermano á la hermana, la hermana al hermano. La encina vé brotar al rededor sus bellotas, pero no asi á sus hijos los hijos de los hombres.

» Llegando á B.... me dirigí al convento, y solicité hablar con mi hermana. Me respondiéron que no recibia á persona alguna. La escribí, y me respondió que no la era lícito dar un solo pensamiento al mundo, en el punto mismo en que se iba á consagrar á Dios; que si la amaba, procurase no afligirla con mi dolor. Añadia: « Sin embargo, si quieres comparecer » ante el altar el dia de mi profesion, dignate » servirme allí de padre; este es el único papel » correspondiente á tu valor, y el mas ade- » cuado á nuestra amistad y á mi paz misma. »

» Aquella fria firmeza que se oponia á todo el fuego de mi amistad, me indujo á violentos arrebatos. Unas veces iba ya á volver pié atras; otras, me determinaba á permanecer, *tan solo por turbar la pompa*. El infierno me sugeria el pensamiento de darme de puñaladas en la iglesia, y mezclar mis últimos

suspiros con los votos que me iban á arrebatar á mi hermana. La Superiora del convento hizo que me avisasen que se habia preparado un banco en el santuario, y me convidaba á asistir á la ceremonia que habia de empezar desde el dia siguiente.

» Al rayar el alba, oí la primera señal de las campanas, que anunciaba el sacrificio. A cosa de las diez me fuí lentamente al monasterio, con una especie de agonía.... Ninguna cosa puede ser mas trágica que la asistencia á semejantes espectáculos, ni ninguna mas dolorosa que sobrevivir á ellos.

» Llenaba la iglesia un pueblo inmenso: me condujéron al banco del santuario, me arrodillé sin saber casi donde estaba, ni á que resolverme. Ya esperaba el sacerdote en el altar: abrese de repente la misteriosa reja, y se adelanta Amelia adornada con todas las pompas del mundo. Estaba tan hermosa, y tenia en su rostro un no sé que tan divino, que escitó un movimiento de admiracion y de sorpresa. Aterrado por el glorioso dolor de la virtuosa, y abatido por las grandezas de la religion, se desvaneciéron todos mis violentos proyectos; me abandonó mi fuerza, me sentí

cogido por una mano todopoderosa, y solo hallé en mi corazon profundas adoraciones y los gemidos de la humildad, en vez de blasfemias y amenazas.

» Se colocó Amelia bajo un dosel. Comenzó el sacrificio al resplandor de muchas luces, y en medio de flores y perfumes, para hacer mas agradable el holocausto. Al ofertorio se quitó el sacerdote sus ornamentos, se quedó solo con alba, subió al púlpito, y pintó en un sencillo y patético discurso la felicidad de la vírgen que se consagra al Señor. Cuando pronunció aquellas palabras: *Ella ha parecido como el incienso que se consume en el fuego*, parecia que se estendia por el auditorio una grande calma, que se percibian olores celestiales, que se hallaba uno al abrigo y bajo las alas de la paloma mística, y que estaba viendo bajar ángeles sobre el altar, y subir ácia los cielos con perfumes y coronas.

» Acaba el sacerdote su discurso, vuelve á tomar sus vestiduras, y continúa el sacrificio. Sostenida Amelia de dos jóvenes religiosas, se pone de rodillas en la última grada del altar. Vienenme á buscar entónces para cumplir las funciones paternales. Al ruido de

mis vacilantes pasos en el santuario, estuvo Amelia casi para desfallecer. Me ponen al lado del sacerdote para alargarle las tijeras. Sentí renacer mi arrebato en este instante; iba á centellear mi furor, cuando reuniendo Amelia su valor, me echó una mirada tan llena de zaherimiento y dolor, que me quedé aterrado. La religion triunfa. Se aprovecha mi hermana de mi turbacion, y alarga valerosamente la cabeza: por todas partes se sujeta al hierro sagrado su hermosa y soberbia trenza; sustituye á los adornos del siglo una vestidura larga de estameña, que la hacia no menos hechicera; ocultanse bajo una toca de lino los enfados de su frente, y cubre su despojada cabeza con el misterioso velo, doble símbolo de la virginidad y de la religion. Jamas habia parecido tan hermosa: el ojo de la penitente estaba fijo sobre el polvo del mundo, y su alma estaba en el cielo.

» No obstante, aun no habia pronunciado Amelia sus votos; y para morir al mundo, era preciso que pasase como por medio del sepulcro. Se echa mi hermana sobre el mármol; estienden sobre ella un paño de tumba, y señalan las cuatro esquinas cuatro hachas fú-

nebres. Empieza el sacerdote, con la estola al cuello y el libro en la mano, el oficio de difuntos, que prosiguen las vírgenes jóvenes. ¡Oh alegrías de la religion, que grandes, pero que terribles sois! Me habian hecho poner de rodillas junto á aquel fúnebre aparato : sale repentinamente un confuso murmullo por debajo del velo sepulcral : me inclino, y llegan á mis oidos estas espantosas palabras (que nadie sino yo pudo oir) : « ¡Dios de las mise- » ricordias, haz que yo jamas me levante de » este lecho fúnebre, y colma de bienes á un » hermano que no ha tenido parte en mi cri- » nimal pasion ! »

» A estas palabras que saliéron de lo profundo del féretro, me ilumina la verdad ; estravíase mi razon, me dejo caer sobre el paño de la muerte, cojo á mi hermana en mis brazos, y grito : « ¡Casta esposa de Jesucristo, » recibe mis últimos abrazos entre los hielos » de la muerte y las profundidades de la » eternidad, que te separan ya de tu her- » mano ! »

» Este movimiento, este grito y estas lágrimas turban la ceremonia : se interrumpe el sacerdote ; aterradas las religiosas cierran

la reja; la multitud se conmueve, se dirige apresuradamente ácia el altar, y me llevan sin conocimiento. ¡Ah! ¡que poco debo á los que me restituyéron á la vida! Luego que volví en mí, supe que se habia consumado el sacrificio, y que se habia apoderado de mi hermana una fiebre ardiente. Ella hacia que me rogasen que jamas intentase volverla á ver.... ¡Oh miseria de mi vida! ¡una hermana temia hablar á un hermano, y un hermano tenia miedo de hacer oir su voz á una hermana! Salí de aquel monasterio como de un lugar de expiacion donde las llamas nos disponen para la vida celestial, y donde todo se habia perdido, menos la esperanza.

» Una desgracia personal se sobrelleva, sea la que quiera; pero una desgracia de la que somos causa involuntaria, es el mal mas insoportable. Instruido de las penas de mi hermana, se me representaba todo lo que ella habria sufrido. Entónces se desenvolviéron para mí muchas cosas que no habia podido comprender: aquella mezcla de alegría y tristeza que Amelia manifestó al tiempo de partir á mis viages; el cuidado que tuvo de huir de mí cuando volví, y aquella flaqueza

que por tanto tiempo la impidió entrar en un monasterio, sin duda la habian lisonjeado con la esperanza del remedio. Sus proyectos de retirarse del mundo, la dispensa del noviciado, y la disposicion de sus bienes en mi favor, habian sido igualmente causa de aquella correspondencia secreta que sirvió para mi engaño.

» ¡Oh mis amigos! entónces fué cuando supe lo que era derramar lágrimas por un mal que no era imaginario. Se abalanzáron con furor sobre esta primera presa mis pasiones indeterminadas por tan largo tiempo. Aun hallé una especie de satisfaccion inesperada en la plenitud de mi pesar, y percibí con un secreto movimiento de alegría, que el dolor no es una afeccion que se agota como el placer.

» Yo habia querido dejar el mundo ántes que el Todopoderoso lo dispusiese, y este era un gran delito. Dios me habia enviado á Amelia para librarme y castigarme á un mismo tiempo. De este modo arrastran tras sí los desórdenes y las desgracias todo pensamiento culpable y toda accion criminal. Amelia me pedia que viviese, y yo no debia agravar sus males: por otra parte (¡cosa estraña!), no habia vuelto á desear la muerte

desde que era desgraciado. Mi pesar habia llegado á ser una ocupacion que llenaba todos mis momentos: ¡tan envuelto está mi corazon en la melancolía y la miseria!

» Tomé, pues, súbitamente otra resolucion; me determiné á dejar la Europa, y pasar á la América.

» A este mismo tiempo se estaba equipando en el puerto de B.... una flota para la Luisiana; me compuse con uno de los capitanes de los navíos, hice sabedora de mi proyecto á Amelia, y traté de mi viage.

» Mi hermana habia estado á las puertas de la muerte; pero Dios que la tenia preparada la primera palma de las vírgenes, no quiso llamarla á sí tan pronto: su prueba en este mundo fué diferida por mas tiempo. Descendiendo segunda vez la heroina á la penosa carrera de la vida, encorvada con su cruz, avanzó valerosamente al encuentro de los dolores, no viendo en el combate mas que el triunfo, y el esceso de la gloria en el esceso de los sufrimientos.

» La venta de los pocos bienes que me quedaban, y que cedí á mi hermano, los muchos preparativos de un convoy, y los vientos

contrarios me detuviéron mucho tiempo en el puerto. Todas las mañanas iba á informarme del estado de Amelia, y siempre sacaba nuevos motivos de admiracion y de llanto.

» Vagaba sin cesar al rededor del monasterio construido á orillas del mar. Percibia muchas veces en una ventanita enrejada, que daba á una playa desierta, una religiosa sentada en una actitud pensativa, que registraba la superficie del Océano donde aparecia algun navío que surcaba junto á las estremidades de la tierra. Muchas veces la volví á ver al enrejado de la misma ventana con la claridad de la luna, y observé estaba contemplando la mar iluminada por el astro nocturno, y parecia que aplicaba el oido al ruido de las olas que se estrellaban tristemente en las solitarias orillas.

» Se me figura oir aun la campana que en medio de la noche llamaba á las religiosas para que velasen y orasen. Miéntras tañia con lentitud, y se congregaban las vírgenes silenciosamente en el coro, corria yo ácia el monasterio : estando allí solo, al pié de las paredes, y en medio de las tinieblas de la noche, escuchaba con un santo éstasis los últimos

acentos de los cánticos, que se mezclaban bajo las bóvedas del templo con los endebles ruidos de las lejanas olas.

» Yo no sé como todas estas cosas que debian aumentar mis penas, por el contrario embotaban su aguijon. Mis lágrimas eran menos amargas cuando las derramaba sobre los peñascos y en medio de los vientos. Mi mismo pesar, estraordinario por su naturaleza, traia consigo algun remedio. Nos regocijamos de *cuanto no es comun á los demas*, aun cuando sea una desgracia. Llegué casi á concebir alguna esperanza de que mi hermana seria tambien menos miserable.

» Parecia que me confirmaba estas ideas una carta que recibí de ella ántes de mi partida. Amelia se quejaba tiernamente de mi dolor, y me aseguraba que el tiempo disminuiria el suyo. « Yo no desespero, decia, de » mi felicidad : el esceso mismo del sacrificio, » ahora que está ya consumado, sirve para » volverme alguna paz. La sencillez de mis » compañeras, la pureza de sus votos, el ar» reglo de nuestra vida, todo cuanto hay es» parce bálsamo sobre mis dias. Cuando oigo » bramar las tempestades, y que aletea sobre

» mi ventana el pájaro de mar, yo, pobre » paloma del cielo, reflexiono la felicidad » que he tenido en hallar un abrigo contra » la tempestad. Esta es la montaña santa, y » la cumbre elevada desde donde se oyen los » últimos ruidos de la tierra, y los primeros » conciertos del cielo; aquí entretiene dulce- » mente la religion á una alma sensible; sus- » tituye, en vez de los amores mas violentos, » una especie de castidad ardiente, por la » cual se reunen la amante y la vírgen; agota » los sollozos; enciende una llama incorrupti- » ble donde arde una hoguera mortal; mezcla » divinamente su paz y su inocencia con los » restos de la confusion y del deleite de un » corazon que busca su reposo, y de una vida » que se huye. »

» No sé lo que el cielo me tiene preparado, ó si en esta ocasion me quiso dar á entender que las borrascas acompañarán todos mis pasos. *Ya estaba dada la órden* para hacerse la flota á la vela; muchos navíos habian aparejado ya al ponerse el sol, y yo me habia preparado para pasar la última noche en tierra, á fin de escribir mi carta de despedida á Amelia. Cerca de la media noche, cuando yo

me empleaba en este triste cuidado, y miéntras que humedecia el papel con mis lágrimas, llegó de repente á mis oidos el ruido de los vientos. Escucho, y en medio de la tempestad distingo los tiros del cañon de alarma, mezclados con los sonidos de la campana monástica. Vuelo á la ribera que estaba desamparada, sin oirse en ella mas que el bramido de las olas, y me senté allí sobre un peñasco. Por un lado se estendian las brillantes olas, por otro parecia que subian en masa hasta los cielos los sombríos muros del monasterio. Aparecia una pequeña luz en la ventana enrejada, y veo que eras tú, Amelia mia, que postrada á los piés de un crucifijo pedias al Dios de las tempestades librase de ellas á tu desgraciado hermano. La borrasca sobre las olas, la paz en tu retiro; hombres estrellados sobre los escollos al pié del asilo que nada puede turbar, lo infinito al otro lado de la pared de una celda; los agitados faroles de los navíos, el farol inmóvil del convento; la incertidumbre de los destinos del navegante, la vestal conociendo en un solo dia todos los dias futuros de su vida: por otra parte, una alma como la tuya, ó Amelia, tempestuosa

como el Océano, un naufragio mas horrible que el del marinero.... toda esta pintura está grabada profundamente en mi memoria.... Sol de este nuevo cielo, testigo al presente de mis lágrimas; ecos de las riberas americanas, que repetis los acentos de René, ¡con cuan acerbo dolor ví yo á la mañana siguiente de aquella terrible noche, recostado sobre el castillo de proa de mi navío, alejarseme para siempre mi tierra natal, y contemplé sobre la costa los últimos bamboleos de los árboles patrios, y los techos del monasterio que se bajaban ácia el horizonte! »

Luego que René acabó de contar su historia, sacó un papel del pecho, y se le alargó al padre Souel. Arrojandose despues á los brazos de Chactas, y ahogando sus sollozos, dió al misionero el tiempo suficiente para leerle.

Era una carta de la Superiora de..... Contenia la relacion de los últimos momentos de la *hermana Amelia de la Misericordia*, víctima de su celo y de su caridad en la asistencia de sus compañeras acometidas de una enfermedad contagiosa. Toda la comunidad estaba inconsolable, y miraban allí á Amelia como á una santa: añadia la Superiora, que

despues de treinta años que hacia que gobernaba la casa, no habia visto religiosa de un genio tan dulce y tan igual, ni que mas se alegrase de haber dejado las tribulaciones del mundo.

El anciano Chactas apretaba á René entre sus brazos, y lloraba. « Querido mio, dijo á » su hijo, quisiera que estuviese aquí el padre » Aubry; no sé que paz sacaba del fondo de » su corazon, pues parecia que al paso que » calmaba las borrascas, no dejaba él mismo » de esperimentarlas: era la luna en una no- » che tempestuosa, á quien las nubes errantes » no pueden sobrepujar en su carrera; pura » é inalterable, se adelanta tranquila por en- » cima de ellas. ¡Ah! por lo que á mi toca, » todo me turba y me arrastra. »

Hasta entónces habia estado oyendo la historia de René el padre Souel con un semblante austero, y sin proferir una sola palabra. Tenia en su interior un corazon compasivo, pero manifestaba esteriormente un carácter inflexible: la sensibilidad del Sachem le hizo romper por último su silencio:

« Nada, dijo él al hermano de Amelia, nada » merece en esta historia la compasion que

» aquí se os muestra. Yo veo un jóven lleno
» de ilusiones, á quien todo desagrada, y que
» se ha apartado de las cargas de la sociedad
» por entregarse á inútiles delirios. Señor,
» un hombre no es superior porque perciba
» el mundo bajo un aspecto odioso : nosotros
» solo aborrecemos á los hombres y á la vida,
» porque no vemos lo distante. Estended un
» poco mas vuestras miradas, y os conven-
» *ceréis bien pronto de que todos* esos males
» de que os quejais son nada en sustancia.
» Pero ¡ que oprobio el que no se pueda pen-
» sar en la única desgracia real de vuestra
» vida, sin que resalte la vergüenza! Toda la
» pureza, toda la virtud, toda la religion, y
» todas las coronas de una santa apénas hacen
» tolerable la idea de vuestras melancolías.
» Vuestra hermana ha expiado su falta ; pero,
» si he de decir mi sentir, temo que por una
» espantosa justicia el reconocimiento que
» salió de la tumba haya perturbado tambien
» vuestra alma. ¿ Que haceis solo en lo inte-
» rior de los bosques, donde consumis vues-
» tros dias despreciando todas vuestras obli-
» gaciones? — ¿ Me diréis que ha habido san-
» *tos* que se han sepultado en los desiertos?

» — Aquellos estaban con sus lágrimas, y
» empleaban en apagar sus pasiones el tiempo
» que vos perdeis en dar pábulo á las vues-
» tras. ¡Jóven presuntuoso! ¿habeis creido
» que el hombre puede bastarse á sí mismo?
» La soledad es mala para el que no vive con
» Dios; redobla las fuerzas del alma, al mismo
» tiempo que las quita todo motivo de ejer-
» cicio. Cualquiera que *ha recibido algunas*
» fuerzas, las debe emplear en el servicio de
» sus semejantes: si deja que sean inútiles,
» inmediatamente es castigado por una se-
» creta miseria, y tarde ó temprano le envia
» el cielo un castigo espantoso. »

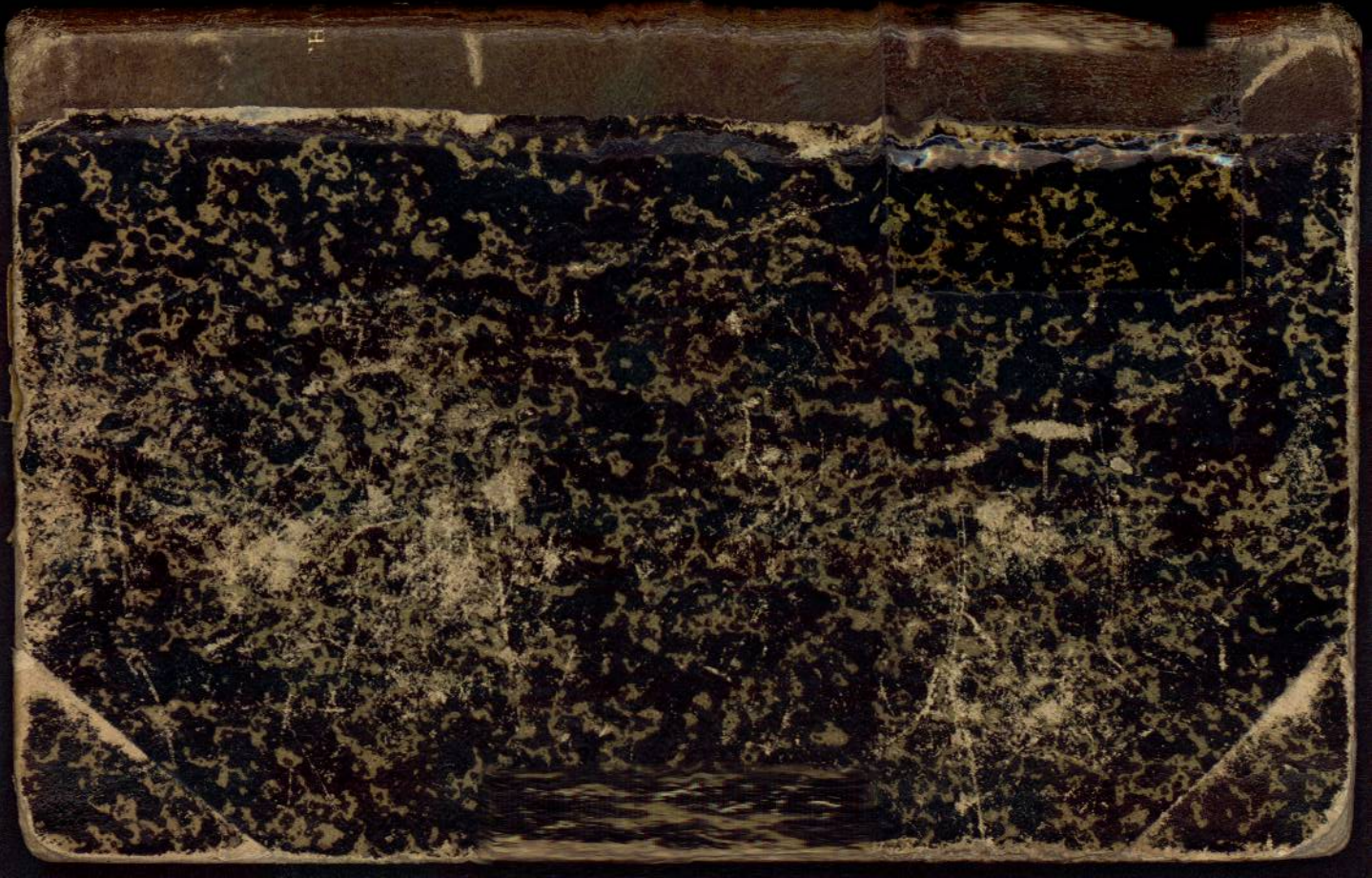
Turbado todo con estas palabras, levantó René del seno de Chactas su humillada cabeza: el ciego Sachem comenzó á sonreirse, y aquella sonrisa de la boca, que no iba unida con la de los ojos, tenia alguna cosa de misteriosa y celestial. « Hijo mio, dijo el antiguo
» amante de Atala, él nos habla severamente;
» corrige al anciano y al jóven, y tiene razon.
» Sí, es menester que dejes ese estraño modo
» de vivir, que no acarrea mas que inquie-
» tudes: la felicidad se encuentra en los ca-
» minos trillados.

» Estando un dia el Meschacebe aun muy » cerca de su orígen, se cansó de ser tan solo » un cristalino arroyo. Pidió nieves á las » montañas, aguas á los torrentes, lluvias á » las tempestades, y llegó á reunir un caudal » inmenso. Traspasa en breve sus riberas, y » asola sus encantadoras orillas. Jactóse luego » el orgulloso arroyo de su poder; pero viendo » que inmediatamente quedada todo desierto, » que corria abandonado en una grande so- » ledad, y que siempre estaban turbias sus » aguas, lloró amargamente no solo el pri- » mero y el humilde lecho que habia formado » la naturaleza, sino la pureza de su primera » corriente, y los pájaros, flores, árboles, y » arroyuelos amables, compañeros insepara- » bles de sus aguas en tiempos pasados. »

Dejó de hablar Chactas, y se oyó la voz del *flamante*, que retirado en las cañas del Meschacebe anunciaba una tempestad ácia el medio del dia. Levantáronse los tres amigos para volverse á sus cabañas: René caminaba silencioso entre el misionero que oraba á Dios, y el ciego Sachem que buscaba su camino. Se dice que obligado por los dos ancianos volvió á habitar con su esposa, pero sin hallar con

ella la felicidad que buscaba. Pereció poco tiempo despues con Chactas y el padre Souel, en la mortandad de los Franceses y Natches en la Luisiana. Aun se manifiesta allí una peña donde al ponerse el sol iba á sentarse.

FIN.

BIBLIOTHÈQUE UNIVERSITAIRE DROIT ET SCIENCES ÉCONOMIQUES

741